

¡Proletarios de todos los países, uníos!

EXTRA La Forja



Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario II Época - Año VII - Nº 22 (Extraordinario) - Junio 2000 300 ptas.



¡Abajo el nacionalismo burgués!
¡Viva el internacionalismo proletario!

¡Trabajador: estudia y difunde La Forja!

Hace algo más de un año, en abril de 1999, un grupo de comunistas vascos —simpatizantes de nuestra lucha por la Reconstitución del Partido Comunista en base al marxismo-leninismo— creó la Plataforma por la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria e hizo público el Manifiesto Político que reproducimos al final del presente número. Inmediatamente, se pusieron en contacto con nuestra organización para hacérselo llegar. A los pocos meses, el Comité Central del PCR transmitió un primer comentario verbal sobre su contenido a un integrante de dicha Plataforma. Lamentablemente, nuestro análisis desarrollado y exhaustivo de este documento ha tenido que esperar hasta hoy para ver la luz. No sólo tuvo que ser así por la necesidad de afrontar otros compromisos por parte nuestra, sino sobre todo por el imperativo que nos fijamos de tratar con seriedad y profundidad el esfuerzo de elaboración política de estos camaradas y, en general, las distorsiones que la cuestión nacional viene imprimiendo a las tentativas de organización del proletariado en el Estado español. Con nuestra respuesta, sólo albergamos el deseo de que el debate resulte fructífero para la causa de la Revolución Socialista Proletaria.

¿Nacionalismo o internacionalismo?

INDICE

La cal	3
La arena	3
Sobre la Reconstitución de la Internacional Comunista	9
Jugar con la dialéctica	12
La teoría del marco de actuación	15
La nación	18
El Estado nacional	22
Economicismo nacionalista	27
El Estado	29
El Estado español	33
Caminos trazados	36

Es imprescindible una polémica franca ante todos los socialdemócratas rusos y ante todos los obreros conscientes, para esclarecer a fondo las divergencias existentes, para discutir los problemas en litigio en todos sus aspectos, para combatir los extremos en que caen inevitablemente los representantes de diferentes opiniones, de diferentes regiones o de diferentes "especialidades" del movimiento revolucionario. Es más, creemos que una de las lagunas del movimiento actual es la ausencia de polémica franca entre opiniones notoriamente divergentes, esto es, el esfuerzo por disimular las disensiones respecto de problemas esenciales. (*Proyecto de declaración de Iskra y Zaria*, LENIN, T. 4, p. 349, Ed. Progreso)

La crisis del revisionismo moderno, que alcanzó su forma superior con la desintegración de la URSS a principios de los años 90, supuso la aceleración de un proceso de rectificación ideológica y política en clave revolucionaria — que ya se había iniciado en los 60 y 70— entre las filas más avanzadas del proletariado internacional, proceso que día a día escribe, con más o menos fortuna, nuevos capítulos, y cuyo resultado inmediato es la creciente afluencia de honestos militantes revolucionarios, con desigual grado de formación y de organización, en el debate sobre las tareas cuyo cumplimiento exige la Revolución Proletaria, por un lado, y, por otro, y más a largo plazo, en la recomposición del movimiento comunista en el ineludible camino de la Reconstitución de nuevos y verdaderos partidos de vanguardia capaces de abordar con éxito esas tareas en la perspectiva del Comunismo.

El Estado español es sin duda uno de los lugares donde aquel proceso se está manifestando de forma tan feraz que en breve podremos estar en condiciones de afirmar que esta característica constituye el principal rasgo de este período de la historia de nuestro movimiento obrero. En este contexto, ha salido últimamente a la luz un nuevo proyecto político que, bajo la denominación de *Plataforma por la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria*, se ha sumado al debate sobre la Reconstitución del Partido Comunista, publicando un *Manifiesto político* en el que declaran su toma de posición en relación a las cuestiones fundamentales que los comunistas tenemos hoy en el orden del día.

La importancia de que la multiplicidad de respuestas con que los comunistas honestos resumen experiencias diferentes en su lucha contra los efectos liquidadores del revisionismo —flor marchita ésta que va deshojándose efectiva pero lentamente— no termine convirtiéndose en un caos sin perfiles políticos claros donde todo quede reducido a *salidas* individuales; la importancia que para el proletariado tiene el que aquellas respuestas se vean acompañadas por un esfuerzo de unificación de criterios y de tareas, de línea política, hacia un único y común objetivo, nos anima para observar críticamente todas y cada una de esas manifestaciones, en general, y, en este caso particular, para estudiar y publicar nuestra opinión sobre el documento emitido por la Plataforma por la Constitución del Partido Comunista de Euskal

Herría, cuya publicación también incluimos por considerar que, en el estado actual de atomización organizativa en el que se encuentra la vanguardia proletaria, el debate debe ser abierto y en él debe participar y contribuir toda ella, no sólo alguno o algunos de sus destacamentos.

La cal

El *Manifiesto político* de la Plataforma por el Partido Comunista de Euskal Herria (EhAK) es un documento de 20 páginas (en el original) que está estructurado en una introducción, 5 capítulos y una especie de epílogo, a modo de conclusión, en el que se declara constituida la Plataforma, sus objetivos políticos (“contribuir, en la medida de sus capacidades, a la gran tarea que supone edificar un Partido a través de la lucha sin cuartel contra el revisionismo” con el fin de realizar “una Revolución Socialista en Euskal Herria y la implantación de la Dictadura del Proletariado en forma de Estado Socialista vasco, como base de la Revolución Comunista mundial”) y se hace un llamamiento a los marxistas-leninistas vascos “de ambos lados de la muga” a “aunar esfuerzos” para la Constitución del EhAK. Desde el punto de vista temático, sin embargo, el documento tiene dos partes bien diferenciadas: en primer lugar, un balance, tanto del mundo actual después del derrumbe del *campo socialista* como del concluido ciclo revolucionario abierto por la Revolución de Octubre, en términos generales y muy atinados. Esta parte abarcaría la introducción y los primeros párrafos del primer capítulo (“La misión histórica y la misión política del proletariado internacional”). En segundo lugar, el documento va presentando las tareas políticas que se derivarían de ese balance general, acompañadas de los pertinentes análisis y aclaraciones teóricos o históricos necesarios para explicarlas. Esta parte abarcaría el resto del documento.

Pues bien, debemos decir que, tras la lectura de tan buen balance, hemos experimentado cierta decepción al comprobar la naturaleza de las enseñanzas y conclusiones que de él se extraían y el tipo de praxis política por la que sus seguidores se decantaban. Pero vayamos por partes. Comencemos por el principio.

Como ya hemos señalado, la primera de las partes en que hemos dividido el *Manifiesto político* de la Plataforma pro-EhAK en consideración a los temas políticos que aborda (balance y tareas), merece nuestro más caluroso aplauso por cuanto trata con éxito las principales cuestiones de la reciente historia revolucionaria y sabe dar con las claves fundamentales de los problemas que le afectaron. En primer lugar, hacen constar que la caída del llamado *campo socialista* y el surgimiento de un *nuevo orden internacional*, que no es otra cosa que la ofensiva en toda la línea del capital, no ha resuelto sino que ha agravado la opresión y la explotación del proletariado y de los pueblos del mundo, lo cual permite hablar todavía de la vigencia del Comunismo como ideología y como objetivo revolucionario. Esto nos conduce, en se-

gundo lugar, ante la necesidad de realizar un balance precisamente de cuáles han sido “las causas que han posibilitado la presente ofensiva del imperialismo” y de esta primera “derrota parcial” del proletariado.

En este sentido, la valoración general que se nos ofrece se ajusta a la línea de interpretación proletaria de las tendencias históricas que dominaron los principales acontecimientos políticos entre 1917 y 1991: carácter socialista de la Revolución de Octubre e inicio, con ella, del ciclo revolucionario que marca la época de la Revolución Proletaria; ascenso de la construcción del socialismo como tendencia principal en los períodos en los que la dirección de la lucha de clase proletaria en la URSS estaba encabezada por Lenin y Stalin, que favorece el surgimiento de nuevas experiencias revolucionarias en Europa y Asia, así como el auge del movimiento antiimperialista; proceso de restauración capitalista en la URSS y otros países socialistas a partir de 1953, sobre todo con la llegada al poder de Jruschov —sin dejar de anotar que en la Yugoslavia de Tito esa restauración tiene lugar anteriormente—; crítica del revisionismo moderno como ex-

presión ideológica de la recuperación del poder por parte de la burguesía en los países socialistas y de sus tesis fundamentales; transformación subsiguiente del Partido y del Estado proletarios en su contrario, en Partido y Estado burgueses, proceso que se extendió a prácticamente todos los *partidos hermanos* —salvo el chino y “hasta cierta medida” el albanés—, principalmente por causas internas en cada uno de ellos; continuación de este proceso de restauración capitalista en el período subsiguiente,

con Brézhnev, Andropov y Chernenko; definición del mandato de Gorbachov como finalización del proceso de restauración y de su *perestroika* como una reestructuración en términos capitalistas “del capitalismo ya reinstaurado”; correcta extracción de alguna de las lecciones fundamentales de este ciclo revolucionario, como es el que “la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado persiste tras la toma revolucionaria del Poder político hasta el Comunismo, porque persisten las propias clases, y en lo fundamental no está aún decidido el problema de quién vencerá a quién”, sin dejar de aclararse con gran fortuna que, en el Socialismo, la burguesía “no persiste como vestigio” (algo, añadimos nosotros, sobre lo que no se incidió bastante durante el período de Stalin), sino que es producto de sus mismas condiciones económicas y sociales, y —otra lección— la vigencia de la necesidad de realizar la Revolución Socialista por la vía violenta como medio para instaurar la Dictadura del Proletariado y de sucesivas Revoluciones Culturales como medio de continuarla, como el único método para terminar con las lacras del capitalismo y de la dictadura de la burguesía.

La arena

Hasta aquí, el correcto balance general sobre el Ciclo de Octubre que los camaradas de la Plataforma por la Constitución del EhAK presentan en su *Manifiesto político*.



Pero, antes de pasar a la parte más controvertida, dedicada a las tareas que impone este balance, realizaremos algunas matizaciones sobre afirmaciones concretas que en él se recogen, sin menoscabo de su mérito ya expuesto.

En primer lugar, el motivo de la **necesidad del balance**, una vez finalizado el primer gran ciclo revolucionario. Los camaradas de la Plataforma pro-EhAK lo aprecian en los siguientes términos:

“Y la primera pregunta que se hace [el Movimiento Comunista Internacional] no es ¿qué hacer? tanto como ¿por qué? Y porque sin teoría —es decir, *análisis*, y eso significa, en un primer momento, *balance*— no hay ni puede haber praxis revolucionaria, porque para emprender un viaje es preciso un mapa, para hacer un mapa es preciso instrumentos y los que tenemos son, en primer lugar, los que nos han legado quienes caminaron antes que nosotros, es precisamente por lo que la primera tarea del Movimiento Comunista Internacional es buscar las causas que han posibilitado la presente ofensiva del imperialismo (...). En resumidas cuentas, ¿qué es, esencialmente, lo que ha ocurrido? Y, por lo tanto, ¿qué debemos hacer ahora?” (1).

“¿Qué es lo que ha ocurrido?” y, por lo tanto, comprender y aprender los **errores** que permitieron la derrota del proletariado son, desde luego, motivos insuficientes que no cubren todos los objetivos de un balance tan importante. Pues no olvidemos, como bien señalan nuestros camaradas, que se trata del **punto de partida** de la futura “praxis revolucionaria”, y que, como tal punto de partida imprescindible y sólidamente fundamentado, debe contemplar también el **punto hasta dónde** avanzó la praxis revolucionaria del proletariado, su desarrollo conseguido, el enriquecimiento de su bagaje ideológico y político. Igual que Lenin y los bolcheviques no podían afrontar sus tareas revolucionarias sólo con el *Manifiesto* de Marx y Engels de 1848, sino que tuvieron que tener en cuenta toda la experiencia del proletariado de los períodos de la I y la II Internacional (2), así nosotros debemos tener presente **toda** la experiencia del proletariado internacional durante este *siglo corto* (según la denominación acuñada por Hobsbawm atendiendo a lo esencial de la historia de este siglo XX: la lucha por el Socialismo, circunscrita a las poco más de 7 décadas que van desde 1917 a 1991). Atender a la construcción de la política proletaria del siglo XXI sin considerar el grado de desarrollo alcanzado por el Comunismo como ideología y teoría política, desarrollo que inevitablemente influirá hasta en los pormenores tácticos o agitativos de esa construcción política, constituiría una grave negligencia, cuando no un delito de *lesa traición* a la Revolución Proletaria. Es por ello que el PCR ha incluido en lugar preferente, en su *Plan de Reconstitución*, la tarea de investigación de la experiencia histórica del proletariado.

(1) *Manifiesto político* de la Plataforma por la Constitución del EhAK. Euskal Herria. Abril de 1999, p. 47.

(2) A modo de ilustración —con todos los límites que ello conlleva— podemos poner el ejemplo del trabajo de Lenin *El Estado y la revolución*, elaborado en el verano de 1917, en las vísperas de la toma del poder, como esfuerzo por sintetizar en un balance político e ideológico toda la experiencia anterior de la lucha de clase proletaria, con el fin de que sirviese de base imprescindible al partido bolchevique ante la inédita obra revolucionaria que estaba a punto de acometer.

¡Investiguemos la experiencia histórica de los países socialistas como tarea principal hacia la Reconstitución del Partido Comunista!

Además, sobre el balance, es preciso señalar y tener en cuenta que, actualmente, en el Movimiento Comunista Internacional (MCI) ya hay organizaciones (en Perú, Nepal, la India, Filipinas...) que están aplicando, **sobre la práctica** —y esto es lo fundamental—, las conclusiones de ese balance —más o menos parcial— del último período revolucionario.

En segundo lugar, detectamos la tradicional inercia que ha dominado en gran medida el movimiento comunista, inspirada en un estrecho espíritu eurocentrista y consistente en considerar la revolución soviética como el *modelo* a seguir o como la más alta expresión de la Revolución Proletaria. Esto queda puesto de manifiesto en determinadas afirmaciones, como la siguiente:

“A partir de este momento [a partir del ascenso al poder de Jruschov], y salvo excepciones como la R[epública] P[opular] Ch[ina] hasta el golpe de estado contrarrevolucionario de Hua Kuo-feng y, durante cierto tiempo y hasta cierta medida Albania, no se puede hablar con propiedad de países capitalistas y países Socialistas y sí de países abiertamente capitalistas y de países capitalistas bajo formas aparentemente socialistas” (3).

¿Por qué no?, ¿por qué subestimar la experiencia revolucionaria que estaba teniendo lugar en Albania y, sobre todo, en China entre 1953 y 1976? ¿Por qué considerar subsidiario dentro del ciclo revolucionario de Octubre, secundario y sólo a tener en cuenta como “excepción”, la obra de transformación social que estaba afectando, en esos momentos, nada menos que a la quinta parte de la Humanidad? ¿Sólo porque no acaecía sobre territorio soviético? ¿Por qué, entonces, dividir radicalmente al mundo sólo entre países abiertamente capitalistas y países capitalistas enmascarados de socialismo, y no entre un campo capitalista o imperialista (incluyendo al socialimperialismo) y un campo verdaderamente socialista durante ese período? (4).

Esta subestimación de la experiencia revolucionaria china queda reflejada, también, cuando en el *Manifiesto* de esta Plataforma se trata de dibujar el Ciclo de Octubre, que nos es presentado en una fase ascendente, hasta 1953, seguida de un giro crítico brusco para caer inmediatamente en la

(3) *Manifiesto político*, p. 48.

(4) Nos mantenemos aquí, naturalmente, en el plano de las contradicciones internacionales que han propuesto los camaradas de la Plataforma en su documento. Es decir, la división del mundo desde el punto de vista económico, desde el punto de vista del grado de transformación de las estructuras económicas y sociales, prescindiendo de la crítica del mismo desde la perspectiva de la lucha de clases en la esfera mundial, según la cual habría que tener en cuenta el papel de los países oprimidos, así como variables sociales tales como el proletariado de los Estados imperialistas, etc.



fase descendente (5). Esta visión, desde luego, sólo tiene en cuenta las vicisitudes de la revolución en la Unión Soviética y olvida gravemente no sólo el Gran Salto Delante de la segunda mitad de los 50, sino, fundamentalmente, la Revolución Cultural Proletaria (RCP) de 1966-1976 en China. Procesos, ambos —sobre todo el segundo—, que mantuvieron cierta tensión ascendente en el ciclo revolucionario y que influyeron como factor externo en el ánimo revolucionario de las masas de los países imperialistas a finales de los 60. El perfil del Ciclo de Octubre, por tanto, no presenta, para nosotros, un brusco giro hacia la recesión revolucionaria en la cota marcada por los años 1953-1956, sino que, aun reconociendo que el vigor ascensional de la Revolución Proletaria Mundial remite, ese ciclo dibuja una parábola que abarca el período 1956-1976 antes de iniciar la definitiva fase de receso revolucionario.

Pero donde más se pone de manifiesto la insuficiente valoración de la experiencia revolucionaria fuera de las fronteras de la URSS (y no olvidemos que cuando hablamos de Ciclo de Octubre nos estamos refiriendo a la primera ola de la **Revolución Proletaria Mundial**, y no sólo a la revolución soviética) es en la concepción que los miembros de la Plataforma tienen de la RCP china.

“(…) la única vía que tiene el proletariado mundial (...) es la toma violenta del Poder político a través de la Revolución Socialista, en una o varias fases, y mediante la Dictadura del Proletariado, persistir en la lucha de clases (...) hasta alcanzar la nueva sociedad Comunista en todo el globo, batallando en todos los frentes de lucha: el económico, mediante la paulatina implantación de las formas colectivas de propiedad mediante la planificación económica hasta la autogestión Comunista; en el ideológico, mediante sucesivas Revoluciones Culturales que borren de la historia las formas de ideología y cultura burguesas, reaccionarias y, por extensión, contrarrevolucionarias, y que permitan el surgimiento y la implantación de las relaciones sociales de producción comunistas en jalones cada vez superiores históricamente; en el político, mediante la vigilancia revolucionaria contra los agentes revisionistas en el seno del Partido y del Estado y mediante el aplastamiento y represión violenta de la burguesía en la pugna por el Poder político y en la resolución del problema de quién vencerá a quién” (6).

Considerando, de pasada, que la Revolución Socialista no es sólo un **acto** revolucionario de toma del poder,

(5) Cf. *Manifiesto político*, p. 48.

(6) *Ibidem*, p. 50. Casi la totalidad de la cita está subrayada en negrita en el original.

sino que se trata de todo un **proceso** que incluye tanto esa conquista como todas las posteriores transformaciones dirigidas por la Dictadura del Proletariado hasta el Comunismo, y que, por lo que se deduce de este párrafo, los firmantes del *Manifiesto* no han comprendido cabalmente la naturaleza de la planificación económica socialista, al ponerla al lado de, o como origen de —y no **contra**— la *autogestión*, valorando a ésta como el resultado —y no como forma antagónica— de aquélla (pues, por definición, *planificación* significa **centralización** y **gestión social** de la economía, algo que se da de bofetadas con la idea, de origen pequeñoburgués, de autogestión económica, por muy candorosa que suene a nuestros oídos, tanto más por cuanto, **en el Comunismo**, la palabra *autogestión* sólo puede significar **coparticipación social** en el control, gestión y toma de decisiones de índole económica, mientras que **todo el mecanismo productivo** permanece centralizado como propiedad social), y considerando que cualquier opinión o conclusión que aquí se vierta acerca del significado de la RCP es provisional y está sujeto, precisamente, a los resultados futuros del Plan de investigación de la experiencia histórica del proletariado, teniendo en cuenta estos considerandos, es preciso señalar que el párrafo arriba citado ofrece una interpretación unilateral y reduccionista del significado de la RCP. En concreto, le asigna únicamente un papel revolucionario exclusivamente en el plano cultural o ideológico, en un confín —importante, pero estrictamente localizado— de la superestructura de la sociedad.

No cabe duda de que la RCP atacó directamente esa esfera social. Mejor dicho, inició por ese lado el ataque revolucionario contra la línea que amenazaba con volver hacia el camino capitalista en China. Pero no se limitó a eso, también contemplaba la revolucionarización de todas las relaciones sociales en todos los ámbitos de la sociedad china. Separar los distintos campos de actuación de la política revolucionaria, de manera mecánica, en *estructuras* sociales superpuestas, constituye un error epistemológico (una vulgarización del materialismo histórico) y una mala guía para la interpretación histórica, además de un débil punto de partida para la actividad política. Es cierto que, desde el punto de vista del análisis político, puede ser útil diferenciar los objetivos y las tareas de la actividad, pero todo verdadero plan de actuación política revolucionaria debe intentar abarcar todos esos campos en su conjunto. De hecho, la RCP china constituye un precioso ejemplo de esta operatividad revolucionaria global, y no puede ser reducida a una simple y limitada interpretación *superestructural*. La RCP china fue, por tanto, una ofensiva revolucionaria del proletariado no sólo en el frente ideológico, sino también en el económico y en el político, y por esto, precisamente, sus logros deben ser considerados como un aporte significativo a la teoría y práctica del marxismo — leninismo.

A finales de los 60, los ecos de la RCP china llegaron a Occidente y sacudieron la conciencia de los elementos más avanzados de sus partidos comunistas, desorientados por el revisionismo que imperaba en esos partidos, pero ansiosos por encontrar una pista que les guiase en la lucha contra esa manifestación del oportunismo para dotar a sus organizaciones de una nueva estrategia política verdaderamente revolucionaria. Uno de esos grupos de avanzada fue el que se organizó en torno a *Il Manifesto*, dentro del PC de Italia (PCI). En 1970, cuando ya este grupo estaba fuera del PCI, una de sus líderes, Rossana Rossanda, escribió un balance del signi-

ficado revolucionario de la RCP en el que, precisamente, aborda este problema de la visión estructuralista de la sociedad y de la actividad revolucionaria. Repasaremos algunos de los párrafos de ese artículo con el fin de arrojar luz en este asunto:

“Basta, por el momento, recordar cómo en todo debate que, a partir de 1956, se realizó en la URSS y en los otros partidos, prevaleció la tesis que, si de crisis [del sistema soviético] se trataba, ésta era sobre todo una crisis producida por el atraso de la superestructura en relación a la madurez de las bases estructurales y al desarrollo de las fuerzas productivas (...).

En Stalin, toda la teoría de la lucha de clases está fundada en la hipótesis que, con la radicalización de la revolución, los estratos y grupos sociales ‘antiguos’ oponen una resistencia más viva; hasta tal punto que él deduce, en el informe sobre el proyecto de Constitución de 1936, que la base estructural socialista está ya garantizada por la desaparición de aquéllos y que la fase de la dictadura del proletariado que siguió a 1917 puede ser considerada como finalizada. En las notas de 1952 sobre los problemas económicos del socialismo en la URSS, esta idea subsiste, las contradicciones de la fase de transición son achacadas al *envejecimiento* de las relaciones de producción instauradas en el momento de la toma del poder. Si, por lo tanto, el desarrollo de la sociedad presenta todavía contradicciones, éstas no tienen el carácter de un antagonismo *de clase*. Cuando, algunos años más tarde, Jruschov hable de un ‘Estado de todo el pueblo’, irá mucho más lejos, pero siguiendo el mismo tipo de razonamiento.

(...). Nos parece que la Revolución China, de manera perfectamente marxiana, plantea de nuevo, en toda su complejidad, el problema de la *estructura*, y por lo tanto del objeto sobre el cual se juega el destino de la sociedad de transición. Para hacer eso, rechaza la dicotomía subyacente (...) de la relación entre estructura y superestructura, considerados como dos planos diferentes y que se condicionan recíprocamente. Esquema en el cual termina por corresponder la reducción de la ‘estructura’ al problema de la propiedad de los medios de producción (...).

Esto no quiere decir que la propiedad de los medios de producción sea un elemento secundario sino el producto y la expresión del modo de producción capitalista, su sigla, el punto terminal del largo proceso de enajenación del trabajo humano. Pero es en el conjunto de esas condiciones (desarrollo de las fuerzas productivas, división del trabajo, pérdida y reconquista de la ‘individualidad’, afirmación de sí, negación y negación de la negación en las relaciones entre hombre y naturaleza, hombre y su instrumento de producción, hombre y hombre) que se determina esta forma suprema de enajenación del trabajo que es el modo de producción capitalista (...).

Esta conexión de los distintos elementos que constituyen una forma de producción es tan estrecha que no se puede imaginar una ruptura, una verdadera crisis del modo de producción capitalista si no es por una *transformación total*, y no simplemente por el fin de una de esas condiciones (...).

Si es así, la toma del poder y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no son sino las condiciones, necesarias pero no suficientes de la transformación de la estructura en un sentido socialista. Necesarias, pues sin ellas la transformación ulterior no se produciría; insufi-

cientes, pues ellas no lo realizan completamente. De ello se deriva que la sociedad llamada de ‘transición’ es una sociedad donde persiste, *no como un residuo del pasado, sino como una forma intrínseca del presente*, una buena parte del modo de producción capitalista; una sociedad donde se sigue basando la desigualdad entre los hombres en la posesión material de los instrumentos de producción (posesión que no es *jurídica*, sino de *gestión*), y sobre la persistencia de la venta de la fuerza de trabajo como el único medio de sobrevivencia.

Ése es el punto que la revolución cultural toca. Por ello nos parece necesario tomar al pie de la letra lo que dice, a saber, que realiza todavía una lucha anticapitalista, cuyo objetivo es realizar una revolución *de la estructura y en la estructura*. Nos parece que es necesario tomar al pie de la letra la definición que da, que lo que se necesita vencer son las ‘relaciones burguesas’, que no son para nada relaciones ‘ideológicas’, proyecciones vacías de formas materiales que ya no existen, sino proyecciones de las relaciones materiales, todavía concretas y muy reales (...).

Así la revolución cultural plantea de nuevo, en toda su amplitud, el problema de la transformación del modo de producción capitalista. Ella suprime la falsa oposición del esquema corriente ‘estructura-superestructura’. Revaloriza la dimensión de una revolución política que no se convierte en una revolución social global. En breve, reencuentra enteramente toda la problemática marxiana de la transformación total que representa el socialismo. Por consiguiente, ve en la sociedad de transición el lugar de una nueva fase de la lucha de clases —en el sentido más completo del término” (7).

Cuidémonos, por tanto, de toda visión estructuralista, metafísica, de la sociedad, y de toda concepción unilateral, tanto del desarrollo de la sociedad socialista como de las tareas revolucionarias que permitan su devenir en el Comunismo. Esta es una de las lecciones de la experiencia de la RCP en China. Y cuidémonos, en consecuencia, de aseveraciones tan peregrinas como la que presentan los miembros de la Plataforma en su *Manifiesto político*, según la cual, la lucha de clases en el Socialismo “debe ser tratada especialmente en el frente ideológico contra el pensamiento burgués” (8), que es a donde nos conduce aquella visión unilateral y sesgada que nos ofrece el estructuralismo y que denota una comprensión limitada de las tareas revolucionarias en la sociedad de transición. El fundamento de esta limitación teórica nos lo habrían ofrecido estos camaradas en unos párrafos anteriores del texto:

“La burguesía no persiste como *vestigio*, sino que se reproduce tanto en lo objetivo (...) sobre la base misma de la existencia de mercancías y de circulación monetaria en el Socialismo; y persiste subjetivamente tanto en las costumbres y los hábitos de la época capitalista, como observa Lenin, como, principalmente, en forma de ideologías burguesas, que se manifiestan en las distintas corrientes del revisionismo”.

De lo que desafortunadamente nuestros camaradas coligen que: “Es preciso continuar la lucha de clases mientras éstas existan (...) principalmente, en el frente ideológico-

(7) ROSSANDA, Rossana: *Il Manifiesto*. Ed. Era. México, 1973; pp. 175-183.

(8) *Manifiesto político*, p. 50.

co, como premisa y como *motor* de construcción del Socialismo” (9). Lo cual constituye, según ellos, una lección “que se extrae de la experiencia revolucionaria que abre Octubre”.

Pero esta lección no está bien aprendida si se entiende que la lucha contra la ideología burguesa, en su sentido *cultural* (hábitos y costumbres heredados del capitalismo) y político (revisionismo), es el *eslabón principal* que debe orientar la lucha de clases proletaria, y que, por tanto, el “frente ideológico” es el que hay que atender prioritariamente; si no se entiende la ideología burguesa como *punta del iceberg* de todo un entramado socioeconómico de contradicciones sociales **materiales** que hay que transformar, y que, en consecuencia, la obra exige la atención simultánea en **todos** los frentes de la lucha de clases; que no es suficiente con atacar el mal en sus manifestaciones ideológico-subjetivas, sino que hay que erradicarlo en su raíz material objetiva. La lucha de clases, vista así como **totalidad** social de actividad revolucionaria del proletariado, o si se prefiere— utilizando el concepto acuñado por los mismos dirigentes de la RCP china para resumir esta tesis—, la *Dictadura omnimoda del proletariado contra la burguesía*, es el verdadero “motor” de la construcción del Socialismo.

Es cierto que el factor consciente debe ser el factor principal, quien juegue el papel rector en la transformación revolucionaria de la sociedad, y es cierto que los mismos comunistas chinos consignaron esta idea bajo el lema de *la política al mando* (de ahí la importancia del partido proletario de vanguardia); y también es cierto que la ideología revolucionaria del proletariado debe servir de guía y que sobre ella debe sostenerse toda esa obra transformadora, ya que, a diferencia del resto de los cambios revolucionarios de la historia, que han permitido el paso a sociedades nuevas, la conquista del Comunismo por el proletariado constituye la primera forma histórica de transición hacia una nueva sociedad en la que todo depende de un plan consciente de transformación revolucionaria, en la que del conocimiento de las leyes del desarrollo social y de su correcto manejo y aplicación depende en mayor medida el triunfo o el fracaso de la revolución comunista (de ahí la importancia de resumir con éxito las enseñanzas del último gran periodo revolucionario). La construcción del Comunismo es, por así decirlo, una obra *científica*, es una obra consciente, y por ello la ideología revolucionaria juega el rol principal, por lo que conservar y defender su integridad teórica interna cobra la mayor importancia. Pero esto es una cosa y otra muy distinta decir, como los de la Plataforma, que el campo ideológico es el que principalmente hay que atender en esa obra de transformación, porque la Revolución Proletaria no consiste únicamente en la transformación de las mentes, en conquistar inmediatamente la conciencia de las masas para el Comunismo, sino en hacerlo mediatamente a través de la construcción de las

bases materiales necesarias para ello. Lo contrario sería caer en el idealismo o en el subjetivismo revolucionario.

De este modo, con una limitada visión de las tareas de la Revolución Proletaria se llega a una limitada visión de la propia naturaleza de la sociedad socialista. Ya hemos traído aquí alguna de las citas donde la Plataforma por la Constitución del EhAK expone sucintamente su idea del carácter de las contradicciones de la sociedad de transición al Comunismo: pervivencia de la propiedad privada debido a la “apropiación privada de parte del producto de la tierra a causa de formas no plenamente socialistas de organización del campo”, y, en general, pervivencia de producción de mercancías y de circulación monetaria (10).

Esta formulación revive la tesis revisionista que identifica propiedad pública (estatal) con propiedad socialista, pues parece que implícitamente se sitúa, frente a la persistencia de cierto grado de propiedad privada en el campo, la propiedad “plenamente” socialista de la industria, cuando, en realidad, ésta era sólo propiedad estatal y todavía no *propiedad de todo el pueblo*. Y de la mano de esta tesis llega su corolario, la idea de que existen formas económicas “plenamente socialistas” que excluyen por sí mismas cualquier grado de apropiación privada y cualquier tipo de relación productiva o de intercambio sujeto a las leyes del valor. Planteamiento que

nos conducirá, a la larga — como así sucedió en la práctica—, a identificar Socialismo con Comunismo, de modo que el primero, el Socialismo, deja de ser considerado como una larga etapa histórica de transición en la que se mezclan dos formaciones sociales diferentes, y pasa a convertirse en un modo de producción nuevo y diferenciado y en la forma antagónica *natural* del capitalismo, y, por lo tanto, en la última,



Fragmento de sellos de la República Popular China representando el apoyo de las diversas nacionalidades del país a su Partido Comunista, con motivo de su 50° Aniversario

que debe pasar a ser el objetivo de la lucha de clases proletaria; mientras que el segundo, el Comunismo, como correlato de todo esto, ve degradado su significado como forma de organización social **cualitativamente** superior. Como se sabe, de este planteamiento del Socialismo *puro* como suplantación del Comunismo y como forma superior y *perfecta* de sociedad (cuando no es más que una etapa de transición en la que existe capitalismo o formas básicas que pueden desarrollarse hacia el capitalismo) a la tesis jruschoviana del *Estado de todo el pueblo* en el que no existe o en el que dejan de producirse los antagonismos de clase, sólo hay un paso.

Aparte de esta visión limitada del Socialismo, el documento nos ofrece una visión errónea del mismo, porque pueden perfectamente dejar de existir formas de apropiación privada —y por lo tanto mercancías en su sentido capitalista— sin que deje de regir por ello el derecho burgués y, en cierto grado, la ley del valor. Recordemos el famoso capítulo de Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*, donde describe una sociedad socialista *superior*, desarrollada hasta un punto que nunca logró alcanzarse en la pasada experiencia histórica, pero donde aún perviven las bases para la restaura-

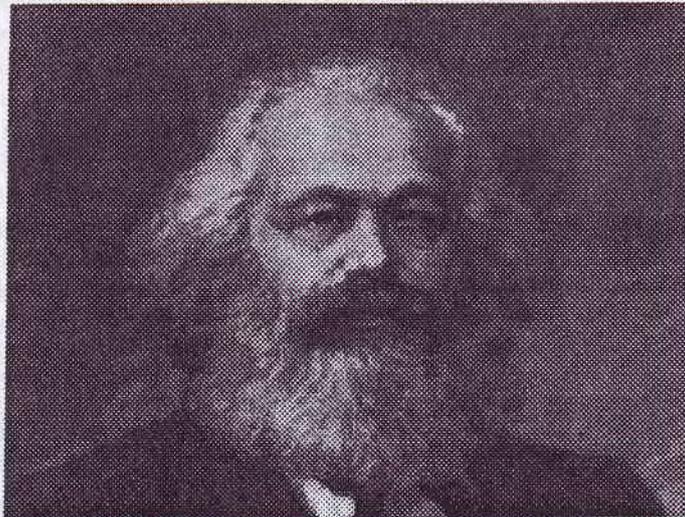
(9) *Ibidem*, p. 48. El segundo párrafo de los citados está subrayado en negrita en el original.

(10) *Ibid.*, p.48.

ción capitalista (división del trabajo, división campo-ciudad, persistencia del derecho burgués con el principio de *a cada cual según su trabajo*, etc.). Pero parece que para estos camaradas esto ya es el Socialismo *puro* o, incluso, el Comunismo. ¿Es así? Tal vez hayamos ido demasiado lejos en nuestra crítica atendiendo a aseveraciones demasiado escuetas sobre la naturaleza del Socialismo. Pero es nuestro deber encender la luz de alarma cuando prevemos el peligro de que se desarrollen tesis erróneas o limitadas en su planteamiento primitivo. Cuando se aborda un trabajo teórico de síntesis sobre la experiencia del Socialismo, como han hecho los firmantes del *Manifiesto político de la Plataforma por la Constitución del EhAK*, no basta con describir el estado de desarrollo que alcanzó, ni las contradicciones y problemas que le eran propios, también hay que tener en consideración las soluciones y los planteamientos de quienes supieron mantener la perspectiva del Comunismo, desde Marx a Mao. En cualquier caso, para nosotros no es una casualidad que el *Manifiesto* de esa Plataforma afirme con atrevida rotundidad que “la consecución cabal de sus objetivos [del proletariado], esto es, la Revolución Socialista que dé acceso al Poder en forma de Dictadura del Proletariado” debe contem-

plar “la supresión violenta de las relaciones de producción capitalistas, **principalmente** la forma de propiedad de los medios de producción” (11). ¿No sería mejor decir **primera-mente** o **en primer lugar**? ¿Es que, acaso, basta la estatización de toda la economía (pues “violentamente” sólo se puede suprimir en un primer momento la propiedad privada **individual** capitalista de los medios de producción) para luego cargar con todo contra la ideología burguesa para alcanzar el Comunismo? Para nosotros la cosa, así planteada, resulta insuficiente. Preferimos las palabras de R. Rossanda: “la toma del poder y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no son sino las condiciones, **necesarias pero no suficientes** de la transformación de la estructura en un sentido socialista” (la negrita es de la Redacción de LF).

Finalmente, para terminar este repaso de los errores e insuficiencias del balance del ciclo revolucionario de Octu-



Karl Marx

(11) Ibid., p. 49. La negrita es nuestra. Cuando se dice “forma de propiedad”, a secas, se entiende que se está hablando de propiedad **privada** de los medios de producción. El concepto de *propiedad* en general, no sirve en política, y menos cuando estamos hablando de un período histórico determinado. Puesto que se habla del capitalismo, suponemos que no debemos tener en cuenta formas de propiedad anteriores (feudal, esclavista...), sino la que le es propia, la propiedad privada. Además, la forma antagónica de ésta, la fórmula que expresa la forma de *no-propiedad* en general en el Socialismo o en el Comunismo, es expresada comúnmente de manera positiva, es decir, como otra “forma de propiedad”, la *propiedad de todo el pueblo* de los medios de producción.

bre que presenta el *Manifiesto político* de la Plataforma pro-EhAK, situemos brevemente dos apreciaciones más. En primer lugar, la siguiente afirmación:

“(…) la tarea estratégica del proletariado internacional es llevar a cabo una Revolución Socialista que le conduzca a la toma del Poder político” (12).

Aquí, se expone sintéticamente la concepción que tienen los de la Plataforma de la Revolución Proletaria como movimiento revolucionario internacional, concepción que cae en el trotskismo si no se explica por la precipitación en su redacción o por una errata y se insiste en que la Revolución Proletaria Mundial (RPM) consiste en “una” Revolución Socialista y en **un solo** acto de toma del poder por el proletariado internacional. Lo cual es absurdo y ha sido rebatido fehacientemente por la historia. También se cae en el trotskismo cuando, al definirse el proceso de la RPM, sólo se tiene en cuenta a la clase obrera internacional como agente revolucionario. Por el contrario, la RPM es un proceso global que suma las Revoluciones Socialistas (**en plural**) en los países imperialistas y las revoluciones de Nueva Democracia en los países oprimidos semifeudales, que van rompiendo la cadena imperialista mundial por sus sucesivos eslabones débiles, siendo el proletariado la cla-

se principal y dirigente en las primeras, y el proletariado la clase dirigente y el campesinado la clase principal en las segundas. Ésta, por supuesto, es una definición general, con todas las limitaciones que las definiciones generales contienen a la hora de aplicarse a cada caso concreto.

En segundo lugar, la siguiente frase, que denota una rebaja del carácter de la política de clase proletaria y que puede ser peligrosa por sus implicaciones de cara al análisis de las relaciones entre las clases en el Estado y de cara a la propaganda revolucionaria desde el punto de vista de la conciencia de las masas en sus diferentes niveles:

“(…) pero digamos ahora que, para que la lucha económica espontánea de la clase obrera devenga política, para la consecución de la misión histórica emancipatoria universal del proletariado mundial es preciso que dentro de la clase se trate adecuadamente la contradicción vanguardia-masa” (13).

No existe una “lucha económica espontánea” **de la clase obrera**, porque, desde que ésta se configura **en clase**, todas sus luchas, como ya dejaron establecido Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, son luchas **políticas**. La lucha “espontánea” o “económica” corresponde a una etapa prehistórica o a una etapa de liquidación de su movimiento y de su conciencia en la vida del proletariado como clase. El proceso de unificación de las luchas **parciales** y “espontáneas”, limitadas a reivindicaciones “económicas” y que culmina con la fundación de partidos obreros o de sindicatos nacionales

(12) Ibid., p. 50. Subrayado en negrita en el original.

(13) Ibid., p. 50.

(o estatales), convierte al proletariado, ya, en un púgil político frente a la burguesía. La conciencia que adquiere de esta condición separada y enfrentada con respecto a la clase capitalista es lo que Marx denominó conciencia de clase *en sí*. Ésta no existe, y por lo tanto, el proletariado no opera en la práctica como clase, ni sus reivindicaciones alcanzan una dimensión política, mientras se desenvuelve aquel proceso de formación sobre la base de la unificación de todas las luchas. También se pone en cuestionamiento esa su condición cuando, en momentos como el presente, el sector sobornado del proletariado, la aristocracia obrera, ejerce una labor de liquidación de esa conciencia. Sin embargo, en este caso, no sucede como en la prehistoria del movimiento obrero, pues aquella primera conquista del proletariado no puede ser borrada tan fácilmente de la memoria histórica, aunque sólo sea porque el propio poder de los dirigentes de la aristocracia obrera emana precisamente de ese legado, sin el cual dejarían de ser útiles para el capital; pero, sobre todo, porque la vanguardia proletaria, que conserva aquella vocación de unidad clasista, pugna constantemente por reintroducirla en su movimiento práctico. Pero, para ello, debe propagar y aplicar la **política revolucionaria** de la clase.

A diferencia del período del capitalismo ascensional, que para la clase obrera fue fundamentalmente una época de acumulación de fuerzas, en la actual etapa imperialista el proceso de acumulación de fuerzas se presenta sólo como un necesario momento **táctico**, subordinado a la tarea fundamental —estratégica— de unir y concienciar a las masas en la conquista revolucionaria del poder. Es por ello que la educación de los obreros en su ideología de clase no puede circunscribirse exclusivamente, como en aquella primera época, a su conciencia de clase económica, sino a su conciencia de clase revolucionaria, pues toda la historia de la lucha de clases proletaria desarrollada hasta el punto de la escisión del movimiento obrero en dos alas —una oportunista y otra revolucionaria—, propia de la época imperialista, conduce a que la única manera **consecuente** de concienciación clasista del proletariado sea su concienciación revolucionaria. Por consiguiente, no se contraponen la “lucha económica” a la “lucha política” del proletariado, sino su “lucha política” a su *lucha revolucionaria*. Como demostró Lenin en su *¿Qué hacer?*, la lucha económica alcanza a ser una lucha política que, si se queda apresada en los estrechos límites de lo inmediato, si no es transformada por la teoría revolucionaria del proletariado, terminará en el *economicismo* o en el *sindicalismo*, terminará siendo la **política oportunista** (burguesa) de la clase obrera. Buena prueba de ello hemos tenido en los recientes años, con el partido *obrero* en el gobierno y con los sindicatos *obreros* compartiendo la obra de destrucción del movimiento obrero. Es, por tanto, peligroso reivindicar una política obrera —o *verdaderamente* obrera, como hacen hoy en día algunos partidos de izquierda, principalmente la UCE, y sobre todo los trotskistas— a secas, porque esto esconde, por un lado, la tendencia al oportunismo y al reformismo del *partido obrero* o de una supuesta política *obrerista*, y porque, por otro, en estos momentos oculta la necesidad que tiene el proletariado de su partido revolucionario de vanguardia. Tratemos adecuadamente “la contradicción vanguardia-masa”, en efecto, pero para transformar la política y la conciencia obreras en política y conciencia revolucionarias, y para despejar el camino al primer objetivo de estas últimas: la Reconstitución del Partido Comunista.

Sobre la Reconstitución de la Internacional Comunista

Ocupémonos, ahora, de la segunda parte —mucho más controvertida— del texto de esta Plataforma, donde se proponen las tareas estratégicas más acuciantes para el proletariado. Propuesta que, por cierto, adopta, de principio, un punto de vista internacional, global. Algo curioso, tratándose de un documento que pretende fundamentar la construcción de un partido nacional; pero correcto, tal vez, si hubiera consistido en un análisis real del estado de la lucha de clases internacional. Sin embargo, no se trata de esto, sino de algo más prosaico.

“A nivel mundial, la vanguardia del proletariado en su unidad con las masas es el Movimiento Comunista Internacional, cuya forma superior ha sido la Internacional Comunista. Sin hacer mucha historia se observa que el Movimiento Comunista Internacional nace y se desarrolla como producto primero y principal del nacimiento y desarrollo de sus Secciones nacionales” (14).

Como se puede apreciar, se trata de un punto de partida formalista y, además, falso. En primer lugar, no es cierto que la Internacional Comunista (IC) se constituyese, según se da aquí a entender, como *suma* de secciones (partidos) nacionales, al modo de la II Internacional. Tal vez, desde la óptica organizativa, aparentara ser un agregado de distintas organizaciones nacionales, ser creada *desde abajo*; pero esto sólo fue la forma aparente con que se presentaba un fenómeno político ante los ojos del mundo. Y hay que ser muy miopes para no ver nada más. La IC no se creó “mediante” la asociación de partidos nacionales (15), sino que en esto se pareció más a la I que a la II Internacional. Si la AIT fue la expresión política de un estado de madurez del proletariado como clase en el plano internacional, la Komintern expresó la madurez del proletariado como clase revolucionaria, y esto no fue así porque sus representantes lo decidieran en un Congreso, sino porque efectivamente ese movimiento revolucionario era ya un hecho desde la Revolución de Octubre, que irradió su influencia sobre las masas obreras a lo largo del planeta. Esto es lo principal, el aspecto **político** que ofrece una revolución triunfante, por encima de cualquier acuerdo de unidad **orgánica** por parte de sus seguidores en todo el mundo. Entonces, es preciso apreciar la constitución de la IC como la forma que adopta un movimiento a escala internacional generado —por decirlo gráficamente y para contraponerlo al *modelo* que nos ofrecen estos camaradas— *desde arriba*, desde la forma **superior** del movimiento proletario

(14) Ibid, p.50.

(15) “La Gran Revolución Socialista de Octubre (...) supuso (...) la Constitución del Movimiento Comunista Internacional *en forma* de Internacional Comunista y *mediante* la Constitución de sus Secciones nacionales en casi todas las naciones del mundo” (Ibid., p. 47). Esta formulación desde luego, es mucho más correcta, porque aprecia bastante mejor el papel principal de la Revolución de Octubre como generador del Movimiento Comunista Internacional y de la IC; pero ese “mediante” revela que no se ha comprendido el contenido **político** de ese proceso y que se prefiere atender sólo a su aspecto **organizativo**, además de ofrecer una imagen falsa o incompleta del mismo.

—que logra elevar su lucha de clase hasta su dictadura de clase— alcanzada en un país. Este es el verdadero contenido político de la IC como expresión del Movimiento Comunista Internacional (MCI) a partir de 1917-1919. Los elementos constitutivos de ese movimiento eran, por una parte, el partido bolchevique y el proletariado de Rusia, que aplicaban una línea de organización de la Dictadura del Proletariado y de Construcción del Socialismo y que, en este sentido, ejercían el papel de **vanguardia** del MCI, tomando, a su vez, la iniciativa de crear una III Internacional que agrupase al proletariado revolucionario tras la bancarrota de la II Internacional (16). Algo muy distinto, por tanto, de la idea consensuada *entre iguales* que pretende sugerirnos el texto de la Plataforma. De hecho, fue ante la convocatoria del Primer Congreso de la IC que en varios países se dieron los procesos políticos que derivarían en la constitución de los partidos comunistas que luego formarían parte de la IC (y la mayoría de ellos no participaron en su congreso fundacional, sino que fueron incorporándose **al ir aceptando su línea política básica**, principalmente sus famosas *Veintiuna condiciones*). En la otra parte, se situaba un movimiento de masas en efervescente ascenso y en todo el mundo provocado por las desastrosas consecuencias que para ellas había tenido la guerra imperialista y por las expectativas que sobre su ánimo habían abierto los acontecimientos de 1917 en Rusia, movimiento encabezado o, cuando menos, representado por el sector radical del sindicalismo y por el ala izquierda de los partidos socialistas. Esto constituyó la base del MCI.

No cabe duda de que, desde la óptica marxista-leninista, todo movimiento verdaderamente revolucionario debe contar con aquellos elementos constitutivos: una vanguardia dirigente orientada por la teoría revolucionaria, una base social desde la cual y sobre la cual aplicar una política revolucionaria y una línea de masas que las vincule en forma de movimiento social. Tampoco podemos obviar que esta visión era la que adoptaron siempre los grandes dirigentes históricos del Comunismo. Cuando Marx y Engels depositaron sus esperanzas en el proletariado francés, entre 1848 y 1871, para que fuera el encargado de encender la chispa de la revolución europea (17); cuando Engels, en los años 80 del siglo XIX, atestiguó que el proletariado alemán había tomado el relevo en ese cometido; o cuando Lenin vaticinó que, a partir de 1905, las primeras y principales batallas de la revolución iban a tener como escenario a Rusia, o cuando, en los 60 de este

(16) La idea de reconstituir la Internacional obrera ya había sido propuesta por Lenin años atrás, en plena guerra mundial, en el mismo momento que levantaba acta de defunción de la Internacional socialdemócrata (Cf. capítulo 3º del opúsculo de Lenin, *El socialismo y la guerra*, escrito en 1915).

(17) Hay quien dice que Marx esperaba que la revolución proletaria fuera iniciada en Inglaterra, debido al desarrollo de la economía capitalista y de las contradicciones de clase alcanzados en ese país. A nosotros no nos consta. Sin embargo, esta tesis se sostiene más en consideración a factores económicos y, por lo tanto, en función de una visión *economista* de los procesos sociales, que sobre un análisis real de las condiciones y perspectivas de la lucha de clases en aquel país. condiciones que Marx conocía de primera mano y sobre las que no cifraba grandes esperanzas. En este sentido, recordar su crítica a los *beneficios* que a la clase obrera inglesa le reportaba su situación de metrópoli colonial.

siglo, Mao señaló que *el viento del este predominaba sobre el viento del oeste*, insinuando que en China se encontraba ya la primera trinchera de la revolución, en todas y cada una de estas afirmaciones se pone de manifiesto la certeza de que, objetivamente, todo movimiento revolucionario de carácter internacional ha de articularse en torno a una vanguardia cuyas posiciones de avanzada estén avaladas por su práctica social. Esta idea es crucial a la hora de abordar la cuestión de la Reconstitución de la IC, y no tenerla en consideración nos puede llevar peligrosamente hacia el **formalismo** en el que han caído los miembros de la Plataforma por el EhAK, que nos ofrecen un modelo de Reconstitución de la IC que reedita en el plano internacional el discurso de la *unidad de los comunistas* que ya ha entorpecido bastante el camino de la Reconstitución del Partido Comunista en muchos países, sobre todo en España.

Lo peor de todo, sin embargo, no es esto. Lo peor es que estos camaradas han elegido esta cuestión como el punto de partida de toda política revolucionaria, como su *primum mobile*, como la cuestión estratégica esencial de la que se derivan las demás tareas importantes e inmediatas de los comunistas:

“La primera tarea de los destacamentos de vanguardia en todo el mundo para alcanzar el fin de la actual etapa histórica —esto es, la Revolución Proletaria— es la **Reconstitución del Movimiento Comunista Internacional, en forma de Internacional Comunista**” (18).

Propuesta ésta que, como veremos, oculta intenciones menos generosas que lo que puede aparentar a primera vista; propuesta que, al situar la Reconstitución de la IC como la cuestión primordial, significa en los hechos una apuesta fuerte por el modelo de *unidad de las secciones nacionales* como método de Reconstitución de la IC, lo cual fomenta un grave error. Y es que tal vez estemos obligados o estemos en condiciones de definir los rasgos más característicos del **movimiento** de Reconstitución de la IC, o, al menos, estemos obligados o en condiciones de adoptar una posición respecto a ello; pero en absoluto estamos obligados —salvo practicando el aventurerismo teórico— a posicionarnos sobre la **forma** que adoptará ese movimiento de Reconstitución de la IC.

En la actualidad, se están llevando a cabo varios proyectos simultáneos para reconstituir la IC. De entre ellos, podemos destacar al Movimiento Revolucionario Internacionalista (MRI), que reúne a varios partidos maofistas, al Seminario Internacional, auspiciado por el Partido del Trabajo de Bélgica y que reúne a varias organizaciones comunistas todos los años en Bruselas en torno a las celebraciones del 1º de Mayo, o sendas Conferencias Internacionales de Partidos y Organizaciones Marxistas-Leninistas, en una de las cuales destaca la participación del Partido Comunista de Filipinas, y en la otra la del Partido Comunista de Ecuador Marxista-Leninista (por lo que se la conoce coloquialmente como *Conferencia de Quito*). Todas estas reuniones tienen en común su método de trabajo, basado en el debate con vistas al acercamiento ideológico y político para la formulación de una línea general comúnmente aceptada. Poco más aparte de esto. Por supuesto que se establecen cauces para desenvolver lucha de dos líneas, pero esto no es suficiente y está todavía muy lejos de ese movimiento revolucionario internacional

(18) *Manifiesto político*, p. 50.

organizado en forma de *Partido Mundial*. Hasta ahora, como mucho, podemos hablar de Oficinas de coordinación internacional entre partidos comunistas, al modo de la vieja Kominform. En las condiciones actuales en que se desarrolla la lucha de clases revolucionaria en el plano internacional, sin embargo, probablemente no exista otra manera de ir avanzando por el camino de la Reconstitución de la IC. Nosotros no negamos esta posibilidad, y, de hecho, el PCR ya ha adoptado una primera posición en relación con alguna de ellas (19), considerando que, a la larga, la toma de postura en este asunto es una cuestión ineludible para toda organización marxista-leninista comprometida con la Revolución Proletaria y con la Reconstitución de la IC. Pero tampoco está de más recordar que alguna de ellas, en particular el MRI, inició su andadura al calor de un proceso revolucionario específico que había conseguido avances reales sustanciales y que se encontraba en franco ascenso, la Guerra Popular dirigida por el Partido Comunista de Perú.

La IC, ciertamente, es la expresión del Movimiento Comunista Internacional (MCI). Pero, ¿qué es el MCI?. Desde luego, algo muy diferente del vacío asociacionismo entre partidos que nos ofrecen los miembros de la Plataforma por la Constitución del EhAK, que se han detenido más en el aspecto jurídico-formal de un problema que es fundamentalmente político; desde luego, algo muy distinto de la pobre idea, que se perfila desde las propuestas de esta Plataforma, de la IC y del MCI como instituciones, como simples organismos *dirigentes* aislados de las masas, que reproducirían en el campo internacional la misma situación característica del movimiento comunista en la mayoría de los países: organizado en diferentes grupos de vanguardia, pero sin poder cumplir aún con su misión de partido de vanguardia (20). Sin la menor duda, el contenido político principal del MCI, sin el cual hablaríamos en abstracto hasta terminar constru-

yendo proyectos en el vacío como los de nuestros amigos vascos, es la lucha de clases revolucionaria del proletariado internacional, es decir, la Revolución Proletaria Mundial. Arriba indicamos cómo ésta avanza (suma de Revoluciones Socialistas y de revoluciones de Nueva Democracia): ahora toca ver cuál es su naturaleza. Momento que aprovechamos para insistir en que, pues si se trata de un movimiento revolucionario, ha de reunir los elementos constitutivos que lo confirmen como tal; e insistimos, igualmente, en el principal de ellos, en la cuestión de la **vanguardia** de ese movimiento revolucionario internacional, que, en última instancia, es la que resume el problema de la Reconstitución del MCI y de la IC, en tanto que aborda el interrogante acerca de la **dirección** de la RPM en torno a la cual ésta se articule como verdadero proceso histórico.

Repasemos los ejemplos a los que hemos recurrido.



Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá
(Vi. Mayakovski)

En las *jornadas de junio* de 1848, el proletariado francés demostró por primera vez en la historia que la clase obrera podía actuar de forma independiente de la burguesía. En 1871, con la Comuna de París, también fue el proletariado francés el primero en ensayar la organización de la Dictadura del Proletariado. Un destacamento nacional del proletariado, entonces, iba resolviendo, en la práctica y bajo condiciones específicas, problemas nuevos, iba desbrozando, desde su lucha de clases particular, el camino para la lucha de clases general (internacional) del proletariado. Por consideraciones especiales del desarrollo del proletariado como clase revolucionaria, la Comuna significó la quiebra de la AIT más que un nuevo relanzamiento del MCI. En el período siguiente, el campo de batalla en el que se desenvolvía la guerra de clases había cambiado. El proletariado

crecía en número y sus organizaciones también. Ya no se trataba de tomar al asalto el poder con tácticas blanquistas, sino de organizar y unir a masas ingentes detrás de un programa revolucionario, combinando el trabajo legal con el ilegal. Este problema, totalmente nuevo para la clase obrera, fue resuelto con éxito por el proletariado alemán durante la época de las leyes de excepción impuestas por Bismarck contra los socialistas, de la que salió fortalecido y en condiciones de derrocar a la burguesía si su unidad no hubiera empezado a resquebrajarse porque el enemigo empezó a utilizar un arma aún más sofisticada que la persecución policial: el oportunismo. La historia de la II Internacional fue la del proletariado alemán. Las victorias de éste marcaron el ascenso de aquélla. Pero cuando su cohesión interna comenzó a ser socavada por el reformismo de Bernstein y posteriormente de Kautsky, la Internacional languideció hasta morir. A partir de 1905, el proletariado de Rusia retoma y comienza a aplicar todas las lecciones proporcionadas por la lucha de clase del proletariado internacional hasta culminarlas con el éxito de Octubre y con la consolidación del primer Estado proletario, experiencia ésta que lo cualificó para jugar el papel de vanguardia internacional del proletariado y para patrocinar la constitu-

(19) En concreto, en relación con el I Seminario de Bruselas, cf. *La Forja*, n° 8.

(20) Es importante señalar que los de la Plataforma por el EhAK advierten que la vanguardia proletaria a nivel mundial, "en su unidad con las masas", es el MCI, "cuya forma superior ha sido la IC". Pero esto no dice nada más que esta unidad entre vanguardia y masas se exige única y exclusivamente en el plano nacional y que, por lo tanto, la IC puede reconstituirse con la suma de partidos comunistas que han cubierto los requisitos para su Reconstitución o su Constitución en sus respectivos países; no se sigue, en absoluto, que haya una forma **diferente** de unidad vanguardia-masas en el plano internacional, una forma verdaderamente "superior", según la cual la IC sería algo más que la suma de sus partes. De otro modo, ésta no pasaría de ser una simple coordinadora entre movimientos de masas nacionales aislados entre sí, que es la manera en que, a superior escala, mostraría su aislamiento todo organismo que pretendiese ejercer de vanguardia revolucionaria internacional.

ción de la IC, que, precisamente, se disolvió cuando la clase obrera soviética se mostró incapaz para resolver los nuevos problemas que planteaba el desarrollo de la Revolución Proletaria. Fue, entonces, el proletariado chino, poniendo en marcha la Revolución Cultural Proletaria (RCP), quien comenzó a dar respuesta a la incógnita de cómo continuar la revolución dentro de la revolución, y quien, con ello, se puso a la cabeza del MCI dando un nuevo empuje a la RPM. El hecho de que este nuevo triunfo no diera frutos fuera de las fronteras chinas en forma de IC es motivo de otro análisis y, ciertamente, una carga en el Debe de la RCP (y, como hemos comprobado con la corriente de *Il Manifesto* del PCI, había realmente en el mundo una base potencial desde la cual organizar la escisión del MCI del revisionismo moderno e impulsar una nueva IC); pero, desde luego, es bajo este tipo de circunstancias que mejor se crean las condiciones, en el marco de la lucha de clases internacional, para la Reconstitución de la IC y la regeneración del MCI.

En estrecha unidad con la teoría, la práctica es lo principal, y la práctica social es la principal fuente de conocimiento y de desarrollo para el proletariado. Cuando, además, esta práctica social (es decir, en la que están implicadas las masas) propone y resuelve tareas y problemas inéditos en la historia, de manera que facilitan no sólo el desarrollo de la lucha de la clase obrera en general, sino el progreso de toda la Humanidad, entonces nos encontramos ante el hecho de un movimiento revolucionario a gran escala nuevamente en auge y, por ende, ante las condiciones ideales para reconstituir la IC. La unidad del MCI sobre la teoría está bien y puede crear bases para facilitar las cosas llegado ese momento. En la actualidad, por supuesto, es el único camino; pero falta lo principal, la unidad sobre la práctica social, sobre una obra de transformación social revolucionaria de avanzada. Este es un requisito esencial que no puede dejarse de tener en cuenta en cualquier debate sobre la Reconstitución de la IC (21).

De lo dicho hasta aquí, se comprende que no compartamos en absoluto el punto de partida adoptado por los miembros de la Plataforma, tanto más por cuanto se sostiene sobre un punto de vista invertido en su acercamiento al análisis del MCI. Como hemos visto, parten de lo general y, desde aquí, decretan los designios de lo particular:

“La Reconstitución de la Internacional Comunista pasa y es producto, en última instancia, de la Reconstitución de sus Secciones” (22).

(21) Naturalmente, somos partidarios de la tesis de que la teoría es, en gran medida, la síntesis intelectual de una praxis previa, de lo que se puede extraer como conclusión que basta, como requisito fundamental para reconstituir la IC, la síntesis ideológica y política de toda la experiencia revolucionaria del proletariado. No nos oponemos a ello. Pero, en este caso, por un lado, esa síntesis general no ha sido realizada todavía, y, por otro, habría que demostrar cuáles son las **condiciones nuevas**, diferenciadoras de nuestra época en relación con períodos anteriores de la historia, bajo las cuales los requisitos para la Reconstitución de la IC han podido cambiar. Demostración que, en honor a la verdad, nadie ha realizado hasta ahora. Mientras tanto, no nos queda más que inspirarnos en los modelos que en nuestra tradición tuvieron éxito, para extraer las lecciones pertinentes acerca de cómo construir un movimiento revolucionario internacional sobre bases materiales sólidas y reales y desde una vanguardia que juegue su papel de manera efectiva.

(22) *Manifiesto político*, p. 51. En negrita en el original.

Puesto que se trata de crear el MCI y la IC, entonces hay que reconstituir partidos nacionales. Pero no es tan sencillo, no basta con la sana voluntad, no es suficiente con sustituir los requisitos científicamente concebidos sobre el análisis de la experiencia histórica del proletariado internacional con simple metafísica, no basta con reemplazar procesos materiales, reales, con una consigna ideal. Muy al contrario, lo concreto debe ser aquí el punto de arranque y desde lo concreto, desde lo particular, establecer o prever los posibles desarrollos hasta alcanzar el fin buscado. Y lo concreto no es otra cosa que la marcha actual y real de la RPM. Sin su movimiento, ni hablarse puede de MCI o de IC en términos más elevados que la coordinación o la unidad que puedan realizar algunos sectores de vanguardia del proletariado internacional. El problema, por tanto, consiste en responder a la pregunta de cómo reanimar la RPM, es decir, de qué es lo que hay que hacer para iniciar un nuevo ciclo revolucionario a escala internacional, de **qué hay que hacer para inaugurar una nueva ola de la RPM**. Este es el punto de vista correcto que vuelve a poner sobre sus pies (los de la Plataforma lo habían puesto de cabeza), sobre una base materialista, todo análisis verdaderamente marxista relacionado con la recomposición del MCI. Análisis que no puede sustraerse ni a las leyes del desarrollo de la Revolución ni a la situación en que ahora se encuentra ese desarrollo, que depende en mayor medida de éxitos parciales, concretos y localizados en cualesquier punto del planeta (debido, principalmente, a la famosa “Ley de Desarrollo Desigual” a la que aluden estos camaradas y que afecta tanto al sistema económico capitalista como a la Revolución Proletaria). Este es el eslabón principal al que hay que agarrarse. Desde este punto es desde donde puede la RPM apoyarse para relanzarse. Se trata, pues, de la Reconstitución de partidos comunistas **para** organizar la Revolución como tarea inmediata (**no para pensar directamente** en la Reconstitución de la IC) allí donde no existen o del triunfo en la conquista del poder como cuestión insoslayable allí donde ya se dan procesos revolucionarios. Esta es la tarea primera y la perspectiva correcta desde la que es preciso partir, y no la de plantear la Reconstitución de la IC como imperativo inmediato.

Jugar con la dialéctica

Una vez definido su temerario plan de Reconstitución de la IC, nuestros audaces amigos dan un paso más allá en su imprudencia y se atreven a adivinar cuál sería el funcionamiento hipotético de aquella institución:

“Las tareas que comprende la reconstitución de las Secciones suponen aquí el aspecto cuantitativo, **constructivo, organizativo, de unidad, y, por otra parte, su lado objetivo**, pues son bases para la Reconstitución de la IC, y suponen el **factor principal de Reconstitución**. Por otro lado encontramos la actividad central o *colectiva* del MCI en su conjunto y entre sus Secciones en Reconstitución: la que atiende a la elaboración programática de la presente etapa Revolucionaria. (...). En el plano internacional, por ello, es la **paulatina elaboración del Programa desde la Línea Ideológica hasta el Programa** (...) lo que debe ser la actividad central principal. La IC en Reconstitución atiende, pues, a la elaboración programática **a través del único mecanismo existente para ello: la Lucha de Líneas**. Comenzar desbrozando el camino seguido por la lucha ideológica a lo largo del ciclo revolucionario que abre Octubre y cierra Gorbachov, para extraer conclusiones ideoló-

gicas científicas y rigurosas para este siguiente ciclo, como primer paso para la elaboración programática revolucionaria internacional: esa, por tanto, debe ser la tarea del MCI en esta etapa. Y esta tarea constituye el aspecto cualitativo, *combati-vo* —con el revisionismo—, político, de *lucha*, del proceso de Reconstitución de la IC, y suponen el aspecto determinado por el proceso de Reconstitución de las Secciones, por lo que es el término secundario de la contradicción.

Organización de la IC a través de la Reconstitución de sus Secciones y Programa internacional a través de la Lucha de Líneas son opuestos interpenetrados, pues, al mismo tiempo, son las propias Secciones en Reconstitución las que llevan a cabo la Lucha de Líneas, y, paralelamente, sólo la paulatina dotación de organización para la IC en Reconstitución sienta las bases objetivas para el desarrollo internacional de dicha Lucha de Líneas. No obstante, lo que en el plano internacional es principal, la Reconstitución de sus Secciones, es decir, el aspecto *constructivo*, es lo secundario a nivel de Sección, mientras que lo que prima en la Reconstitución de éstas, la Lucha de Líneas, es secundario a nivel internacional” (23).

Un estudioso del marxismo decía, comparando la dialéctica materialista de Marx con la idealista de Hegel:

“La relación de los contrarios deja entonces de ser una relación definida lógicamente y *reencontrada ense-guida en las cosas*, o negada en nombre de un absoluto trascendente. Se convierte en una *relación viviente, experimentada en la existencia*. Muchas de las ilustraciones hegelianas de la determinación recíproca de los contradictorios (...) se vuelven insuficientes” (24).

A la vista está que los autores del documento programático para la Reconstitución del EhAK han decidido, por su cuenta y riesgo, subvertir el materialismo dialéctico para reconvertirlo en puro hegelianismo. Que nadie crea que ese complejo mecanismo dialéctico de interacciones internas en el que debe consistir el funcionamiento de la IC “en Reconstitución” tiene alguna base real y objetiva. Nuestros camaradas se han limitado a tomar categorías abstractas y se han puesto a barajarlas con la increíble habilidad de un tahur profesional hasta conseguir un majestuoso engendro metafísico. ¿Albergarán seriamente la esperanza de “reencontrarlo” encarnado en la realidad?. Lo que está claro es que no expresa ninguna “relación viviente, experimentada en la existencia”. Ni del presente, ni del pasado. Primero, establecen la necesidad, cual imperativo categórico, de reconstituir la IC, que funciona como “absoluto trascendente” desde el que *se justifica, después, la realidad* de los partidos comunistas. Desde luego, este tipo de planteamientos recuerda mucho al método de Hegel, para quien la historia es un proceso de objetivación de la *Idea*. Lo único positivo, aquí, es el encomiable esfuerzo por tratar de

comprender la naturaleza dialéctica del fenómeno desde sus contradicciones internas. Algo digno de elogio, si fuera algo más que un juego.

En cualquier caso, el *modelo* de construcción de la IC que reflejan los párrafos citados, donde se establece una estrecha relación entre Reconstitución de la IC y Reconstitución de los partidos comunistas, no es más que una manera de teorizar lo que realmente se está llevando a la práctica en la actualidad, según los ejemplos que hemos expuesto más arriba. En general, tanto para los que están llevando a cabo experimentos de Reconstitución de la IC como para los de la Plataforma, el contenido fundamental del MCI *no* es el proceso de la RPM, sino principalmente la actividad de los diversos destacamentos de vanguardia, entendiendo esta actividad, básicamente, no como actividad revolucionaria, sino como actividad en la coordinación y en el debate político-ideológico, por lo que, para ellos, en la práctica, es posible aquella Reconstitución desde esa única actividad. Lo que diferencia a los de la Plataforma de los demás es que aquéllos vinculan mucho más que éstos la Reconstitución de la IC y la de los partidos comunistas. Lo cual —además de acarrear graves errores políticos, como veremos más adelante— es aún más peligroso, pues, al poner por encima lo general sobre lo particular, se hipotecan demasiado los procesos revolucionarios reales, derivando una vez más hacia el trotskismo —tentación ésta de la que, al parecer, no terminan de huir estos camaradas.

Las categorías que debemos manejar para comprender la naturaleza de la IC y del MCI no son, por lo tanto, las escogidas por nuestros autores (IC-Secciones nacionales), sino exactamente las mismas que sirven de motor a la RPM. En otras palabras, *la lucha de clases internacional*. La contradicción IC-Secciones sólo tiene sentido cuando —como hacen estos camaradas en su documento— se pone lo organizativo por delante de lo político (“el aspecto cuantitativo, constructivo, organizativo... suponen el factor principal de Reconstitución”), lo cual abre las puertas de par en par al peli gro del burocratismo. Cuando se considera la problemática política como lo principal, todo discurre por otros derroteros. En primer lugar, el sistema de explotación y opresión del imperialismo, el enfrentamiento entre las dos clases principales de la sociedad moderna, el pulso entre la tendencia a la guerra de rapiña y la tendencia hacia la Revolución Proletaria característico de nuestra época, y en particular, el tratamiento correcto de las contradicciones de aquel sistema para romperlo por sus eslabones débiles. De aquí sí surge la posibilidad de generar movimiento de masas a una escala internacional y de articularlo en torno a una *vanguardia revolucionaria efectiva*.

Obsérvese que este planteamiento está más de acuerdo con la *Tesis de Reconstitución* que defiende el PCR y con la que, indudablemente, los miembros de la Plataforma por la Constitución del EhAK simpatizan. La necesidad de esta-



Fragmento de un cartel de S. Ivanov, de 1920: “¡Viva la Tercera Internacional Comunista!”

(23) *Ibidem*, p.51.

(24) LEFEBVRE, Henri: *El materialismo dialéctico*. Ed. La Pléyade. Buenos Aires, 1971; p. 114. La negrita es nuestra.

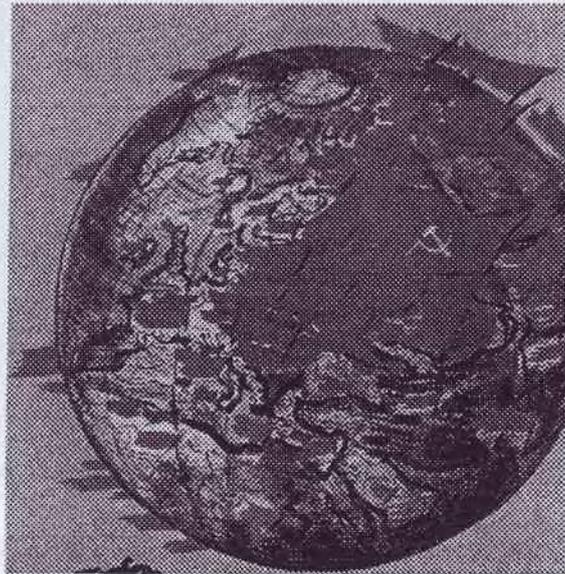
blecer o de construir una correlación revolucionaria de manera efectiva, sobre la práctica, entre vanguardia y masas constituye la cuestión esencial para reconstituir tanto los partidos comunistas como la IC. Cuestión que no es ajena a nuestros camaradas que, desde el principio, han querido dar a entender que no se olvidaban del problema de las masas. No en vano parten de la definición, ya citada, de que “la vanguardia del proletariado en su unidad con las masas es el MCI”. Lo malo no es sólo que se hable de unidad vanguardia-masas en el plano internacional con tanta ligereza que parece que se trata del mismo problema que el de la unidad vanguardia-masas en el plano nacional (o estatal); lo malo es que se considera que la simple *unidad* de los destacamentos de vanguardia que han logrado establecer lazos con las masas es suficiente para poder hablar de MCI y de Reconstitución de la IC, cuando, para ser consecuentes con la *Tesis de Reconstitución*, es preciso interpretar el MCI y la IC como algo más que la suma de sus partes, **como un movimiento revolucionario de carácter cualitativamente superior a los movimientos revolucionarios locales.**

Igualmente, la *Tesis de Reconstitución* explica que la **lucha de dos líneas** es el método que permite el desarrollo ideológico y político de la organización de vanguardia, pero también que sin **línea de masas** los resultados de esa lucha carecerían de verificación y aplicación práctica. Por lo tanto, resulta incompleto, cuando no falso, que la lucha de dos líneas sea el “único mecanismo existente” para “la elaboración programática”. Como obra de **transformación social**, la Revolución Proletaria debe estar orientada por una línea política que unifique en un todo la teoría y la práctica. La lucha de dos líneas permite descifrar lo correcto de la experiencia revolucionaria y elevarla hacia una nueva síntesis política superior; pero el canal que permite el conocimiento de esa experiencia y que posibilita esa unidad teoría-práctica es la línea de masas, sin la cual toda elaboración política no traspasará las paredes de un despacho o de un Congreso. Los camaradas de la Plataforma olvidan esta lección básica de la *Tesis de Reconstitución*, y no nos extraña en absoluto, pues han ideado la organización de una IC sin línea de masas en su política.

También dudamos que “la paulatina elaboración del Programa desde la Línea Ideológica hasta el Programa” deba ser “la actividad central principal [de la IC]”, al menos si se entiende la palabra *Programa* en los mismos términos que la define la *Tesis de Reconstitución*, que parece que sí, pues se prevé una progresión que pasa “por diversos momentos de concreción” desde la “Línea Ideológica” hasta el Programa. Pero se trata de “concreción” de la ideología sobre la realidad específica, y ésta no es un todo homogéneo a lo largo del planeta. En el mundo, por el contrario, hay diversidad de condiciones objetivas entre los países, diferentes necesidades para las masas, distintas tareas para la Revolución. De tal variedad, sólo puede salir variedad de programas para la acción revolucionaria inmediata de las masas. Es muy difícil,

por no decir ilusorio, que la IC sintetice en un Programa todos los programas revolucionarios de sus “secciones”. Su cometido, en el sentido de la dirección ideológica y política de la RPM, sería otro: el de depositaria de los principios ideológicos y el de la formulación de la línea general, de la **táctica general** del MCI. Tampoco debe resultarnos extraño, empero, esta suplantación dirigista de la actividad revolucionaria nacional por la internacional, este indiferente tratamiento de la política nacional e internacional para el Comunismo, pues ya hemos comprobado que, para ellos, lo primero es el MCI en su conjunto, y que, una vez dentro de él, todos los gatos empiezan a adoptar un pelaje pardo.

La consecuencia más inmediata de esto último condiciona, ya a renglón seguido, el cumplimiento de una de las tareas más urgentes para los comunistas —con la que sí está de acuerdo el PCR— en cuanto a la forma de ser realizada: “Comenzar desbrozando el camino seguido por la lucha ideológica a lo largo del ciclo revolucionario que abre Octubre y cierra Gorbachov, para extraer conclusiones ideológicas científicas y rigurosas para este siguiente ciclo, como primer paso



pa a elaboración programática revolucionaria internacional; esa, por tanto, debe ser la tarea del MCI en esta etapa” (la negrita es de la Redacción de *La Forja*). La *Tesis de Reconstitución*, en cambio, insiste en que esta tarea es un requisito imprescindible para la Reconstitución de cualquier partido comunista. En consecuencia, **atañe a todos** los comunistas, y en primer lugar, a los que quieren recuperar su partido de vanguardia; en consecuencia, es una tarea que debe ser iniciada en cada marco específico —nacional o estatal— de lucha de clases, independientemente de que luego puedan ser confrontados sus

resultados en foros internacionales, lo cual, indudablemente, coadyuvaría en su mejor y más exacto cumplimiento. Si nuestros camaradas se refieren en esta cita al MCI en su sentido general, es decir, al conjunto de los destacamentos de vanguardia a nivel internacional tal y como se encuentran en la situación actual, estamos de acuerdo; pero si se refieren al MCI *sensu stricto*, tal como ellos mismos lo han definido, como un movimiento articulado en su unidad como vanguardia y en su relación con las masas, es decir, prácticamente la IC, entonces no lo estamos, porque, en primer lugar y ante todo, uno de los requisitos imprescindibles y anteriores para la Reconstitución de la IC es el cumplimiento previo precisamente de esa tarea de síntesis de la experiencia del Ciclo de Octubre.

Para concluir este repaso crítico del concepto que los camaradas de la Plataforma por el EhAK tienen de la IC y de su Reconstitución, nos permitiremos hacer notar al lector la contradictoria ambigüedad en la que terminan cayendo a la hora de asignar un papel u otro a cada uno de los elementos que, según su visión, configuran el MCI (la IC y las Secciones nacionales). En particular, al referirse al papel de la IC, dicen, primero, que atiende “a la elaboración programática” “a través del único mecanismo existente para

ello: la Lucha de Líneas”, así como a la elaboración de las “conclusiones ideológicas científicas” del Ciclo de Octubre, para terminar diciendo, en el párrafo siguiente, lo contrario: que “la Lucha de Líneas” es algo “secundario a nivel internacional”, ya que esa lucha es lo característico “a nivel de Sección”, mientras que el aspecto “constructivo”, organizativo, es lo principal a nivel internacional. Desde luego, estos galimatías surgen cuando se concibe la Reconstitución de la IC y de los partidos comunistas como asuntos de un mismo problema y no se comprende que se trata de **dos fases distintas** del movimiento proletario y de la Revolución Proletaria y que se necesita de un salto cualitativo para pasar de la una a la otra, salto que acompaña necesariamente al desarrollo de la praxis revolucionaria de ese movimiento. Por consiguiente, la lucha de dos líneas (“Lucha de Líneas”, a secas, es un concepto inexacto porque presupone la imposibilidad de reducir todas y cada una de las líneas políticas en pugna, en un determinado momento, a cada una de las **dos cosmovisiones** básicas de la realidad, que se corresponden con cada una de las **dos clases** fundamentales de la sociedad, proletariado y burguesía) **siempre** es principal, en tanto que motor de desarrollo ideológico del Comunismo, ya sea en su fase de Reconstitución partidaria como en la de Reconstitución de la IC.

La teoría del marco de actuación

La suplantación de lo particular (la Reconstitución del movimiento comunista en un nivel inferior, en forma de partidos comunistas) por lo general (la Reconstitución del MCI en forma de IC), como imperativo teórico que guíe la formulación de las tareas políticas estratégicas, permite a los camaradas de la Plataforma situarse en la posición ideal que necesitan para manipular arbitrariamente las condiciones tácticas que puedan derivarse de unas premisas escogidas a la carta. Efectivamente, si hemos decidido que el marco estratégico fundamental, en el que se decide, no en última instancia, sino de manera inmediata, el futuro de la revolución es el movimiento comunista en su conjunto, el marco internacional, y que es en este marco donde se resuelven, también de forma inmediata, las cuestiones relacionadas con la dirección de ese movimiento, entonces, el escenario desde el cual cada uno de nosotros, cada uno de los destacamentos de vanguardia del proletariado internacional, opere a favor de la consecución de esos objetivos estratégicos cobra importancia **relativa**, su análisis puede sustraerse a las necesidades objetivas de la lucha de clases y orquestarse en función de otros intereses, de carácter subjetivo, sometidos a la voluntad y al arbitrio tal vez caprichoso de cada uno de aquellos destacamentos de vanguardia. Así, el análisis del conjunto de los factores que confluyen en la viabilidad de un proyecto revolucionario particular pasa a ser una cuestión secundaria subordinada a factores de otro tipo, sometidos a decisiones políticas ajenas a la lucha de clases proletaria. Si lo importante es mi contribución a la Reconstitución de la IC y del MCI, no importa cómo o desde dónde yo lo haga. A este punto es adonde han llegado los redactores del *Manifiesto político* por la Constitución del EhAK, y a este punto es adonde ellos querían llegar al elegir el problema de la Reconstitución de la IC como premisa y punto de partida del que se derivan todas las demás cuestiones políticas, y al resolver ese problema de

manera insatisfactoria, idealista y formalista. Consideramos, por ello, que la adopción de este punto de vista como premisa teórica en el documento de la Plataforma es, en realidad, una trampa, una ingeniosa celada dispuesta artificiosamente para aparentar estar en comunión con el internacionalismo proletario, cuando, verdaderamente, lo que se quiere justificar y defender es una política nacionalista para el proletariado. Esta política consiste en la invención de un nuevo requisito para la Reconstitución, a saber, la necesidad del establecimiento de un *marco de actuación* para la lucha revolucionaria de la clase obrera; en concreto, el **reconocimiento del marco nacional** para la conducción y el desarrollo de esa lucha (25).

Probablemente, la propia Redacción de *La Forja* tenga algo de culpa en este enredo. Ya dijimos que los autores del texto que estamos estudiando simpatizan con la *Tesis de Reconstitución* que defiende el PCR, y nos consta que también aprueban nuestros planteamientos sobre la cuestión nacional que se publicaron en la Editorial del n° 17 de nuestra revista. Recordaremos al lector que allí se decía que la unidad orgánica del proletariado estaba sujeta al carácter internacionalista de esta clase, por lo que superaba todos los marcos que pudiese establecer el orden burgués —principalmente, el Estado— y se realizaba a través de la unidad internacional en el seno de sus propios organismos de clase, de abajo a arriba, desde el sindicato hasta el Partido Comunista y la IC. No cabe duda de que nuestros amigos se han agarrado a esta idea como a un clavo ardiendo, se han entusiasmado tanto con ella y la han abrazado tan apasionadamente contra su pecho que la han ahogado y vaciado de su contenido internacionalista para reducirla a puro nacionalismo. No cabe duda, tampoco, de que se han excedido utilizando esta tesis al desarrollarla por un camino equivocado y, sobre todo, al interpretarla unilateralmente. Ciertamente, desde el punto de vista de la unidad de la clase, las fronteras estatales juegan un papel subsidiario. Pero si, tras proponer que la tarea más urgente e inmediata del proletariado es recuperar su unidad internacional —propuesta ya de por sí cuestionable como punto de partida—, se da a entender que el marco político concreto de su lucha de clases es algo secundario que puede ser escogido aleatoriamente o a voluntad, como si la tesis general de la necesaria unidad internacionalista de la clase obrera concediese permiso para difuminar las diferencias o para trasladar las fronteras que separan cada contexto social con características propias, se termina propasando los límites del marxismo para construir una auténtica aberración política. Y esto es lo que han terminado realizando, no sin esfuerzo, los autores del *Manifiesto* por la Constitución del EhAK, pues independientemente de toda otra consideración o de otro análisis, han decidido, como destacamento de vanguardia, elegir *libremente* un marco de actuación **nacional** como el objeto de su trabajo revolucionario.

(25) “En los Estados-Nación en los que la cuestión nacional es muy secundaria o, sencillamente, inexistente (...) el problema se resuelve tan fácilmente que parece que no fuera una premisa para la Reconstitución partidaria” (*Manifiesto político*, p. 52). Que no se engañe el lector: la frase no quiere decir que sea necesaria una tesis marxista-leninista sobre el problema nacional —allí donde existe— para la Reconstitución del Partido Comunista —que lo es—; se refiere a que, para la Reconstitución, es necesaria la definición previa del marco **nacional** de actuación partidaria.

En resumidas cuentas, lo que estos camaradas están proponiendo, en relación con el sentido que encierra la idea de unidad internacional del proletariado, es un modelo de unidad **sin** internacionalismo proletario, construido a base de puro nacionalismo como ingrediente principal. La táctica marxista-leninista plantea la unidad internacionalista del proletariado como contrapeso dialéctico al principio de autodeterminación dentro de su política nacional; es decir, fijar sólidamente el principio de **unidad de la clase** junto al reconocimiento inequívoco del derecho a la **separación de las naciones**. En esto consiste la dialéctica que sostiene la política proletaria en la cuestión nacional. Nada más descabellado que trastocar la coherencia de la unidad dialéctica de esa política pretendiendo justificar la **separación nacional de la clase** en el marco de su lucha específica en virtud de una hipotética unidad internacional general que, además, es diferida en el espacio y en el tiempo. La unidad internacional del proletariado proviene de su singularidad histórica como clase determinada por una serie de circunstancias de carácter socioeconómico y consiste en el convencimiento de su vocación universal. Es decir, que esas circunstancias son **comunes** a esa clase en todo el mundo y que sus tareas políticas y revolucionarias son también las mismas. Por lo tanto, la unificación internacional del proletariado pasa por realizar la **unidad política** de un fenómeno **económico y social** universal; consiste en el internacionalismo, pura y simplemente; no consiste, como pretenden nuestros amigos, en la unión voluntariosa y paulatina del proletariado *entre las naciones* o por intermedio de las naciones en que pueda hallarse dividido, considerando que parte de condiciones específicas (nacionales) **diferentes** (con lo que el subjetivismo voluntarista sustituye aquí a las condiciones objetivas comunes, que no se reconocen como tales, como base material y motivo para esa unidad internacional), que es la forma en que, en el proceso de unidad de la clase obrera, la palabra *internacional* pierde todo su contenido universalista y, por lo tanto, su verdadero sentido internacionalista. En consecuencia, plantear la separación de la clase obrera por naciones con la excusa de una próxima unidad internacional en la IC, es plantear una línea nacionalista, burguesa, en la política de unidad internacional del proletariado. La verdadera línea internacionalista, proletaria, consiste en forjar esa **unidad directa e inmediatamente**, sin circunloquios nacionalistas ni de ningún otro tipo, en el curso de su lucha contra la burguesía, independientemente de toda otra consideración o mediación (diferencias nacionales, culturales o, incluso, estatales) que no esté relacionada única y exclusivamente con el carácter **clasista** de esa lucha.

Antes hemos señalado que la adopción de un punto de vista internacional, global, como punto de partida no venía acompañado, en este caso, por un análisis de la lucha de clases y de la disposición de fuerzas entre ellas en ese mismo plano internacional. Ahora vemos la importancia de esta deficiencia cuando comprobamos el gran salto en el vacío que estos camaradas ejecutan al pasar del campo internacional al nacional sin justificación alguna, sin explicitar las correlaciones de clase que permitan explicar la transición de un nivel al otro de acuerdo con el método marxista de análisis, sin demostrar otra intención plausible que el puro capricho. Veámoslo:

"La nación sigue hoy siendo el marco donde se da la lucha de clases *en cuanto a sus particularidades y en cuanto a las diferencias respecto a las formas y grados en que ésta se da*

en otros marcos (...). Las naciones, como categoría histórica de bases y determinación objetiva, persisten en las fases más decadentes y últimas del modo de producción capitalista y son condición de existencia de las formaciones económico-sociales, puesto que éstas sólo se dan en los marcos de aquéllas.

Siguiente conclusión del análisis es que, mientras persistan las clases, éstas tendrán, junto a su carácter internacional, derivado de la identidad esencial de su esencia (...) y de la explotación que sufren en todo el globo, un carácter particular y específico, esto es, un carácter nacional (...). Así pues, el proletariado internacional se manifiesta unitario en la multiplicidad de sus manifestaciones particulares y sólo así. Esto es, en las formas nacionales de clase. Y, por ello, la Organización internacional de sus filas, y sobre todo las de su vanguardia en unidad con el resto de las masas, la Internacional Comunista, se manifiesta y se da en las múltiples y particulares Secciones que la componen.

Manifestamos, así, que **Sección de la Internacional Comunista es su organización en cada nación, partido de vanguardia de la clase obrera en su respectiva nación y dirigente de la Revolución Socialista en cada nación** (...). Declaramos, por ello, que la línea justa respecto a la definición de la Sección de la Internacional Comunista —a la del MCI, por extensión— es la que se ajusta a "una nación, una clase, un Partido" (26).

Vayamos por partes. Apreciamos, en primer lugar, la tesis explícita de la unidad internacional del proletariado **desde las naciones, por intermedio de su nacionalidad**; no ateniéndonos única y principalmente al criterio de clase. También queda explícita la subordinación consciente y premeditada del principio de la "identidad esencial" de la clase al principio "particular" y —diríamos nosotros— *contingente* de su nacionalidad. A esto denominamos **unidad internacional del proletariado sin internacionalismo proletario**: simple unidad formal de **diversos** destacamentos nacionales de la clase obrera; no la unidad orgánica, esencial, de una clase obrera internacional. Lo contrario, poner por delante lo general (la esencia común de la clase obrera en todo el mundo), significaría —según nuestros amigos— "renunciar a lo particular a favor de lo general, caer en la unilateralidad y en el dogmatismo en el análisis y errar de cabo a rabo" (27). ¿Por qué?. No lo dicen. Desde luego, la persuasión política no se encuentra entre las virtudes de estos camaradas. Además, ¿por qué exigen ahora con tanta vehemencia la autonomía de "lo particular", después de que han delegado en el organismo político general, en la IC, toda la capacidad de elaboración teórica y programática?; ¿por qué, de pronto, tanto celo por "lo particular", cuando hasta ahora ha primado el punto de vista de lo general? ¿No será que les interesa más resaltar la "particularidad" de su nación que su responsabilidad en abordar seriamente la preparación política de una revolución particular?; ¿no será que en su actividad política ponen por delante el "particular" problema de la opresión nacional y por detrás el planteamiento de las cuestiones generales y fundamentales de la Revolución Proletaria? Nada más alejado de nuestra intención que prescindir de las particularidades que diferencian a cada revolución; pero, aquí, de lo que se trata es de la actitud de principios que debe adoptar el proletariado hacia sí mismo como clase revolucionaria, antes que su actitud táctica hacia los diversos procesos de transformación so-

(26) *Ibidem*, pp. 51 y 52.

(27) *Ibid.*, p. 52.

cial que debe afrontar. El caso es que, con el *volantazo* hacia "lo particular", los miembros de la Plataforma han derrapado hasta caer en la cuneta del empirismo: "el proletariado internacional se manifiesta unitario en la multiplicidad de sus manifestaciones particulares (...) en las formas nacionales de clase". La IC "se manifiesta y se da en las múltiples y particulares Secciones que la componen". En otras palabras, nuestros camaradas han cerrado en los pies de la clase obrera y de su organización internacional el grillete nacional. Nada existe si no es a través del obrero concreto nacionalizado o a través del obrero concreto organizado en su sección nacional. Lo general, lo universal, es puro espejismo, simple reflejo — quien sabe si distorsionado — de un *concretuum* real. Esto se parece más al nominalismo del siglo XIV, al empirismo dieciochesco o al neopositivismo moderno que al materialismo dialéctico. En definitiva, nuestros amigos han vuelto a jugar con la dialéctica.

Ciertamente, el materialismo dialéctico acepta y comparte la tesis de que *lo general se manifiesta solamente a través de lo particular*. Pero aplicar esta tesis filosófica general al problema del desarrollo político y organizativo del proletariado como clase revolucionaria constituye una tergiversación que pone al desnudo las limitaciones de la propuesta de la Plataforma en relación con la Reconstitución de la IC. A estos camaradas, los árboles les han impedido ver el bosque. Para ellos, el bosque es únicamente el conjunto de los árboles que lo componen. Así, la IC es la *suma* de sus secciones nacionales. El bosque (una idea abstracta y general) sólo se manifiesta a través de lo particular y concreto, el árbol, como la IC "se manifiesta y se da en las múltiples y particulares Secciones que la componen". El empirismo impide ver a nuestros camaradas que la asociación de árboles que componen el bosque termina siendo algo más que un simple agregado, algo cualitativamente diferente que sólo puede ser aprehendido con una idea general, con un concepto abstracto (bosque). De esta manera, la primigenia simple agregación de árboles conduce, seguidamente, a asociaciones **de nuevo tipo**, como son las asociaciones simbióticas entre plantas, a la aparición de microclimas que favorecen el surgimiento de ecosistemas con participación zoológica, etc. En otras palabras, de la suma inicial de árboles surge algo nuevo y diferente, superior a esa simple suma y que es designado con un *nombre* o con un concepto también distinto.

El valor científico de la contradicción entre lo concreto y lo abstracto o entre lo particular y lo general sólo es útil cuando ambas categorías no se contraponen, como han hecho estos camaradas, en un irreductible antagonismo, porque esta actitud gnoseológica no sólo nos retrotraería a viejos escenarios filosóficos, como el debate nominalista sobre los *universales* (los conceptos generales) promovido por Occam en el siglo XIV, o al del empirismo o el neopositivismo (neokantismo) de los siglos XIX y XX, que imponen una cesura insalvable entre nuestras sensaciones y la realidad (lo que supone nuestra incapacidad para conocerla), sino, sobre todo, porque nos declara incompetentes para conocer todas las posibles desarrollos de la materia. Veamos lo que dice

Engels al respecto:

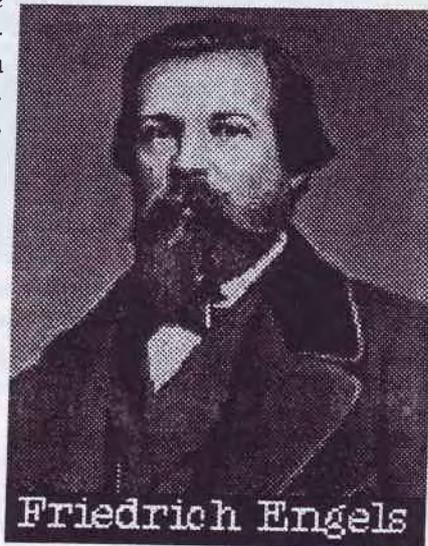
"La sustancia, la materia, no es otra cosa que el conjunto de los cuerpos del cual este concepto se abstrae; el movimiento como tal no es nada que no sea el conjunto de todas las formas de movimiento sensorialmente perceptibles; palabras como materia y movimiento no son más que *abreviaturas* en las que resumimos, según sus cualidades comunes, muchas diferentes cosas sensorialmente perceptibles. De tal modo que la materia y el movimiento sólo pueden ser conocidos por medio de la investigación de los cuerpos y formas de movimiento particulares, y no de otro modo, y si conocemos estos últimos, **conocemos por tanto también la materia y el movimiento como tales**. Por ende, cuando Nägeli dice que no sabemos qué son el tiempo, el espacio, la materia, el movimiento, la causa y el efecto, sólo dice que primeramente elaboramos abstracciones del mundo real con nuestra cabeza, ¡y que luego no podemos comprender estas abstracciones hechas por nosotros, porque son objetos del pensamiento y

no cosas sensoriales, siendo toda percepción una *medida sensorial*! Lo mismo que en la dificultad que se planteaba Hegel: podemos así comer cerezas y ciruelas, pero no la *fruta*, porque nunca alguien se ha comido a la fruta en cuanto tal.

Si Nägeli afirmara que aparentemente hay en la naturaleza una enorme multitud de formas de movimiento que no podemos percibir con nuestros sentidos, se trataría de una 'pobre disculpa', equivalente — *al menos para nuestra capacidad de percepción* — a una derogación de la ley de increabilidad del movimiento. Porque esas formas, por cierto, pueden convertirse *en movimiento perceptible para nosotros*" (28).

La categorías generales, abstractas, por lo tanto, sirven al intelecto, al trabajo científico, **para conocer** el mundo real, entendido como algo más que la simple percepción sensorial inmediata, entendido como **materia** (concepto abstracto donde los haya, pero sin el que no existiría el marxismo) **en movimiento** para cuyo conocimiento científico se precisan conceptos que nos permitan definir sus grados y, dentro de ellos, sus características. Cuando Linneo elaboró su nomenclatura binaria y denominó, por ejemplo, al perro, *cannis familiaris*, y al lobo, *cannis lupus*, diferenciando entre un *género* común y una *especie* particular, no revelaba otra cosa que el esfuerzo científico por clasificar y organizar la diversidad empírica en función de rasgos comunes y categorías generales. Sin este tipo de esfuerzos, jamás hubieran gozado de una oportunidad ni la teoría de la Evolución (otra idea abstracta) de Darwin ni la concepción materialista y dialéctica del mundo de Marx y Engels.

En cualquier caso, el nudo gordiano de la cuestión no se sitúa en este plano, a pesar de los esfuerzos de nuestros camaradas por atraer nuestra atención sobre los problemas de *lo general y lo particular* en el movimiento de organización revolucionaria del proletariado y distraernos del planteamiento correcto. Efectivamente, si hablamos del movimien-



(28) ENGELS, F., MARX, C. y RIAZANOV, D.: *La génesis del "Anti-Dühring"*. Ed. R. Torres. Barcelona, 1976; pp. 105 y 106. La negrita es nuestra.

to obrero, la contradicción desde la que debemos observarlo no es, ni mucho menos, la que proponen los de la Plataforma (generalidad-particularidad), sino desde la que se da entre *cantidad y calidad*, pues es la que mejor nos permite comprender la idea de *movimiento*, y puesto que, precisamente, del **desarrollo** político (en conciencia y organización) del proletariado estamos tratando. No es éste el lugar para demostrar la validez de esta ley general de la dialéctica para todos los órdenes de la vida, y no dudamos que los camaradas de la Plataforma, como marxistas, la aceptan. Se trata de que, en el desarrollo cuantitativo del proletariado en organización revolucionaria a una escala cada vez más amplia, aunque todavía en un plano inferior (local), se niegan a contemplar la posibilidad de que esa acumulación cuantitativa de procesos revolucionarios —independientemente de la fase en que se encuentren— permitirá un salto cualitativo que elevará tanto la organización de la clase como el nivel de esos procesos a una esfera superior que permitirá, igualmente, que, de Reconstitución de partidos comunistas o de revoluciones proletarias en tales o cuales países, se hable con toda propiedad de MCI y de RPM, y, por lo tanto, de manera práctica, de Reconstitución de la IC. Nuestros camaradas prefieren explicar que la IC no es resultado de un cambio cualitativo tras un desarrollo cuantitativo, sino sólo *reflejo* general de esa acumulación de fuerzas en lo particular. Nuestros camaradas prefieren seguir diciendo que el bosque no es más que una acumulación de árboles, que sólo el movimiento proletario en su estado nacional puede adquirir consistencia material y que un movimiento proletario supranacional no es más que una *generalización*, una *idea* que describe la extensión de ese movimiento proletario en sus distintos marcos nacionales. Nuestros camaradas prefieren, con el fin de justificar el *marco de actuación nacional*, desentenderse de la posibilidad de una materialización real y concreta del movimiento proletario en un estado internacional, de la posibilidad de una dimensión internacional para la lucha de clases proletaria. El grillete nacional pesa tanto en los pies de las secciones comunistas que les impide dar el salto hacia algo políticamente más elevado. El particularismo nacional impide comprender el paso de una forma simple del movimiento proletario revolucionario (partidos comunistas y revoluciones proletarias locales) a otra más compleja (MCI, IC y RPM) y nos ofrece una imagen de la IC como sencilla superestructura organizativa proyectada desde las secciones nacionales, más parecida a las *Conferencias consultivas* de la época revisionista que a la tradición revolucionaria del proletariado. La IC, así, se ve desposeída de toda sustantividad, incluso organizativamente hablando, y sólo “se manifiesta y se da” desde y a través de sus expresiones particulares, las secciones o los partidos nacionales. De esta manera, reconstituir la IC es tan sencillo como reconstituir cada una de esas secciones, y nuestros camaradas no sólo se aprestan a la “Reconstitución de la IC en Euskal Herria” (*sic!!*) (29) en forma de EhAK, sino también están dispuestos a “llevar a cabo la Revolución Proletaria mundial en la formación económico-social de Euskal Herria” (*sic!!*) (30). La IC ya no es ni siquiera la *suma* de sus secciones, es, sencillamente, *mi* sección; la RPM ya no es, siquiera, el proceso revolucionario en su con-

junto, sino, sencillamente, *mi* proceso revolucionario. Con semejante empirismo y cortedad de miras está construido, en resumidas cuentas, el **trasfondo filosófico** sobre el que se sostiene el **error político** de partida que considera la Reconstitución de la IC y la de los partidos comunistas como dos aspectos de un mismo problema, cuando, en todo caso, son dos aspectos cualitativamente diferentes de un mismo proceso, la RPM.

Comenzar por lo general todavía inmaterial, inexistente (la IC), para elaborar un proyecto político y materializarlo en lo particular, existente (el Partido Comunista en una nación, Euskal Herria), es lo que constituye la verdadera “unilateralidad” y el verdadero “dogmatismo en el análisis”. Nuestros camaradas deberían rectificar, rompiendo con el idealismo, y volver al materialismo (que no tiene nada que ver con el empirismo, el cual, como hemos visto, constituye la otra cara del idealismo), comenzando por el análisis de lo concreto realmente existente (verdadero contexto de la lucha de clases) para actuar sobre él en función de un objetivo general (la Revolución Comunista) que permitiese la transformación de las actuales condiciones objetivas en otras cuya materialización significara un verdadero avance del movimiento proletario (en la dirección de la RPM). Pero esto les llevaría, inevitablemente, a ajustar cuentas con su *teoría del marco de actuación nacional*, a comprobar si realmente las condiciones en que se desenvuelve concretamente la lucha de clases proletaria se limitan o se pueden limitar al *marco nacional* y si es desde este marco desde donde se puede elevar el contenido y el ámbito —en términos materiales, no como simple abstracción generalizadora— de esa lucha.

La Nación

Prosigamos. Centrémonos, ahora, en la cuestión medular de la *teoría del marco de actuación*. Esta teoría se basa en dos tesis fundamentales: en primer lugar, la introducción axiomática del principio nacional; en segundo lugar, una nueva manipulación de la dialéctica, en este caso, la tergiversación de la relación entre Estado y Nación.

Arriba señalábamos que las argumentaciones del documento de la Plataforma ensayaban un *salto en el vacío* cuando de sus consideraciones en el plano internacional pasaban directamente y sin solución de continuidad al marco nacional, sin explicar en ningún momento las razones que permitían tal transición. Ahora sabemos que, gracias al empirismo filosófico que estos camaradas han abrazado en lugar del materialismo dialéctico, tal explicación no era pertinente ni necesaria, pues lo internacional no se muestra más que a través de lo nacional y basta proponerse la Reconstitución del EhAK para poder hablar de IC, y, de la misma manera, la revolución en Euskal Herria es ya la RPM *concretada*. Si los firmantes del *Manifiesto* por la Reconstitución del EhAK iniciaron su análisis partiendo de un *axioma teórico* que no era preciso demostrar —la necesidad de reconstituir el MCI y la IC—, ahora prosiguen con el mismo método cuando echan mano de otro axioma indemostrable que no necesita explicación: el *marco de actuación nacional*. Si nosotros no fuéramos marxistas, sino, por ejemplo, feministas, preguntaríamos: ¿por qué no partir del *axioma* genérico, de la división de la Humanidad en sexos? Si en lugar de marxistas fuéramos ecologistas, diríamos: ¿por qué no empezar

(29) *Manifiesto político*, p. 54.

(30) *Ibidem*, p. 54.



La Europa de los Pueblos, aberración del "Ciemen Nacionalista de Catalunya".
¡Más fronteras! Un proyecto que se abre camino, al menos en Yugoslavia
... con la ayuda militar del imperialismo

por la contradicción entre Naturaleza y Humanidad? Sin ser marxistas, tal vez no se sintiese la necesidad de explicar estos puntos de vista. Sin embargo, nuestros camaradas sí se declaran marxistas, pero adoptan el punto de vista nacional como lo haría un nacionalista. El punto de vista marxista es clasista, y si un marxista adopta el punto de vista nacional, debe explicarlo con razonamientos más coherentes que el de que "la nación sigue hoy siendo el marco donde se da la lucha de clases" o el de que "las naciones son condición de existencia de las formaciones económico-sociales capitalistas, puesto que éstas sólo se dan en los marcos de aquéllas". Un marxista debe verificar estas afirmaciones tan categóricas desde un análisis de clase, debe comprobar, antes de llegar a enunciar tales conclusiones, que la correlación entre las clases en un determinado contexto social permiten ese tipo de afirmaciones. Sin embargo, nos hallamos todavía en una parte del documento dedicada a la fundamentación teórica, de manera que aquellas aseveraciones no están referidas a una nación particular, sino que forman parte de los postulados generales, de los principios teóricos que sirven de base a su política. Más adelante, establecido el principio nacional como punto de partida axiomático, nuestros camaradas sí se esforzarán por demostrar la existencia de la nación vasca y su situación como nación oprimida (31). Pero en este punto de su argumentación, nos encontramos ante unos marxistas que insisten en la necesidad de refrendar desde la teoría el marco nacional como el escenario principal de la lucha

(31) Cf. *Manifiesto político*, p. 53.

de clases y del desarrollo del modo de producción capitalista. Desde sus orígenes, en cambio, el marxismo ha sostenido todo lo contrario. Ya en 1848, Marx y Engels escribían:

"Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, **crear vínculos en todas partes.**"

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, **ha quitado a la industria su base nacional.** Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. **En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y naciones, se**

establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. **La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles;** de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. **Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción,** las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza" (32).

En definitiva, el desarrollo del modo de producción capitalista supone que las relaciones sociales burguesas superen el marco de las relaciones nacionales. Esto forma parte del abecé del marxismo. Pretender lo contrario, que las relaciones sociales capitalistas se circunscriban al marco nacional o que se desarrollen sólo en términos nacionales es una ilusión pequeñoburguesa y, como bien señalan Marx y Engels, reaccionaria. En consecuencia, la lucha de clases no

(32) MARX, C. y ENGELS, F.: *Manifiesto del Partido Comunista*. Ed. Progreso. Moscú, 1981; pp. 34 y 35. La negrita es nuestra.

tiene porqué desenvolverse en el marco nacional exclusivamente. Al contrario, aquella tendencia obliga, de manera creciente, a que el *marco de actuación* —tanto de la burguesía como del proletariado— tenga cada vez más un carácter internacional. Las naciones no dejan de existir como tales en el capitalismo, es cierto, pero cortar y separar con fronteras nacionales la expansión de las relaciones capitalistas y su entrelazamiento por encima de esas fronteras para encastrarlas en compartimentos estanco nacionales es algo absurdo que, por un lado, impide apreciar una realidad evidente y, por otro, debilita la unidad del proletariado en su lucha de clase, con lo que esto conlleva en términos de obstaculización en el desarrollo del movimiento revolucionario —cuando no su liquidación— y de favorecimiento de la contrarrevolución. La burguesía hace mucho que ha trascendido su organización exclusivamente nacional (principalmente a través del Estado-nación): desde las transnacionales hasta la ONU, pasando por organismos como la UE, la OTAN, la OMC o el FMI, la clase dominante ha sabido forjar instrumentos políticos que marchan a la par de la expansión internacional de las relaciones sociales capitalistas. Negar esto, negar la alianza internacional de la gran burguesía como expresión del dominio mundial del modo de producción capitalista para entorpecer lo único que puede enfrentarse con éxito, la unidad internacional del proletariado, significa pasarse en los hechos al campo de la contrarrevolución. Y nuestros amigos vascos están muy cerca de dar este paso cuando proponen, en la práctica, que el proletariado vasco, catalán y español, por ejemplo, se unan formalmente y de manera indirecta en una IC lejana mientras luchan solos y cada uno por su cuenta contra la alianza conjunta de la burguesía vasca, catalana y española.

Los camaradas de la Plataforma, sin embargo, aducirán que, aun con todo, el Estado nacional es la principal forma de organización política de la burguesía, incluso en la etapa imperialista, en la etapa de internacionalización de las relaciones sociales del capitalismo. Algo que es teóricamente correcto desde el punto de vista marxista-leninista, y que no en vano alimenta las contradicciones interimperialistas que todo partido comunista debe tener en cuenta a la hora de definir su táctica política (33). Como veremos, de esto que es teóricamente correcto, nuestros camaradas creerán estar en el derecho de extraer como conclusión que es, entonces, la “dialéctica Nación-Estado” la que debe orientar tanto la designación del *marco de actuación* como las tareas políticas del proletariado. Pero, antes, comprobemos cómo interpretan el hecho del proceso de internacionalización de las rela-

ciones sociales capitalistas:

“[El capitalismo, a través de su dominación política,] precisamente *aceleró* el proceso de construcción de las naciones por la implantación de relaciones capitalistas de producción en muchas formaciones socioeconómicas precapitalistas y por la creación interesada de clases burguesas títeres que, en muchos casos, clamaron por sus derechos *nacionales*, es decir, por la posibilidad de explotar soberana e independientemente a *su* proletariado” (34).

Como se ve, los de la Plataforma sólo están interesados en resaltar, de todo el período de colonización y descolonización, el surgimiento de burguesías nacionales en los países oprimidos que lucharon por la independencia nacional y que se organizaron en Estados-nación. Es decir, lo que no sólo desde el punto de vista del marxismo-leninismo, sino también desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo, es secundario, para ellos es lo principal. Únicamente una interpretación tendenciosa contaminada de nacionalismo puede pretender que comulguemos con la rueda de molino que supone hacernos creer que, por ejemplo, la mayoría de los actuales países del Magreb y del Próximo y Medio Oriente son *naciones* que han conseguido organizarse en Estados después de sacudirse el yugo colonial, pasando por alto —para hablar sólo del caso de la región de Oriente Medio— el *acuerdo Sykes-Picot*, por el que los ingleses y los franceses, en 1918, delinearon las fronteras que separaban y dividían a la *nación árabe* para repartirse su territorio como botín de guerra. Entiéndase aquí el concepto de *nación* no en su sentido científico, pues los pueblos implicados no reunían todos los requisitos que configuran una nación en el sentido moderno, sino en el de la comunidad étnico-cultural que compartían todos ellos como primer cimiento para una futura unidad nacional. Fueron el imperialismo y esas clases “títeres” “creadas interesadamente” las que se encargaron de acentuar las diferencias *nacionales* entre unos y otros países; pero también es cierto que el sentimiento panarabista, la conciencia de que existe sólo **una** nación árabe (y la conciencia nacional es fundamental para dar carta de naturaleza al movimiento nacional y para situar correctamente la cuestión nacional) que ha sido dividida y debe reunificarse, es algo que está presente en el mundo árabe y que ha tomado cuerpo en determinados momentos históricos, como el plan nasseriano de *República Árabe Unida*, o que permanece vocativamente en organismos internacionales como la Liga Árabe o en la articulación interárabe de organizaciones como el partido *Baaz* (tampoco olvidemos que el actual radicalismo islámico contiene un importante componente nacionalista panárabe y que en parte es producto del fracaso del panarabismo de corte occidental en los años 70). Esto por un lado. Por otro, no olvidemos que al colonialismo le siguió el neocolonialismo, es decir, la continuación de la dominación imperialista bajo otras formas. Y esto es lo verdaderamente importante cuando hablamos de la extensión de las relaciones sociales capitalistas: que la independencia *nacional* no la impidió, sino que permitió su desarrollo y, más importante aún para el debate que nos ocupa, significó el establecimiento de un **entramado internacional de alianzas de clase** que en gran parte explican la naturaleza política de estos Estados supuestamente

(33) “Así apareció una creciente contradicción entre la naturaleza internacional de la producción mundial y la división territorial en estados nacionales, según la cual se hacía la apropiación de los beneficios y el control de los mercados; esto intensificó los conflictos políticos, culturales y estratégicos, que acabaron por hacer explosión en la primera guerra mundial”.

“Si las naciones y los estados nacionales pudieran desaparecer, se podría edificar una economía mundial unificada; pero una de las contradicciones del capitalismo es que constantemente se expande el capital más allá de los estados nacionales, hasta los límites del mercado mundial, pero siempre tiene la necesidad del estado nacional, para garantizar el marco dominante dentro del cual opera y se apropia del plusvalor” (GAMBLE, A. Y WALTON, P.: *El capitalismo en crisis. La inflación y el Estado*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1985; pp. 222 y 232).

(34) *Manifiesto político*, p. 52.

erigidos sobre nuevas naciones independientes. Efectivamente, el poder político de las nuevas elites nativas se sostenía y se sostiene más sobre el apoyo del imperialismo que sobre una organización económica y política autónoma e independiente. De hecho, esos países, en su gran mayoría, han pasado a formar parte de la economía mundial en función de la división internacional del trabajo impuesta por el capital como países dependientes y subordinados cuya estabilidad depende más del mercado mundial que de un desarrollo autónomo de sus fuerzas productivas. Y esto sólo puede ser comprendido adoptando el punto de vista clasista y abandonando la perspectiva nacionalista. Si las potencias coloniales transigieron en otorgar la independencia a determinadas regiones del planeta, además de por el pujante movimiento anticolonial, fue, en gran parte, porque estaban en condiciones de pactar con determinadas oligarquías locales para permitirles la independencia política a cambio de la dominación económica. Después, sólo tuvieron que dividir sus territorios coloniales en tantos países como clanes oligárquicos entrasen en ese pacto. La idea de Estado-nación, por tanto, no describe en general correctamente este fenómeno; es preciso remitirse a la tesis marxista del Estado como expresión de una dominación de clase que es producto de una correlación de fuerzas, en este caso, de una alianza de clases. De esta manera, los Estados neocoloniales son más la representación política de la alianza entre el imperialismo y la oligarquía (terratenientes, burguesía compradora y burguesía burocrática, principalmente), de la que un sector de la burguesía (sobre todo de la burguesía media) suele quedar desplazada (siendo la que suele mantener viva la reivindicación de independencia nacional), que la teórica representación del dominio de la burguesía nacional —entendida como el conjunto homogéneo de las clases poseedoras nacionales— sobre el proletariado y las clases populares de esos países.

Por consiguiente, la “dialéctica Nación-Estado” entorpece más que ayuda a la correcta comprensión del conjunto de las relaciones entre naciones y entre clases en el mundo, y, llevada al terreno de la política, puede desviar la justa línea proletaria. El mundo de la época imperialista, y **precisamente por** tratarse de la época de la extensión internacional de las relaciones capitalistas, no es justamente descriptible, al gusto burgués, como un *concierto entre las naciones*, visión que parecen compartir nuestros camaradas al presentarnos un escenario de Estados independientes con sus fronteras nacionales bien delimitadas. Al contrario, las bóvedas de ese *concierto* han superado el techo nacional y son producto del entramado internacional de relaciones de clase. Y esto vale también para la configuración moderna de las naciones en esta misma época, configuración que se diferencia sustancialmente de las del período del capitalismo concurrencial, debido a las relaciones de dominio y a las relaciones entre clases que genera el imperialismo, que se desarrollan a escala internacional y que impiden el aislamiento o la autonomía de *lo nacional*, introduciéndolo en un cuadro más amplio donde las relaciones nacionales se ven sometidas y subordinadas a relaciones de ámbito internacional y de naturaleza principalmente clasista. El fenómeno de la *esci-*

sión, dentro de las clases poseedoras en los países neocoloniales, de un sector aliado al imperialismo y otro nacionalista y, en general, antiimperialista, dice mucho tanto del problema de la nación como hecho inacabado —frente a la idea de “construcción nacional” completada con la independencia política, que nos ofrecen los de la Plataforma—, como del carácter que adopta el programa de liberación nacional bajo las condiciones de dominio imperialista, programa que, debido a las posiciones políticas y a las correlaciones de fuerza entre las clases contendientes, no puede ser separado, sino subordinado, al programa de liberación social (revolución popular dirigida por el proletariado, no por la burguesía nacionalista).

El error fundamental de los miembros de la Plataforma pro-EhAK consiste en absolutizar una experiencia histórica determinada —la del capitalismo ascensional durante el siglo XIX— y localizada —principalmente en Europa— y aplicarla sin ningún rigor crítico en la actualidad y dondequiera. Pasan por alto lo que en la Editorial del n° 17 de *La Forja*, dedicada a la cuestión nacional, señalábamos, siguiendo a Lenin, como una de las reglas de la metodología marxista: que cualquier problema social sea encuadrado en un marco histórico determinado, y después se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los otros en la misma época histórica (35). ¿Cuál es ese marco histórico?.

“El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en el problema nacional. La primera es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales. La segunda es el desarrollo y multiplicación

de las relaciones de todo tipo entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc.” (36).

Los de la Plataforma, en cambio, sólo aprecian la primera de estas tendencias señaladas por Lenin, y cuando aluden a la segunda es, como hemos comprobado, para reducirla a la primera. Lo que, a fin de cuentas, supone desentenderse de las nuevas condiciones que genera el imperialismo para la lucha de clases, en general, y para las luchas de liberación nacional, en particular; supone, en consecuencia, subordinar el programa de liberación social al programa de liberación nacional, poner por delante los intereses de la burguesía nacionalista antes que los intereses de la Revolución Proletaria. El reduccionismo que practican los de la Plataforma en cuanto al diferente modo de influir el capitalismo en sus distintas fases históricas de desarrollo sobre la cuestión nacional, reduccionismo que consiste en difuminar dos tendencias históricas opuestas (la construcción nacional en la época de la revolución burguesa y del capitalismo ascendente y la desintegración nacional en la época de la reacción burguesa y del imperialismo) y asimilarlas en un mismo programa político atemporal, tiene el objetivo de presentar a todo



J. V. Stalin

(35) Cf. *La Forja* n° 17, p. 26.

(36) LENIN, V. I.: *Notas críticas sobre el problema nacional*; en *Obras Completas*. Ed. Progreso. Moscú, 1984. Tomo 24, p. 136.

movimiento nacional como algo siempre legítimo y potencialmente **revolucionario**. Si Stalin decía que la nación era una *categoría histórica de una determinada época, la del capitalismo ascensional*, nuestros camaradas quieren absolutizar la idea de *categoría histórica* y ocultar que está vinculada a una *determinada época*. Con ello, niegan el límite que separa al marco histórico de la revolución burguesa del de la Revolución Proletaria, olvidan considerar las tendencias históricas y se limitan a tomar *ex tempore* un programa político determinado, el programa nacional de la burguesía. Podemos afirmar que, en la práctica, estos camaradas han preferido adoptar el punto de vista de la burguesía revolucionaria antes que el punto de vista del proletariado revolucionario. Y, además, con limitaciones bien pronunciadas, limitaciones que tienen que ver, precisamente, con la introducción del ingrediente nacionalista en la doctrina revolucionaria de la burguesía.

Efectivamente, los primeros teóricos de la burguesía revolucionaria, columna vertebral de la Ilustración y la mayoría de ellos fundadores del **pensamiento liberal**, compartían una visión cosmopolita de la nueva sociedad que debía surgir de las tinieblas del feudalismo. Incluso en el período napoleónico, esta idea universalista continúa prevaleciendo, aunque es precisamente aquí cuando comienza a quebrarse frente a la pluralidad de la realidad política europea. Sólo a partir de 1830 es cuando el movimiento revolucionario europeo se desintegra en segmentos nacionales. Para los primeros ideólogos de la burguesía revolucionaria, frente al Estado no se situaba la Nación, sino la *Sociedad Civil*, entendida como conjunto de individuos que se someten a un contrato que les permite la libre actividad económica al tiempo que les sujeta en sus derechos políticos. El concepto de Nación era asimilado al de Sociedad Civil. La idea de Nación como algo más que los vínculos económicos y políticos entre individuos aparece con el **pensamiento romántico**, cuando J. G. Fichte declara, en sus *Discursos a la nación alemana* (1807-1808), que son los vínculos culturales, principalmente la lengua, lo que configura una Nación. Esta tesis pasaría a ser hegemónica entre los sectores de la burguesía revolucionaria en la década de los 30 y, desde la influencia política del carismático Giuseppe Mazzini, cobrará cuerpo en forma de movimientos de *Jóvenes* que, en la primera mitad de esa década, fundarán las plataformas políticas de la burguesía nacionalista revolucionaria europea (la *Joven Italia*, la *Joven Alemania*, la *Joven Polonia*, la *Joven Francia*, la *Joven Suiza*..., todas creadas entre 1831 y 1836). En el interregno revolucionario (1830-1848) se crean las condiciones para el cultivo del particularismo nacional y la competencia nacionalista de la burguesía europea. Cuando en 1848 tiene lugar una nueva oleada de la revolución burguesa, aquel impetuoso jacobinismo internacionalista de la primera revolución era un lejano recuerdo que más bien atemorizaba a la burguesía del Viejo Continente. La parálisis aterradora que en la burguesía provocaron las masas obreras parisinas en las *jornadas de junio* y la retórica pasividad de la Asamblea burguesa de Francfort durante los movimientos revolu-

rios del 48, dan muestra del penúltimo paso hacia el campo conservador de la nueva clase dirigente europea y su definitiva renuncia a marchar en adelante junto a las masas populares en la conquista del progreso social. Cuando los miembros de la Plataforma por la Constitución del EhAK levantan la bandera romántica del **nacionalismo revolucionario**, no sólo declaran abierta y públicamente que renuncian como principio ideológico rector al paradigma clasista que distingue al marxismo, sino también que recogen la tradición de una clase revolucionaria (la burguesía) justo en el punto de inflexión donde precisamente comienza a decaer históricamente su impulso transformador.

El Estado nacional

La contradicción Estado-Nación, interpretada en sus estrechos límites decimonónicos, resulta del todo insuficiente e inapropiada, a pesar de los camaradas de la Plataforma, para comprender el mundo de hoy y para servir de soporte a una teoría y a una táctica comunistas. Más aún, la dialéctica Estado-Nación que nos ofrecen no sólo es insatisfactoria políticamente hablando, sino también incompleta, por no decir incorrecta, desde el punto de vista teórico e histórico:



J. G. Fichte

“(…) históricamente, las naciones (...) han tendido a adoptar la forma de Estado-Nación, entendido como la implantación de una serie de aparatos de represión violenta y de propaganda de ideología de la clase o clases dominantes (...). Siendo así que en la dialéctica Nación-Estado (...) es la Nación el motor determinante y principal, pues los Estados surgen *sobre la existencia de la nación* y, en el caso de los Estados *plurinacionales* es la existencia de naciones oprimidas en su seno lo que conduce a que la lucha de clases en ese Estado se manifieste y se dé en primera instancia como lucha nacional entre fuerzas liberadoras nacionales —que pueden ser o no dirigidas por el proletariado local— y fuerzas opresoras de la nación dominante” (37).

En otras palabras, que de cada nación debe surgir **necesariamente** un Estado, y que, por lo tanto, todo Estado plurinacional es, **necesariamente**, un Estado opresor, en el campo de las relaciones nacionales. Todo lo cual es rotundamente falso y se da de bofetadas

con el marxismo-leninismo. En primer lugar, porque, como decía Lenin, no todas las naciones *despiertan* necesariamente al movimiento nacional; en segundo lugar, porque, tanto en la teoría como históricamente, pueden coexistir y coexisten distintas naciones bajo un mismo Estado; y, en tercer lugar, porque entre ellas no tienen por qué establecerse vínculos de opresión nacional. Pretender lo contrario es negar en la práctica el hecho —reconocido y aceptado por el leninismo— de la **asimilación** nacional (38), por un lado, y, por el

(37) *Manifiesto político*, p. 52.

(38) Dice Lenin, hablando de la *asimilación*:

“No, aquí no valen evasivas. El señor Libman condena la ‘asimilación’ sin entender por ella *ni* la violencia, *ni* la desigualdad, *ni* los privilegios. Pero, ¿queda algo real en el concepto de ‘asimilación’ si se excluyen toda violencia y toda desigualdad?”

otro, significa negar que la *cuestión nacional*, el problema de la opresión entre las naciones, es un **problema democrático**, un problema que se resuelve en el terreno de la convivencia internacional bajo relaciones de **libertad e igualdad** (no única ni principalmente con la **separación** nacional, como pretenderán estos camaradas). Esto, en teoría, es perfectamente concebible dentro del marco de la democracia burguesa. Pretender lo contrario significa, en los hechos, plantear la tesis izquierdista de que *sólo* el Socialismo puede resolver el problema nacional, y que, por lo tanto, debe ser contemplado directamente por el programa de la Revolución Socialista; que no existe ni puede existir ninguna lucha previa o ninguna respuesta política transitoria anterior a esta revolución que resuelva en sus justos términos ese problema. Pero únicamente la **práctica** concreta de la lucha de clases puede demostrar en cada caso particular que esto no es así, que una relación política entre las clases dada impide que se contemple el derecho de las naciones a la autodeterminación y la convivencia internacional bajo un mismo y determinado Estado en términos de libertad e igualdad sin subvertir radicalmente aquella correlación entre las clases. Entonces, sí; en estos casos, el problema nacional pasaría a ser un asunto a resolver por la Revolución Proletaria, pero no antes. La tesis apriorística de los miembros de la Plataforma conduce inevitablemente al no reconocimiento de la autonomía de la lucha de liberación nacional —autonomía que le viene dada, en general, por su carácter clasista no proletario—, y a su consiguiente asunción como tarea **central** a resolver por el proletariado, con lo que esto puede acarrear como consecuencia en términos de confucionismo y de desviacionismo nacionalista en su línea y, en resumidas cuentas, de pérdida de independencia de su táctica política; y al no reconocimiento, por otro lado, de una posible salida democrático-burguesa anterior al Socialismo, con lo que se niega la legitimidad de toda lucha de liberación nacional no encabezada por el proletariado y la exagerada insistencia en que éste la haga suya por encima, incluso, de sus tareas más propias e inmediatas. De esto resultaría que hemos puesto a competir al proletariado con la burguesía por empuñar el estandarte nacional, que le hemos puesto a defender a la nación y a promover en primer lugar la lucha de liberación nacional, convirtiendo en algo adjetivo, en un simple instrumento para este fin, el carácter socialista de la revolución y la construcción del Estado socialista. Como comprobaremos más adelante, los de la Plataforma han convertido estos peligros en accidentada realidad para el proletariado vasco en forma de línea política nacionalista.

No es preciso, sin embargo, esperar tanto. En la cita que acabamos de transcribir ya se vislumbra la instrumentalización de la lucha de clases en función de la

lucha de liberación nacional que los de la Plataforma necesitan erigir en postulado para dejar establecidas las premisas para justificar su *revolución nacional*. Para ellos, cuando un Estado es plurinacional y —por tanto— encierra naciones oprimidas, la lucha de clases se presenta como lucha de liberación nacional. De esta manera:

“(…) en los casos de dichos Estados, lucha por la liberación nacional/lucha por la liberación de clase es la forma que suele —o puede— adoptar la tesis ‘una revolución, dos fases’” (39).

Lo cual es rotundamente falso. La *revolución en dos fases* no “suele” responder a este modelo. La *revolución en dos fases* surge como un proceso necesario y característico de países donde la mayoría de los problemas pendientes para la revolución no tienen un carácter socialista sino **democrático**, sin que la cuestión nacional deba necesariamente estar entre ellos o ser el principal de ellos. En general y en teoría —pues aún nos hallamos en el terreno de la teoría—, la *revolución en dos fases* responde mucho antes que a la cuestión nacional, a la **cuestión campesina**. De hecho, en la mayoría de los casos, cuando la revolución democrática se presenta como necesariamente anterior a la revolución socialista y se manifiesta como *cuestión nacional*, en el fondo, el problema es casi siempre la *cuestión campesina*, es decir, el problema de la tierra y de la construcción de un mercado interior (lo cual recoge —y así ha sido comprendido tradicionalmente— el verdadero sentido de lo que se denomina *construcción nacional*; no vinculada ni única ni principalmente al ámbito cultural-espiritual). Cuando el problema nacional se manifiesta separadamente de la cuestión campesina —ya porque ésta esté resuelta, ya porque se han desarrollado en frentes de lucha diferentes—, la cuestión nacional normalmente se ve reducida en sus términos a la **esfera cultural**. Lo cual, por sí solo, no justifica la *doble revolución*. En este caso, la respuesta debe darse bien dentro del marco de la democracia burguesa o, si no es posible, dentro del programa de la revolución socialista **de forma directa**, sin programa mínimo, sin ninguna etapa revolucionaria intermedia. Negar la necesidad y la posibilidad de la lucha por reformas democráticas dentro del sistema burgués significa renunciar a las enseñanzas del marxismo-leninismo como guía táctica del proletariado; asimismo, pretender imponer una etapa transitoria previa a la Revolución Socialista cuando las tareas en el orden del día indican la necesidad del Socialismo, sólo porque quedan tareas inconclusas por la revolución burguesa, significa traicionarlo (40).

(39) *Manifiesto político*, p. 52.

Sí, desde luego. Queda la tendencia histórica universal del capitalismo a romper las barreras nacionales, a borrar las diferencias nacionales, a llevar las naciones a la *asimilación*, tendencia que cada decenio se manifiesta con mayor pujanza y constituye uno de los más poderosos motores de la transformación del capitalismo en socialismo.

No es marxista, ni siquiera demócrata, quien no acepta ni defiende la igualdad de derechos de las naciones y los idiomas, quien no lucha contra toda opresión o desigualdad nacionales. Esto es indudable. Pero es igualmente indudable que el *seudomarxista* que pone de vuelta y media a los marxistas de otra nación, acusándolos de ‘asimilistas’, es de hecho un simple *pequeño burgués nacionalista*” (LENIN: Op. cit., p. 137).

(40) Más adelante, en la página 56 de su documento, los de la Plataforma matizan el alcance práctico que pueden acarrear sus propios planteamientos teóricos, reconociendo, por una parte, que la liberación nacional puede conseguirse dentro del capitalismo, según muestran los ejemplos de Timor y Quebec, y, por otra, que el problema nacional puede ir incluido en la Revolución Socialista, sin etapas previas. Pero la matización es demasiado ambigua, pues terminan insistiendo en que “la consumación de la liberación [nacional] se dará de forma plena solo en el Socialismo”, con lo que, por un lado, niegan la resolución efectiva del problema nacional dentro del marco burgués, y, de darse, sólo sería aceptable para ellos en términos de secesión independentista. Y, por otro, no muestran una decidida línea táctica a favor de una

Valga, para todo esto, el ejemplo de Rusia. En primer lugar, la Gran Revolución Socialista de Octubre no se dio en el estrecho marco de una nación, sino en el de un imperio multinacional, el imperio ruso, y la construcción del Socialismo no se limitó a las fronteras de la Rusia blanca, sino que se concretó en Federación Socialista de Rusia, primero, y en Unión de Repúblicas Socialistas, después. En consecuencia, el *marco nacional* como marco de actuación revolucionaria no jugó ningún papel en este proceso. Gracias a la política internacionalista del partido bolchevique, pudo darse en un marco internacional para beneficio de más pueblos, que hallaron una fórmula de respetuosa convivencia bajo un mismo Estado. Por cierto, he aquí un ejemplo de Estado plurinacional sin opresión nacional.

En segundo lugar, Lenin siempre insistió en que la revolución democrática en Rusia no dependía del problema nacional —a pesar de que el imperio zarista tenía sometidos implacablemente a muchos pueblos—, sino de la cuestión agraria (41). Ni siquiera cuando en los meses de 1917 los movimientos de liberación nacional se mostraron como un potente agente subversivo contra la autocracia, la definición bolchevique del proceso revolucionario en curso necesitó ser modificada. En todo caso, lo que esos movimientos comportaban era la necesidad de que la revolución aplicase inmediatamente el derecho de autodeterminación nacional. Como la revolución burguesa de Febrero se agotó rápidamente, todas sus tareas incumplidas —entre las que se incluían tanto la cuestión agraria como la nacional— pasaban de inmediato a ser asunto de la Revolución Socialista; pero esto no significa que fueran tareas del Socialismo desde el principio, sino tareas democráticas que heredaba el Socialismo debido a la disposición política de las clases en la Rusia de 1917. De hecho, la Revolución las resolvió, en primera instancia, a la

sola revolución (la socialista) para Euskal Herria, con lo que dejan abierta una opción a la línea de la "revolución en dos fases". De hecho, al resumir finalmente cuáles serían los "momentos tácticos" de la revolución en Euskal Herria, concluyen que el segundo de ellos iría desde la Reconstitución del EhAK hasta la Revolución Socialista "en una o varias etapas", sin mayor decantación. Al parecer, no puede darse una mejor definición táctica porque, según ellos, "aún la clase obrera no dispone de medios de análisis". Si nuestros camaradas se hubieran molestado en realizar el análisis de las relaciones económicas y sociales que dominan en Euskal Herria —relaciones documentadas que sí están disponibles para quien quiera investigarlas—, habrían comprobado que el grado de madurez alcanzado por el capitalismo reclama, sin ninguna duda, la Revolución Socialista. Pero el prejuicio nacionalista ha vuelto a paralizarles los pies como un pesado grillete que les ha impedido avanzar más allá de la consideración del problema nacional.

(41) En una reseña periodística de una conferencia impartida por Lenin en Cracovia en la primavera de 1913, se dice: "Este es el contenido de la conferencia del camarada Lenin. A la pregunta de uno de los presentes, acerca de cómo veía el problema nacional, el informante contestó que el Partido Socialdemócrata ruso reconoce plenamente el derecho de todas las naciones a la autodeterminación, a decidir su propio destino e incluso a separarse de Rusia. La revolución rusa y la causa de la democracia no están vinculadas en modo alguno (como ocurriera en Alemania) con la causa de la unificación, de la centralización. La democratización en Rusia no depende del problema nacional, sino de la cuestión agraria" (LENIN: *O.C.*, t. 23, p. 61).

manera democrático-burguesa, no socialista: reparto de la tierra entre los campesinos —para el caso de la cuestión agraria—, y aplicación del derecho de autodeterminación —para resolver el problema nacional— con la consiguiente separación de las naciones que así lo desearon (Finlandia).

Volvamos, sin embargo, después de expuesto este caso práctico, a remontarnos hasta el nivel de la teoría. Los camaradas de la Plataforma dicen que "los Estados surgen sobre la existencia de la nación". Entendemos que se refieren al Estado nacional por antonomasia, al Estado burgués. Resultaría obvio e innecesario refutar que el Estado no surge sobre la base de la nación en cualquier período histórico (incluida la esclavitud y el feudalismo), cuando ni siquiera existían las naciones. Como esto es evidente, entendemos que se refieren al Estado burgués. Y aquí es donde reinciden en su costumbre de describir los hechos sociopolíticos guiándose por criterios pseudomarxistas. Lo que caracteriza al Estado nacional es su naturaleza de clase burguesa, no que *represente* a la nación (concepto interclasista). Cuando, con la caída del Estado feudal (que no fue *montado sobre* la nación), emerge la Nación, ésta, en realidad, es el *Tercer Estado*, los sectores sociales oprimidos por el feudalismo, compuestos principalmente por la burguesía y la pequeña burguesía (comerciantes, profesionales, artesanos y campesinos). La nueva organización institucional y política de la Nación es justo el momento en que ésta deja de ser algo homogéneo, ese bloque estamental petrificado durante siglos por las reglamentaciones feudales, es justo el momento en que en su seno comienza la diferenciación y el desarrollo de las clases modernas. Para nuestros camaradas, en cambio, la relación Estado-Nación es algo estático, perenne, una relación de contrarios eterna que busca realizarse como si persiguiese un fin teleológico. Pero esa oposición es falsa si se hace abstracción de sus contradicciones internas de clase. Como ya señalamos anteriormente, ni siquiera la teoría política de la burguesía revolucionaria aceptaba tal oposición. Constatando inteligentemente que la Nación era algo heterogéneo y contradictorio, prefirieron englobar sus diferentes elementos en el concepto de *sociedad civil*, como opuesto a *sociedad política* (Estado) (42). Sólo el concepto de Nación era legítimo cuando se trataba de una nación oprimida, es decir, cuando una fuerza externa impedía el libre desenvolvimiento de las fuerzas internas de esa nación en forma de sociedad civil. Como sabemos, el marxismo fue quien de manera más consecuente y con una visión de mayor alcance diseccionó la sociedad civil

(42) Ni siquiera una de las más altas figuras del pensamiento romántico alemán, Hegel, quien no tuvo inconveniente en convertir a las naciones y al espíritu de los pueblos (*Volksgeist*) en los protagonistas de la historia universal, se deja seducir por el espiritualismo irracional de la idea de nación, cuidándose de utilizarla a la hora de definir las constituciones políticas y empleando, para ello, el concepto de *sociedad civil*, entendido —casi de manera precursora— como un conglomerado diferenciado de clases sociales:

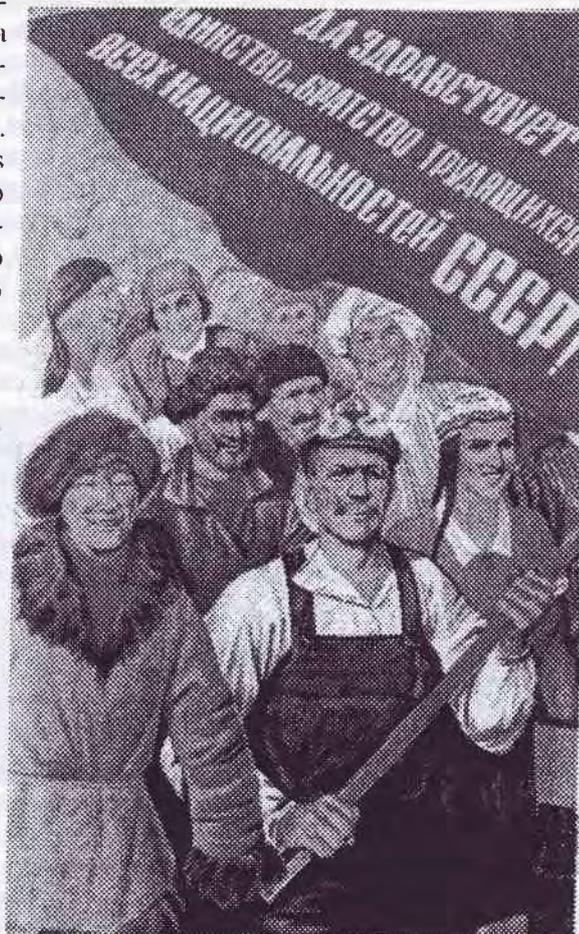
"Donde está la sociedad civil y, por consiguiente, el Estado, tienen lugar las clases en su distinción; porque la sustancia universal, en cuanto viviente, no existe si no se particulariza orgánicamente. La historia de las constituciones, es la historia de la formación de estas clases, de las relaciones jurídicas que los individuos tienen con ellas, y de ellas entre sí y con su centro" (HEGEL, G. W. F.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Ed. Porrúa, México, 1985; p. 266).

diagnosticando su organización en clases y quien determinó la verdadera relación entre ellas y el Estado. Pero nuestros amigos prefieren olvidar todo esto y continuar contemplando la oposición entre Estado y Nación de manera abstracta y — una vez más— metafísica: el Estado nacional es, para ellos, “la implantación de una serie de aparatos de represión violenta y de propaganda de ideología de la clase o clases dominantes”. Expresión correcta si se toma aislada del resto del texto del *Manifiesto* de la Plataforma, si se entiende en términos marxistas y no nacionalistas. Pero como todo lo que precede es un manifiesto nacionalista, no podemos interpretar esa frase sino como un reproche dedicado a una organización imperfecta, burguesa, del Estado nacional. De lo que se colige que, para estos camaradas, sólo el proletariado será capaz de organizar *correctamente* el Estado nacional. Con lo cual imponemos al proletariado una tarea ajena; con lo cual tiramos por la borda todo el marxismo-leninismo.

Pero situémonos todavía —fuera de toda polémica de contenido político— en el método. Nuestros camaradas insisten en su visión excluyente y antagónica, metafísica, de los opuestos de la contradicción a la que ya nos tienen acostumbrados. Para ellos, el Estado (en su forma burguesa) es sólo *aparato represor* de la Nación. Para mantener la careta dialéctica, dirán cosas como que la Nación representa el aspecto principal de la contradicción, etc. (con las nefastas consecuencias que ya conocemos: que la lucha de clases se manifiesta como lucha nacional). Pero lo cierto es que, una vez más, los de la Plataforma nos muestran a los opuestos *sin contradicción real*, sin *unidad y lucha*, sin transformación, sin desarrollo; simplemente, como *reflejo*: el Estado expresa, es el reflejo político-institucional del estado de opresión de la Nación. El Estado burgués —o nacional, como se quiera—, sin embargo, no puede ser reducido, para su caracterización, de manera empírica (nuevamente tropezamos con el empirismo del que hacen gala nuestros camaradas), como un aparato político de dominación; sobre todo, cuando se aborda desde una perspectiva histórica más que política, punto de vista que, efectivamente, adopta esta parte del documento de la Plataforma pro-EhAK. Históricamente, pues, **el Estado nacional es la forma más elevada que alcanza el movimiento revolucionario de la burguesía, es la forma superior de organización política de la burguesía**. Esto conlleva, naturalmente, la instrumentalización de un aparato de dominación que permita el ejercicio de su dictadura de clase, lo cual expresa el aspecto principal del fenómeno; es decir, no es el desarrollo de la sociedad civil —como pretendía la burguesía y como lo pretende todavía— el punto esencial de la dialécti-

ca Estado-Sociedad civil, sino la organización del sector revolucionario de esa sociedad en clase dominante, en Estado político, lo verdaderamente fundamental. Utilizando el lenguaje de nuestros camaradas vascos: no es la Nación “el motor determinante y principal”, sino su cristalización en Estado nacional, como expresión máxima de su movimiento, lo realmente decisivo. La lucha de la burguesía contra el feudalismo, por un lado, y la diferenciación clasista en el seno de la Nación, de la sociedad civil o del viejo Tercer Estado — como queramos denominarlo, no importa—, por otro, son,

en definitiva, el verdadero “motor”, lo que, en todo caso, pone en movimiento y permite el desarrollo de la contradicción Estado-Nación, siempre que fuera legítima su utilización científica para el análisis de la sociedad. Pero, incluso, en los casos en los que no cupiera discusión sobre su validez intelectual para la comprensión de la realidad político-social, como es el caso, por ejemplo, de muchos países oprimidos por el imperialismo con una revolución de tipo democrático-nacional pendiente, incluso aquí, es principalmente el desplazamiento de **una clase** —la burguesía media nacional— y la explotación y la opresión **de clase** —sobre el campesinado, básicamente— lo que da sentido al movimiento nacional de liberación; es decir, son los desarrollos internos **de las clases** en el seno de la Nación lo que sirve de “motor” al movimiento nacional, y es el objetivo del poder y de su constitución en Estado político lo que “determina” tal movimiento de liberación. Además, es preciso insistir en algo que ya hemos señalado anteriormente, a saber, que no son la burguesía “tútere” surgida du-



“¡Viva la unidad y la hermandad obrera de todas las nacionalidades de la URSS!”

rante el período colonial ni su Estado nacional neocolonial los que en general resuelven las tareas de la revolución democrático-nacional, sino que es precisamente a partir del momento de la instauración de esos nuevos Estados políticamente independientes cuando, con el desarrollo de las clases bajo las condiciones del imperialismo en el interior de las comunidades políticas, surgen los movimientos de liberación nacional que plantean radicalmente el problema de la *soberanía nacional* en términos de independencia **económica**, movimientos que, por cierto y dada su clara vocación antiimperialista, entroncan directamente con la lucha revolucionaria del proletariado. El frente común de ambas luchas —lo repetimos— es lo que llena de contenido el proceso de la Revolución Proletaria Mundial.

Subrayando la importantísima consideración de que los procesos de construcción del Estado nacional del siglo XIX y los de la época del imperialismo se diferencian radicalmente por el papel que juega la clase revolucionaria que sirve de locomotora al progreso social (la burguesía y el pro-

letariado, respectivamente) y al carácter que implementan cada una de ellas a los procesos revolucionarios que encabezan, consistiendo la deferencia esencial, en lo que toca a la cuestión nacional, en la realización pura y simple del principio nacional para la burguesía, y en la subordinación de ese principio al de la revolución social, en el sentido de romper la cadena imperialista de dominación mundial y en el de crear bases desde la revolución democrático-nacional para su posterior transformación en revolución socialista, para el proletariado; teniendo esto siempre en consideración, podemos conceder a la Plataforma por la Constitución del EhAK cierta validez en la utilización del principio nacional para el análisis político, y siempre que no exceda los límites de esas consideraciones históricas y que el análisis se refiera a procesos o fenómenos particulares y concretos. Pero el problema de estos camaradas consiste, precisamente, en saltarse esos límites y en emplear el principio nacional en abstracto y como premisa teórica, hasta romper decididamente con el leninismo:

“(…) el problema nacional no se arregla proclamando el derecho de autodeterminación, incluso sinceramente, ni siquiera cuando pudiera ejercerse realmente, porque la cuestión nacional no es algo parado, estático, y que se resuelve en un solo momento, o a partir de un solo momento, sino que recorre necesariamente y particulariza la lucha de clase y sus formas, recorriendo todo el proceso hasta la misma desaparición de las naciones en el Comunismo (...)” (43).

La línea de ruptura política con el leninismo comienza —como ya señalábamos anteriormente— con la negación del **carácter democrático** del problema nacional, y termina con el rechazo claro y manifiesto del verdadero contenido proletario del principio del derecho a la autodeterminación nacional en el programa comunista. Al **exigir** un determinado *desarrollo nacional*, en la dirección *de facto* de la separación nacional y de la independencia, de manera apriorística, al exigir del proletariado revolucionario una posición *práctica* y no una posición *de principios* —como defendía Lenin— que favorezca de antemano una solución al problema nacional sin tener en cuenta la correlación real que pudiera establecerse en el momento decisivo entre el movimiento de liberación nacional y el movimiento proletario, estos camaradas atentan gravemente contra la unidad internacionalista de la clase obrera e hipotecan el objetivo de la Revolución Proletaria en aras del objetivo nacionalista de la burguesía. Para el leninismo y para no desviarnos de la justa línea internacionalista proletaria en la cuestión nacional, ésta, en principio, sí “se arregla” si se aplica en la práctica el derecho de autodeterminación; después, será la correlación existente entre la lucha de clases y la lucha de liberación nacional la que decida el camino que seguirá la nación oprimida (44).

La línea de ruptura política con el internacionalismo proletario está sustentada —como observamos en esta cita— en una visión teórica de la Nación que se aleja del leninismo y se acerca sospechosamente a un bauerismo camuflado e invertido. Para nuestros camaradas, la Nación no sólo acompaña a la lucha de clases hasta determinarla en su particularidad y en sus formas, sino que, además, la Nación

subsiste hasta desaparecer en el Comunismo. No sólo niegan el papel asimilador e integrador de las naciones por el capitalismo, sino que también niegan la posibilidad de la integración internacionalista durante el Socialismo. La diferencia con el *austromarxista* Otto Bauer consiste en que éste era un nacionalista consecuente, mientras que los de la Plataforma, al pretender asimilar su nacionalismo al marxismo-leninismo, llegan *ab absurdo* a un callejón sin salida. A Bauer no le importó subvertir el marxismo y utilizar la lucha de clases en función del principio nacional, de manera que el desarrollo de la lucha de clases no tenía otro objetivo que terminar con ellas en el Comunismo, donde, eso sí, sobrevivían las naciones en convivencia pacífica y sin las lacras de la sociedad de clases. Otto Bauer destruye el marxismo para salvar a la Nación. Sus tesis encierran un sentido. Es por ello un nacionalista consecuente. Pero nuestros camaradas vascos destruyen el marxismo para salvar el principio nacional y terminan destruyendo también a las naciones en el Comunismo; destruyen la lucha internacional de la clase obrera para preservar el “marco nacional”, lo mantienen oxigenado y vivo durante el Socialismo y, de repente, desaparece, sin mayor explicación, en el Comunismo. ¿Qué sentido tiene esto?. Nuestros camaradas han escrito párrafos y párrafos sugiriendo la pervivencia de las naciones, incluso por encima del Estado burgués, y ahora las eliminan sin explicar “todo el proceso hasta [su] misma desaparición”. Rehusamos explicar lo que no han explicado ellos mismos, y preferimos rehuir el intento de comprender tamaños absurdos teóricos; sólo creemos adivinar que estos saltos en el vacío son el resultado de intentar acomodar el marxismo-leninismo a determinados prejuicios ideológicos que no han sido superados críticamente.

El Estado nacional es el Estado burgués, y si políticamente consiste en un aparato de dominación, históricamente debe ser contemplado como la forma de organización superior de una clase que cumplió su papel positivo en el progreso social. Pretender *salvarlo* o reformarlo para *salvar* a la Nación y pretender, además, que sea el proletariado quien lo haga, significa renegar del marxismo-leninismo. El Estado nacional está históricamente agotado. A la nueva clase revolucionaria no le sirve para sus fines. La forma de organización del proletariado utiliza otros cauces que, en su estadio superior, pasan por el Partido Comunista y por la Internacional Comunista. De hecho, los oportunistas se han destacado siempre por tratar de unir al proletariado **dentro del** Estado nacional (parlamentarismo) liquidando la línea de unidad internacionalista de la clase obrera. El Estado burgués es un instrumento incapaz de posibilitar la unidad internacional de los pueblos. La burguesía ha extendido las relaciones sociales capitalistas a todo el mundo, pero es incapaz de dotarse de un gobierno mundial. Encontró en el Estado nacional la mejor forma de organizar su hegemonía de clase y es incapaz de superarlo. Su dominio sobre el mundo sólo puede realizarlo a través de sistemas de alianzas o de superestructuras políticas interestatales que únicamente traducen el estado de las relaciones entre las burguesías nacionales, siempre quebradizas y que, en último término, se sostienen sobre un único basamento sólido, el Estado nacional. La unidad internacional de los pueblos pasa por la destrucción de este tipo de organización política por parte de la clase revolucionaria y por la construcción de un nuevo orden de coexistencia en un mundo sin clases... y sin naciones.

(43) *Manifiesto político*, p. 55.

(44) Cf. *La Forja* n° 17, pp. 28 y 29.

Economismo nacionalista

El lector recordará que, mucho más arriba, cuando iniciamos la crítica de la teoría *del marco de actuación*, ilustrábamos las tesis fundamentales sobre las que se sustenta esta teoría con una cita que terminaba, a modo de conclusión, así: “Declaramos, por ello, que la línea justa respecto a la definición de la Sección de la Internacional Comunista — a la del MCI, por extensión— es la que se ajusta a ‘una nación, una clase, un Partido’”. Llegados a este punto y dados los esfuerzos —estériles, para nosotros, como hemos tratado de demostrar— de nuestros camaradas por introducir la teoría *del marco de actuación nacional* entre los requisitos de la Reconstitución del Partido Comunista, no debe extrañarnos que sea precisamente la categoría de *Nación* la que se sitúa en la base o como primera premisa del silogismo con el que los de la Plataforma resumen los ejes esenciales que deben orientar la construcción del Partido.

Pero, ¿qué implica partir de la *Nación* como primer presupuesto?. Si nos atenemos a una interpretación lógica de la proposición que nos ofrecen estos camaradas, no cabe otra que entender que **el Partido se construye desde la Nación**, que estamos hablando de un *partido nacional*. Si nuestros camaradas hubiesen sido consecuentes con las consideraciones sobre la relación Nación-Estado que con tanto interés han compartido con nosotros para justificar la importancia de la cuestión



Dolores Ibarruri (*Pasionaria*), destacada dirigente del EPK y del PCE

nacional en el problema de la Reconstitución del Partido — consideraciones en las que la categoría de *Clase*, y más en concreto de *clase obrera*, apenas si han tenido relevancia—, tal vez el silogismo más lógico y coherente con su doctrina hubiese sido el de *una Nación, un Estado, un Partido*, aunque sólo fuera porque, para ellos, lo sustantivo es el problema **nacional**, que debe resolverse en la única dirección de la independencia política, es decir, de la construcción **estatal**. Pero los de la Plataforma no persiguen un partido nacional cualquiera, sino el partido nacional del proletariado. Por eso, introducen *ex nihilo* la categoría de *Clase* como segunda premisa de su silogismo. Tenemos, pues, al proletariado de una nación organizado en partido. Sin embargo, el vínculo entre las dos primeras premisas no es orgánico, no existe entre ellas una relación interna, sino que son dos elementos externos que son reunidos arbitrariamente en un discurso lógico-formal. Hasta aquí, hasta lo que llevamos estudiado del *Manifiesto político* de la Plataforma por la Constitución del EhAK, sus suscriptores han tratado el problema de la reorganización del proletariado como clase mundial y, luego, han saltado al tema de la nación como entorno o contexto concreto de organización de esa clase mundial; pero en ese salto, en ese cambio de perspectiva no hay ningún razonamiento que explique convenientemente —salvo la atrevida tesis de que la IC se debe organizar en secciones nacionales, y la otra,

unilateral y por lo tanto falsa por incompleta, de que “es una característica fundamental del capitalismo el organizar a las comunidades históricas de hombres y mujeres en Naciones” (45)— la relación **material** entre un punto (el proletariado internacional) y el otro (la nación como su marco de actuación). En esta ocasión, nuestros camaradas no sólo han cambiado la dialéctica por la lógica formal, también el formalismo les ha conducido a olvidar todo contenido materialista en su lógica. Lo cual les permite tomar de aquí una problemática (la recomposición del MCI) y de allí otra (la cuestión nacional) y unir las en una proposición lógica como tesis política, tesis que reza que *el proletariado debe organizarse principalmente en partidos nacionales*.

El *Manifiesto* de la Plataforma tiene en cuenta — para rechazarla— la línea *un Estado, una clase, un partido* que guió tradicionalmente la política de la Komintern, aunque no la refutan en sus términos. Lo cual es natural, pues ello les hubiese obligado a tratar de rellenar la laguna teórica más grande y más grave de su texto, la que está relacionada con las transiciones en la correlación de clases que permiten pasar del plano internacional al nacional, o, en otros términos, la relación que existe entre la recomposición del MCI y

la cuestión nacional, o, si se quiere, entre la Clase y la Nación. Como decimos, aquella línea de la Komintern sólo la refutan en cuanto a sus efectos, al constatar que impidió la creación de un verdadero EhAK, y que finalmente sirvió a los fines burocrático-centralistas de las direcciones revisionistas del PCE y del PCF (46). Sin embargo, reconocen que

el EPK (*Euskadiko Partidu Komunista*) funcionó orgánicamente como “partido hermano” y que el PSUC logró convertirse en ese *partido proletario nacional* que ellos reivindicaban hoy (como así fue reconocido efectivamente por la III Internacional). Naturalmente, no dicen nada de si fue útil o perjudicial para el proletariado esta división de su partido en un momento, como el de la guerra civil, en el que el campo de batalla no estaba separado precisamente en frentes nacionales, sino que todo el territorio del Estado español era un único y mismo frente militar. Pero, evidentemente, entrar a valorar esto hubiera significado afrontar un tema crucial, al que nuestros camaradas han dado la espalda desde el mismísimo momento en que se pusieron a redactar su *Manifiesto político*. Además, confunden intencionadamente las cosas. Que el PCE y el PCF no comprendiesen las particularidades de la lucha de clases en Euskal Herria —cosa muy plausible—, o que su política no fuera adecuada en lo tocante al problema nacional y que rozase con el “chovinismo de gran nación” —algo también posible—, no justifica por sí solo —como pretenden nuestros camaradas— que la única línea alternativa y correcta fuera la del *partido nacional* independiente o separado dentro del Estado y vinculado

(45) *Manifiesto político*, p. 51.

(46) *Ibidem*, pp. 54 y 55.

a través de la IC; nada de esto prueba que no exista una correcta línea internacionalista del partido proletario diferente del nacionalismo de gran nación del PCE y del PCF y diferente del nacionalismo de pequeña nación de la Plataforma por el EhAK.

Realmente, la línea *un Estado, una clase, un Partido* está mal planteada, y puede conducir a errores precisamente por la misma causa que yerran nuestros camaradas con su lógica Nación-Clase-Partido. A pesar de todo, la naturaleza de los errores será diferente: si aquella línea puede derivar en el centralismo burocrático (como acertadamente intuyen los de la Plataforma, si bien no llegan a formularlo así y prefieren conducir sus quejas por el camino de la secesión partidaria), la de estos últimos nos lleva **directamente** hacia el nacionalismo. La diferencia consiste en que si la primera puede desviar la justa línea política y organizativa proletaria, también **puede que no**; en cambio, la segunda, la que defienden estos camaradas, conduce **indefectiblemente** hacia la desviación nacionalista de esa línea. Por esta razón, consideramos que la línea de la Komintern —en el caso de que fuera así formulada— es menos perjudicial que la línea de la Plataforma.

De cualquier manera, ambas adolecen, como decimos, del mismo error de partida. Tanto la línea Nación-Clase-Partido de la Plataforma, como la línea Estado-Clase-Partido de la Komintern (insistimos, en la medida que fuera aplicada según los términos que encierra el orden de la relación así formulada), adoptan como punto de partida la **clase fragmentada**: por un lado, la clase en su *marco nacional*; por otro, la clase en su ubicación territorial-estatal. Ninguno parte de la clase universal, del proletariado como entidad internacional, de la **clase mundial**. Justamente la óptica con la que esperanzadoramente comenzaron nuestros camaradas el abordaje de las condiciones para la realización de la misión histórica del proletariado y cuya secuencia lógica abandonaron repentinamente en su discurso.

Sin embargo, es la única premisa válida que puede servir de base a todo razonamiento marxista que pretenda analizar las relaciones de la clase consigo misma (lucha de dos líneas, sindicato, Partido, IC) o con la burguesía (lucha de clases, Estado, Nación, etc.).

En 1916, Lenin recordaba las luchas del marxismo revolucionario en Rusia, durante el período entre 1894 y 1902, contra el *economismo*, una manifestación del oportunismo que perseguía el desarrollo del proletariado a través de sus luchas *espontáneas*, dejando la iniciativa de la lucha política a la burguesía. Con este motivo, Lenin quería denunciar la aparición de otra forma del oportunismo espontaneísta, a la que denominaba *economismo imperialista* porque negaba la lucha política del proletariado por la democracia y reducía las relaciones entre las naciones a las relaciones económicas de dominación, negando la posibilidad de transformaciones políticas al margen de esas relaciones —negando, con ello, la lucha por el derecho a la autodeterminación nacional— y porque cifraba todo avance real para el proletariado única-

mente en la Revolución Socialista, en la **total** emancipación económica y política de las naciones (47). Pues bien, ahora nos encontramos ante una nueva forma del *economismo* que asume acrítica y espontáneamente la idea de nación y la incorpora como base ideológica en dos sentidos: circunscribiendo el análisis y el discurso revolucionario a **un territorio nacional**, que supuestamente engloba una “formación económico-social”, y reduciendo y adaptando el internacionalismo proletario al punto de vista de **un solo destacamento nacional del proletariado**. Se diferencia del *economismo imperialista* en que no sólo admite la problemática política de la cuestión nacional, sino que llega a convertirla en su centro y motivación principal; pero, igual que aquél, no confía en las posibilidades del marco democrático-burgués y de las luchas por las reformas políticas que puedan darse en él para su resolución, es decir, no comprende o desprecia el vínculo que para la lucha proletaria existe entre las reformas políticas y la revolución, negando incluso —como aquél— la validez del principio del derecho a la autodeterminación nacional, y exige como única salida efectiva la revolución proletaria nacional y la construcción de un Estado socialista nacional. A esto denominamos nosotros **economismo nacionalista**. (Con ello, no queremos cerrar los ojos ante el hecho de que, dentro del marco democrático-burgués, en la época del imperialismo, se acrecienta la opresión nacional. También es verdad que los comunistas incluimos la reivindicación de la liberación e igualdad de las nacionalidades y su derecho de autodeterminación en el programa de la revolución proletaria, subordinándola a ésta, como cualquier otra reivindicación: así enfocamos la lucha por su consecución. Sin embargo, esto no quiere decir que neguemos la **posibilidad** de su satisfacción bajo el capitalismo, al igual que la de otras muchas reformas necesarias; posibilidad de cuya realización los proletarios revolucionarios nos felicitaríamos por despejar de un importante obstáculo al desarrollo de la lucha

de nuestra clase contra la burguesía y su régimen).

El *economismo nacionalista* parte de la nación y de su seno toma a la clase. Pero esto es erróneo, porque es falsa, desde el punto de vista marxista, la existencia de *una clase nacional* refiriéndose al proletariado. **El proletariado es una clase internacional** que se divide en destacamentos territoriales en función de las correlaciones entre las clases, de la lucha entre ellas y, en primera instancia, del contexto socio-político en el que la burguesía genera las condiciones del desarrollo económico capitalista, creando, al mismo tiempo, a *su* proletariado. En cualquier caso, entonces, la clase es internacional y se *nacionaliza* a través del orden político que impone la dominación burguesa. El internacionalismo proletario, de esta manera, parte de la clase obrera universal.



Cartel sobre las Brigadas Internacionales que combatieron al fascismo en España por iniciativa de la Komintern

(47) Cf. LENIN, V. I.: *Acerca de la naciente tendencia del "economismo imperialista"*, en *O.C.*, t. 30, pp. 62 y ss. También, *Respuesta a P. Kievski*, ibidem, pp. 72 y ss., y *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"*, ibid., pp. 81 y ss.

Ésta es, para nosotros, la primera premisa del silogismo. ¿Cuál es la siguiente?.

El Estado

Anteriormente, censurábamos la caracterización que los camaradas de la Plataforma realizaban del Estado burgués por considerarla unilateral y sesgada. En esos momentos, nos preocupaba principalmente el espíritu con que se trataba el problema del Estado burgués de cara a su supresión en la sociedad de transición al Comunismo. Nuestros camaradas ponían el acento en el Estado nacional como aparato represivo, y dejaban entrever que podía haber un Estado nacional *de otro tipo* (48), donde las estructuras coercitivas pasasen a un segundo plano, etc. Nos preocupaba que pretendiesen asignar al proletariado una tarea histórica —la construcción del Estado nacional— que se alejaba del marxismo. Nos preocupaba que, en el tratamiento teórico del problema del Estado durante el Socialismo, estos camaradas abandonasen el verdadero planteamiento marxista-leninista, planteamiento que se resume —tal como lo deja establecido Lenin en *El Estado y la revolución*— en la cuestión de la *extinción* del Estado. La tesis de la *extinción* del Estado como proceso esencial del período de transición implica que la tarea histórica del proletariado en este asunto no consiste en la *construcción* de un Estado de nuevo tipo —aunque la utilización por su parte del mismo sí suponga algo novedoso en la historia, en cuanto a la participación de las masas, la democracia, etc.—, sino en su *destrucción*. Baste recordar la famosa caracterización que hace Lenin del Estado socialista en esa obra como un *Estado burgués sin burguesía*, o la síntesis final de Engels en su prefacio a la edición alemana de 1891 de *La guerra civil en Francia* de Marx:

“En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, **un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase**. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, **no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado**” (49).

(48) Recordemos la cita donde los de la Plataforma decían que, durante el capitalismo, “las naciones (...) han tendido a adoptar la forma de Estado-Nación, entendido esto como la implantación de una serie de aparatos de represión violenta” al servicio de la burguesía. Definición ambigua y movidiza gracias a ese “han tendido a adoptar” y a ese “entendido como”. Como si bajo el capitalismo hubiera cabido otra *tendencia* en el desarrollo del movimiento nacional diferente a su organización en Estado burgués, y como si la organización política de la Nación pudiera *entenderse* de otra manera que como aparato de dominación de la burguesía. Por ello, interpretamos que soterrada o subconscientemente nuestros camaradas desean implementar otras *tendencias* para la organización nacional, sirviéndose para ello de la Revolución Socialista. Se nos antoja que quieren dar *una nueva oportunidad* a la Nación bajo el Socialismo. En esta dirección va dirigida nuestra crítica.

(49) MARX, C. y ENGELS, F.: *Obras escogidas*. Ed. Akal. Madrid, 1975. Tomo I, p. 504. La negrita es nuestra.

En definitiva, durante el Socialismo —y hablando siempre en términos teóricos o históricos, no en términos políticos, por supuesto—, no valen los discursos afines a la idea de *construcción nacional* o de *reconstrucción del Estado nacional* que comenzamos a vislumbrar desde la fidelidad nacionalista del texto de la Plataforma por el EhAK (50).

Pues bien, lo que nos preocupa ahora es que la visión sesgada y unilateral del Estado, que nuestros camaradas contemplan como aparato represor, producto —pensamos— más de aquella contraposición antagónica entre Estado y Nación, según la cual ésta sufre la opresión —nacional y/o de clase— que aquél ejerce, que de una completa y equilibrada visión marxista (para la cual la idea del Estado como aparato de represión es sólo la *síntesis sucinta* de lo que *históricamente* es lo principal), su visión unilateral sobre el Estado, decimos, impedirá apreciar a los de la Plataforma el nudo gordiano de la problemática que se disponen a abordar seguidamente: la organización política del proletariado vasco en el contexto del cuadro de clases que protagonizan la vida social en Euskal Herria. Consideramos que si estos camaradas hubiesen asimilado correctamente el espíritu de *toda* la teoría marxista-leninista acerca del Estado para abordar, como era su objetivo, un caso concreto, sin limitarse a hacerlo con una tesis general y abstracta del marxismo, dispuestos a *demostrarla* en la práctica con tanta precipitación, y si gracias a esto hubiesen abandonado su empecinamiento en tratar el tema desde la mecánica de la relación Estado-Nación, también abstracta pero mucho menos marxista, probablemente hubieran estado más cerca de analizar correctamente las relaciones de clase en Euskal Herria y, en general, el carácter de clase del Estado español, así como de vislumbrar una vía revolucionaria para la clase obrera vasca sin romper con el internacionalismo proletario.

Naturalmente, no se trata de traer aquí, para exponerla pormenorizadamente, toda la literatura marxista relacionada con la caracterización del Estado; sólo repasaremos brevemente una serie de episodios que, abarcando en su conjunto las principales etapas del desarrollo del marxismo como pensamiento político, demuestran la sensibilización especial de algunos de sus más afamados defensores en lo concerniente a la necesaria visión dialéctica, no dogmática, del Es-

(50) “Completar [como tarea estratégica de la Revolución Socialista] la liberación nacional y la defensa de Euskal Herria a través de un Estado Socialista vasco, cualquiera que sea la forma de relación que éste adopte respecto a otros Estados Socialistas” (*Manifiesto político*, p. 55). Como el Estado vasco no existe, queda claro que estos camaradas han decidido **construirlo**, aunque tenga que ser “a través de” un Estado socialista. Queda meridianamente claro cuál es el **objetivo** de estos camaradas (“la liberación nacional y la defensa de Euskal Herria”) y qué sirve sólo como **medio** (“a través de un Estado Socialista”). Cristalino como el agua queda lo que atrae verdaderamente el interés de estos camaradas. Desde luego, más interés que por **destruir el Estado español** —de lo que no dicen palabra— o por dejar abierta la posibilidad de que el Socialismo pueda implantarse también y al mismo tiempo en los territorios colindantes a Euskal Herria. Establecido queda que, aun con esto, ellos pretenden construir el Estado socialista vasco y decidir después qué relaciones adoptar con otros Estados socialistas. ¡Bonito plan nacionalista!. En un plan comunista, en cambio, debería quedar explícito que la relación entre Estados socialistas, por muy alejados que estén, debe establecerse por el camino de la **unión política**, dejando de lado toda suspicacia nacionalista.

tado.

En primer lugar, recordaremos la definición de Engels del Estado como expresión del **equilibrio entre clases** (por lo tanto, no sólo *dominio* de clase) en determinados períodos de la historia:

"(...) el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absolutista de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y el estado llano; y en este caso estuvieron el bonapartismo del primer imperio francés, y sobre todo el del segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media, y de ésta contra aquéllos. La más reciente producción de esta especie, donde opresores y oprimidos aparecen igualmente ridículos, es el nuevo imperio alemán de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros, y se les extrae el jugo sin distinción en provecho de los junkers prusianos de provincias, venidos a menos" (51).

Después de la muerte de Engels, durante el período en el que la II Internacional comenzó a simplificar el marxismo hasta convertirlo en una caricatura de sí mismo, algunos intelectuales combatieron su adulteración y trataron de recuperar el verdadero mensaje de Marx para el movimiento obrero. En esta labor hubo también sitio para la teoría del Estado. En este sentido, cabe destacar la crítica constructiva que Jorge Plejánov —todavía en la época de producción intelectual cuyo estudio recomendará Lenin años después— dirige, en los últimos años del siglo XIX, a Antonio Labriola, que por aquel entonces encabezaba la lucha en favor del marxismo en Italia:

"Según Labriola, el Estado es la organización del dominio de una clase social sobre otra u otras. Es verdad. Pero eso apenas si expresa toda la verdad. En Estados como China o Egipto antiguo, donde la vida civilizada era imposible sin trabajos muy amplios y complejos de regulación del curso de

las crecidas de los grandes ríos y de organización de los riegos, la aparición del Estado puede ser explicada en gran parte por la influencia directa de las necesidades del proceso social de la producción. Sin duda, la desigualdad existía ya allí desde los tiempos prehistóricos, y, en una u otra escala, tanto en el seno de las tribus que entraban a formar parte del Estado, con frecuencia absolutamente diferentes por su origen étnico, como entre las tribus. Pero las clases dominantes con las que nos encontramos en la historia de esos países conquistaron su posición social más o menos elevada gracias, precisamente, a la organización del Estado, engendrada por las necesidades del proceso social de la producción (...).

En el Occidente, en el que, desde luego, hay que incluir también a Grecia, no observamos la influencia directa de las necesidades del proceso social de la producción — que allí no supone una organización social relativamente amplia— sobre el nacimiento del Estado. Pero también allí esta aparición debe atribuirse, en gran parte, a la necesidad de la división social del trabajo, originada por el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Esta circunstancia no impedía, naturalmente, al Estado ser al mismo tiempo la organización del dominio de la *minoría* privilegiada sobre la mayoría más o menos esclavizada. Pero esta circunstancia no debe perderse de vista en ningún caso **para evitar las concepciones erróneas y unilaterales del papel histórico del Estado**" (52).

Posteriormente, en plena vorágine revolucionaria, precisamente cuando la cuestión del Estado se ponía como primer punto del orden del día, Lenin consideró adecuado volver a fijar en sus justos términos su naturaleza política. Y lo hizo tanto desde el punto de vista teórico general —para lo que escribió *El Estado y la revolución*, donde destaca el papel del Estado como máquina de opresión—, como desde el punto de vista táctico, para lo cual no se dejó cegar por una visión maniquea de la naturaleza del Estado. Así, en la polémica en el seno del partido bol-



G. V. Plejánov

chevique en torno a las *Tesis de Abril* —con las que Lenin proponía el inmediato paso a la revolución socialista en Rusia—, el jefe bolchevique se enfrentó a aquellos de sus camaradas que veían en el Estado revolucionario surgido en Febrero un Estado burgués, un Estado dominado por la burguesía y en el que esta clase había copado todo su aparato administrativo y militar, por lo que, en consecuencia, proponían esperar a que se cumpliera plenamente la vieja consigna bolchevique de *dictadura democrática del proletariado y el campesinado*, antes de pasar al socialismo. Pero como Lenin era marxista no por haberse aprendido de memoria unas frases y unas recetas teóricas, sino por haber asimilado plenamente el espíritu de la doctrina revolucionaria del proletariado y por haber comprendido perfectamente su método de análisis, combatió la idea gris de los que denominó *viejos bolcheviques* del Estado como aparato monolítico al servicio de una clase.

(51) ENGELS, F.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*; en MARX y ENGELS: *Obras Escogidas*, t. 2, p. 339. Aunque la historiografía marxista posterior, arropada con más datos y más estudios empíricos, ha puesto en entredicho esta tesis engelsiana acerca del Estado como institución *neutra* entre las clases, sobre todo en el período que el correligionario de Marx se muestra más categórico, el de la monarquía absolutista (Cf. primer capítulo de Perry Anderson en su obra clásica *El Estado absolutista*. Ed. en castellano. Siglo XXI. Madrid, 1984; pp. 9-37 de la 6ª edición, donde este autor define al Estado absolutista como una reestructuración o adaptación del Estado feudal ante cambios decisivos en las correlaciones de clase, pero sin perder su carácter básico feudal), lo importante es la saludable recomendación filosófica de no atenernos exclusivamente a las etiquetas teóricas a la hora de analizar y comprender las realidades concretas, sino como orientación y guía intelectual.

(52) PLEJÁNOV, J.: *La concepción materialista de la historia*. Ed. Roca, México, 1973; pp. 35 y 36. La negrita es nuestra.

explicando a sus camaradas que la consigna del Estado de la dictadura democrática de proletarios y campesinos que defendía su partido desde 1905 sólo significaba “una correlación de clases y no una institución política concreta llamada a realizar esta correlación, esta colaboración” (53), correlación que se había dado ya en Rusia en 1917 en forma de Soviets, y que, junto al poder burgués surgido en Febrero, configuraban el complejísimo entramado político de la Rusia de aquellos momentos (estado político que Lenin describió como *dualidad de poderes*). Pero dejemos hablar a Lenin:

“Esta fórmula [la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos] ha caducado ya. La vida la ha trasladado del reino de las fórmulas al reino de la realidad, haciéndola de carne y hueso, concretándola, y, con ello, transformándola.

Al orden del día se plantea ya otra nueva tarea: la escisión entre los elementos proletarios (...) dentro de esta dictadura y los elementos partidarios de la *pequeña propiedad o pequeñoburgueses* (...).

Quien ahora hable solamente de la ‘dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos’, se ha rezagado de la realidad y, por esta razón, *se ha pasado*, de hecho, a la pequeña burguesía contra la lucha proletaria de clase y hay que mandarlo al archivo de las curiosidades ‘bolcheviques’ prerrevolucionarias (al archivo que podríamos llamar ‘de los viejos bolcheviques’).

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos se ha realizado ya, pero de un modo sumamente original, con una serie de importantísimos cambios (...). Por ahora es necesario asimilar la verdad indiscutible de que un marxista debe tener en cuenta la vida real, los hechos exactos *de la realidad*, y no seguir aferrándose a la teoría de ayer, que, como toda teoría, en el mejor de los casos, sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca de un modo aproximado la complejidad de la vida. (...).

Quien plantee la cuestión de la ‘terminación’ de la revolución burguesa *al viejo estilo*, sacrifica el marxismo vivo en aras de la letra muerta.

Con arreglo al viejo estilo resulta que *tras* el dominio de la burguesía puede y debe llegar el dominio del proletariado y del campesinado, su dictadura.

Pero en la vida real las cosas han resultado *ya de otro modo*: ha resultado un *entrelazamiento de lo uno y de lo otro* en forma extraordinariamente original, nueva e inaudita. Existen paralelamente, juntos, simultáneamente, *tanto* el dominio de la burguesía (Gobierno de Lvov y Guchkov) *como* la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos, que *voluntariamente* entrega el poder a la burguesía, convirtiéndose voluntariamente en apéndice suyo.

Pues no se puede olvidar que, de hecho, en Petrogrado el poder está en manos de los obreros y soldados; el nuevo Gobierno *no* ejerce, ni puede ejercer, violencia alguna contra ellos, puesto que *no existe* policía, ni ejército desvinculado del pueblo, ni burocracia que se sitúe de un modo omnipotente *por encima* del pueblo. Esto es un hecho. Este es precisamente el hecho característico de un Estado del tipo de la Comuna de París. Este hecho no encaja en los esquemas antiguos. Es necesario saber adaptar los esquemas a la vida y no repetir las palabras sobre la ‘dictadura del proletariado y de los campesinos’ *en general*, que se han vuelto ab-

surdas.

Para enfocarla mejor, abordemos la cuestión desde otro aspecto.

Un marxista no debe apartarse del terreno exacto del análisis de las relaciones entre las clases. En el poder se encuentra la burguesía. ¿Pero acaso la masa de campesinos no es *también* una burguesía de otra capa, de otro género, de un carácter distinto? ¿De dónde se deduce que *esta* capa *no puede* llegar al poder, ‘terminando’ la revolución democrática burguesa? ¿Por qué no es posible?

Así razonan con frecuencia los viejos bolcheviques.

Contesto: esto es muy posible. Pero un marxista, al apreciar el momento dado, *no* debe partir de lo posible, *sino* de lo real.

Y la realidad nos demuestra *el hecho* de que los diputados soldados y campesinos, libremente elegidos, entran libremente a formar parte del segundo Gobierno, del Gobierno paralelo, completándolo, desarrollándolo y perfeccionándolo también libremente. Y con la misma libertad *entregan* el poder a la burguesía: fenómeno que no ‘contradice’ en lo más mínimo la teoría del marxismo, puesto que siempre hemos sabido e indicado reiteradamente que la burguesía se mantiene *no* sólo por medio de la violencia, sino también gracias a la falta de conciencia, la rutina, la ignorancia y la falta de organización de las masas.

Y ante esta realidad de hoy, es francamente ridículo volver la espalda a los hechos y hablar de las ‘posibilidades’.

Es posible que los campesinos tomen toda la tierra y todo el poder. Yo no sólo no pierdo de vista esta posibilidad ni limito mi horizonte al día de hoy, sino que formulo, directa y exactamente, el programa agrario teniendo en cuenta un *nuevo* fenómeno: la escisión más profunda entre los braceros y los campesinos pobres, de un lado, y los propietarios campesinos, de otro.

Pero también es posible que suceda otra cosa: es posible que los campesinos sigan los consejos del partido pequeñoburgués eserista, influenciado por la burguesía (...), que les aconseja esperar hasta la Asamblea Constituyente, ¡a pesar de que, hasta ahora, ni siquiera se ha fijado la fecha de su convocatoria!

Es posible que los campesinos *conserven*, continúen su pacto con la burguesía, pacto concertado por ellos en la actualidad por medio de los Soviets de diputados obreros y soldados no sólo de un modo formal, sino también de hecho.

Son posibles muchas cosas. Sería el más craso de los errores olvidarse del movimiento agrario y del programa agrario. Pero un error igual constituiría el olvidarse de *la realidad*, que nos indica *el hecho del acuerdo* —o empleando un término más exacto, menos jurídico, de mayor sentido económico-clasista—, el hecho de *la colaboración entre las clases*: la burguesía y el campesinado” (54).

Como vemos, Lenin no se conforma con la definición del Estado como *dictadura de una clase*, sino que se interesa por el “análisis de las relaciones entre las clases” que permiten la existencia de ese Estado, por la “colaboración entre las clases” sobre la que se sostiene, análisis que le permitirá encontrar el punto débil desde el que invertir la situación hacia una correlación entre las clases favorable al proletariado.

Finalmente, Stalin, en la polémica contra Trotski

(53) LENIN: *Cartas sobre táctica*, en *OC.*, t. 31, p. 141.

(54) *Ibidem*, pp. 141-144.

acerca de la *revolución permanente* (1924-1925), debió, una vez más, defender la tesis del Estado —en este caso, del Estado soviético— como el resultado de una correlación de fuerzas y de una determinada disposición de las clases, frente a la idea trotskista del Estado socialista únicamente como expresión del poder obrero:

“La dictadura del proletariado no es una simple élite gubernamental, ‘inteligentemente’ ‘seleccionada’ por la mano solícita de un ‘estratega experimentado’ y que ‘se apoya sabiamente’ en tales o cuales capas de la población. La dictadura del proletariado es la alianza de clase del proletariado y de las masas trabajadoras del campo para derribar el capital, para el triunfo definitivo del socialismo, a condición de que la fuerza dirigente de esa alianza sea el proletariado”. Y, más adelante, citando a Lenin, señala Stalin que:

“La dictadura del proletariado es una forma especial de alianza de clase entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) (...)” (55).

El marxismo, pues, enseña que el Estado es algo más que un aparato de dominación de clase. Es más, el marxismo enseña que si, por un lado, el Estado es la expresión política de la dictadura de una clase, por el otro, es también la expresión política del estado de las relaciones entre las clases (que, en el fondo, son las dos caras de una misma moneda). El Estado es, entonces, dictadura de clase y alianza de clases al mismo tiempo. La famosa tesis de Marx de que *el Estado es la organización de la dictadura de una clase sobre otras* es un resumen genial que encierra la principal verdad de una parte importante de la historia política de la Humanidad. Pero no es más que un resumen que no puede sustituir el análisis concreto ni ocultar la amplia visión que el propio marxismo contiene y exige cuando nos disponemos a abordar el estudio de un marco sociopolítico en especial, como es el caso de la elaboración de un programa revolucionario —el caso que nos ocupa—, donde las generalidades teóricas deben incluir el análisis de las situaciones particulares.

Si se nos permite establecer un paralelismo con la definición de Lenin que resume la relación entre economía y política, podríamos decir que **el Estado es la expresión concentrada de las contradicciones de clase**. Y esto es lo que debe resolver todo *análisis concreto de una situación concreta*. Justamente lo que no han querido afrontar nuestros camaradas de la Plataforma. Y no lo han hecho porque, saliéndose por la tangente, han eludido el problema del análisis del Estado como expresión de las contradicciones de clase. Planteando una falsa dialéctica entre Nación y Estado, en la que éste aparece simplificado como aparato de opresión, y pronunciándose a favor de la Nación como el “motor” o el aspecto principal de esa contradicción, nuestros camaradas nos ofrecen una caricatura de lo que debía haber sido “el análisis político detallado” del “sistema de clases en Euskal Herria”. Una vez que se han desembarazado del elemento político principal que impedía un planteamiento endogámico-nacionalista de la revolución —el Estado—, se encuentran en condiciones para afirmar, sin la menor impudicia, que, respecto a la nación vasca, el “resto de los fenómenos y pro-

cesos con los que se halla en interrelación” “revisten un carácter externo y, por ello, secundario y subordinado” (56). Con lo cual, tienen las manos libres para concluir que:

“La contradicción fundamental de la lucha de clases en Euskal Herria es, desde la implantación del modo de producción capitalista, la que enfrenta al proletariado vasco y a la burguesía vasca. Las contradicciones entre el proletariado vasco y la burguesía vasca son principalmente antagónicas” (57).

Pero, ¿a través de qué organización política la burguesía vasca se enfrenta al proletariado vasco?, ¿cuál es su organización como clase dominante?. Como el Estado ha desaparecido de las cuentas de estos camaradas, y los Estados español y francés —las únicas instituciones políticas que podían tener algo que decir en este asunto— “revisten un carácter externo y, por ello, secundario y subordinado”, no nos queda más respuesta que la burguesía y el proletariado vascos se enfrentan de manera única y directa en el terreno de las relaciones **económicas** capitalistas. Algo absurdo que desprecia toda la experiencia histórica, no sólo del capitalismo, sino de toda la lucha de clases; algo absurdo que infravalora la capacidad de una burguesía nacional para erigirse en clase (políticamente) dominante, y que infrutiliza la capacidad del proletariado para organizarse en clase revolucionaria. A este tipo de incongruencias, sin embargo, nos conduce el *economismo nacionalista*.

Muy al contrario, históricamente la burguesía vasca ha sabido situarse —no sin contradicciones internas— en el cuadro de alianzas **internacional** que ha conformado el bloque de dominación de clase que es el Estado español (al cual nos ceñiremos, dejando para otra ocasión el caso francés). Con diferentes papeles, según la fracción de clase de la burguesía vasca (uno de los graves errores del análisis de estos camaradas sobre el “sistema de clases en Euskal Herria” consiste en tomar a la burguesía vasca en bloque, sin considerar las destacadas contradicciones entre sus diversas fracciones), esta clase ha entrado a formar parte de la clase dominante a través de una serie de pactos con el resto de las clases hegemónicas de las demás naciones que hoy forman el territorio español. Desde cierto punto de vista, **el Estado español no es otra cosa que la alianza internacional de la gran burguesía para el dominio y explotación de las masas de diversas naciones**. Pero no cada una sobre *su* nación, por supuesto, sino todas ellas en su conjunto exprimiendo beneficios indistintamente en un solo mercado. En la única ocasión en que el texto de la Plataforma ha estado cerca de observar correctamente la relación entre la burguesía vasca y el Estado español, al hablar de que aquélla resolvió sus contradicciones con éste en forma de alianza (58), dan a entender que lo que buscaba era sólo “la explotación del proletariado vasco”, lo cual es falso. La burguesía vasca ha buscado, primero, acceder al mercado y a la explotación de la fuerza de trabajo de todo el territorio español, y, segundo, utilizar el Estado español como plataforma de lanzamiento para la exportación imperialista de sus capitales. Si nuestros camaradas hubieran continuado su análisis por el camino de profundizar

(56) *Manifiesto político*, p. 53.

(57) *Ibidem*. En negrita en el original, p.53.

(58) Cf. *ibid.*, p.53.

(55) STALIN, J. V.: *Octubre y la táctica de los comunistas rusos*; en *Obras*. Ed. Vanguardia Obrera. Madrid, 1984. Tomo VI, pp. 381 y 382.



Caricatura sobre cómo la gran burguesía (ya sea de nación oprimida, ya sea de nación opresora) utiliza el patriotismo como pretexto para alcanzar sus fines de rapiña.

en el significado político y económico de esa "alianza" de la burguesía vasca con el Estado español, en lugar de pasar de puntillas ante ello, probablemente hubiesen extraído lecciones más útiles para el proletariado vasco. Prefirieron, sin embargo, replegarse sobre la nación y apartarse del análisis de clase. El problema es que la víctima de este repliegue nacionalista será la clase obrera de Euskal Herria y, a la larga, todo el proletariado del Estado español. Que nuestros camaradas, como destacamento de vanguardia del proletariado vasco, no vean o no quieran extraer las conclusiones pertinentes de la unidad internacional de la burguesía vasca con el resto de las burguesías del Estado es, cuando menos, imprudente. Después de todo, no depende de nuestra clase, es asunto de la burguesía. Ésta ya se ha encargado de realizar esa unión por su cuenta, sin necesitar de nuestro permiso. Pero que, en virtud de una tozuda perspectiva nacionalista, ese destacamento impida u obstaculice la unidad internacional del proletariado del territorio español, cuando esto sí es asunto de nuestra clase, sí depende de nuestra labor política y sí es responsabilidad en gran parte nuestra como destacamentos avanzados del proletariado, entonces, la cosa se convierte en peligrosa. El leninismo exige, como principio organizativo, la unidad internacional del proletariado, y luchó vigorosamente contra quienes proponían la unidad nacional de la clase —ya fuese a través de la federación, ya a través de la secesión—, exigiendo que esa unidad sea consumada de manera inmediata, empezando por la fábrica y el sindicato y terminando por el Estado y por el Partido, para después conseguirla, naturalmente, en la IC. Resumir la unidad internacional del proletariado en la IC o reducirla a ella para avalar la separación nacional de la clase rompe con el leninismo, representa una línea liquidacionista de la organización del proletariado.

El Estado español

Continuemos, sin embargo, con el problema en relación con la clase enemiga. Veamos someramente, y sólo en sus rasgos más generales, cómo se conformó el bloque internacional de alianzas de la burguesía en el seno del Estado español desde la experiencia de algunas de sus fracciones nacionales.

Empecemos por Catalunya. La burguesía catalana se desarrolló sobre la base de la industria ligera, principalmente la textil, es decir, sobre una industria de bienes de consumo que, al no necesitar de grandes capitales iniciales, permitió cierta proliferación de sociedades familiares a la vez

que un desarrollo lento pero homogéneo del proceso de acumulación capitalista. Aunque este modelo tiende a crear un mercado interno y la demanda necesaria para la realización de la plusvalía, las dificultades que tuvo la revolución burguesa en España en términos de unificación de mercados y de liberalización de los factores de la producción, inclinaron a la burguesía catalana hacia el mercado de exportación, fundamentalmente las colonias americanas. Es la época en la que la burguesía catalana, que se siente desvinculada del resto de los territorios estatales por su retraso en las transformaciones necesarias para el libre desarrollo capitalista, abraza el federalismo. Pero el *Desastre* colonial español de 1898 significó la pérdida de sus principales mercados, el necesario retorno al mercado interior (es decir, español) y la recuperación de su interés por los acontecimientos que rodeaban la política del Estado. La pérdida de las colonias sumió en una profunda crisis moral a las élites dirigentes y a la intelectualidad, de la que hicieron partícipes a amplios sectores sociales. Como respuesta política surgió un movimiento dispar y heterogéneo conocido como *Regeneracionismo*. Una de sus corrientes más significativas fue, precisamente, el *catalanismo*, el programa de la burguesía catalana basado en la idea de *catalanizar España*; es decir, forzar para que se aplicase una política desde el Estado que permitiese la transformación de las estructuras socioeconómicas de todo el territorio en la misma dirección que se habían desarrollado en Catalunya, en la dirección del desarrollo capitalista. El *catalanismo*, como tal, operó activamente hasta 1909, cuando la *Semana trágica* disolvió la unidad nacionalista de la *Lliga* y la *Esquerra*. Sin embargo, es en este período, sobre todo con la participación de la coalición *Solidaridad catalana* y de su principal dirigente, Francesc Cambó, en las Cortes de 1907, cuando quedan fijadas las líneas estratégicas de la integración de la burguesía industrial catalana que representaba la *Lliga* (no así la pequeña burguesía alineada con la *Esquerra* que aún se aferraría a la idea federal) en el bloque dominante del Estado español. El pacto entre ambos adoptó la forma de Proyecto de Ley de Administración Local, auspiciado por el Gobierno Maura, que por primera vez en la historia de España abría las puertas a la posibilidad jurídica de la autonomía regional. Aunque este proyecto no salió adelante, la importancia histórica que reviste consiste en que, a partir de aquí, la burguesía catalana se convirtió al autonomismo, cerrando un tratado de unidad territorial con el Estado español. A pesar de los avatares políticos posteriores, puede decirse que la gran burguesía catalana no ha sobrepasado jamás en sus pretensiones este programa máximo, situando-

se siempre al lado de quienes respetasen sus términos, resu-
midos en la idea de autonomía política y capitalismo econó-
mico, como queda claro en su afición a la II República o a
la monarquía parlamentaria actual, o su alejamiento relativo
del bloque dominante durante el franquismo.

La historia política de la burguesía catalana repre-
senta un ejemplo significativo de cómo las relaciones econó-
micas capitalistas superan el marco nacional, y de cómo la
clase dominante nacional no necesita necesariamente de un
Estado nacional propio para organizar su hegemonía y ga-
rantizar la extracción de plusvalía, y, al mismo tiempo, de
cómo el Estado expresa complejas relaciones entre las clases
y no se limita a ser un simple aparato de opresión. La historia
de la burguesía vasca constituye otro ejemplo de esto mismo.

La actividad industrial (artesanal) y comercial en
Euskal Herria se remonta a una larga tradición que hunde
sus raíces en la Edad Media y pasa por el gran auge del co-
mercio indiano, sobre todo a través de los puertos de Donosti y
Bilbo, al menos entre 1529 y 1573, año en que el comercio con las
colonias americanas pasa a ser monopolio de la casa de Contrata-
ción de Sevilla, medida que afecta muy negativamente el tráfico mercan-
til y la producción de los astilleros vascos. Sin embargo, la bur-
guesía relacionada con el comercio marítimo consigue mantener
sus actividades durante los siglos siguientes gracias a algunas
concesiones monopolistas en el comercio con América (Compañía
Privilegiada de Caracas, fundada en 1728) y al comercio con Ingle-
terra. Paralelamente, la tradicional industria extractiva artesanal

del hierro, casi siempre propiedad de los mayorazgos en ma-
nos de hacendados terratenientes (*jauntxos*), les había per-
mitido a éstos diversificar sus intereses económicos a través
de la inversión de parte de sus excedentes en otras ramas de
la producción industrial. Cuando alborea el siglo XIX, In-
glaterra era ya la primera potencia industrial, sin competido-
res para sus mercancías abaratas por el maquinismo, mien-
tras que en otros países, como Francia y Bélgica, se empie-
zan a dar ya los procesos necesarios para la revolución in-
dustrial. Dado el retraso tecnológico y organizativo de la in-
dustria vasca, la defensa de los intereses de la burguesía pa-
saba por la aplicación de una política proteccionista y de crea-
ción de un mercado interior que librara a sus productos de la
agresiva competencia extranjera y permitiese su venta para
el consumo interno. Pero la vigencia de los fueros vascos,
que situaban las fronteras aduaneras al sur de Euskal Herria,
beneficiando con ello al campesinado y a los rentistas
suntuarios, al permitir que pudiesen disfrutar del consumo
de bienes de importación sin gravámenes de tránsito, dejaba
indefensos ante la competencia internacional a los productos
vascos, además de impedir su libre circulación en el mercado
español al tener que pagar impuestos en los diques secos del
interior. No es extraño, dadas las circunstancias, que los prin-
cipales sectores de la burguesía industrial y comercial vasca
abrazasen la causa liberal durante la Primera Guerra Carlis-

ta (1833-1839) y fueran los principales abanderados de la
abolición de los fueros. Tampoco resulta extraño que las cla-
ses rurales vascas se unieran al bando contrario, erigiendo la
defensa de los fueros en el programa del carlismo en Euskal
Herria. En 1841, aquéllos obtuvieron satisfacción sobre par-
te de sus reivindicaciones cuando las aduanas interiores fue-
ron trasladadas a la costa. A partir de aquí, tiene lugar el
despegue de la industria moderna vasca, principalmente la
siderurgia, que se nutre del mineral de hierro vizcaíno y del
carbón asturiano. El principal demandante de los laminados
que salían de los altos hornos vascos era Inglaterra, pero los
fueros aún vigentes prohibían la exportación del mineral de
hierro. Esto terminó con la Segunda Guerra Carlista (1873-
1876), cuando los fueros fueron definitivamente derogados
en su totalidad. Entre ambas guerras civiles, se había produ-
cido en el norte de Euskal Herria, al calor de la siderurgia, un
fuerte desarrollo del capital bancario (el Banco de Bilbao se

funda en 1857) y un importante
proceso de concentración del ca-
pital industrial, a la vez que se iba
dando un claro proceso de diferen-
ciación en el seno de la burguesía
vasca: de un lado, una minoría de
propietarios mineros, financieros
y empresarios siderúrgicos; del
otro, los *jauntxos* que no han po-
dido reunir el suficiente capital
inicial para transformarse en in-
dustriales, y los medianos y peque-
ños empresarios. En la segunda
guerra civil, cada uno de ellos to-
mará partido por uno de los ban-
dos contendientes. Tras la derrota
de la causa carlista, la burguesía
desplazada, que durante las hosti-
lidades se había reencontrado con
las tradiciones forales y había he-



Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco

cho de ellas las señas de identidad del vasquismo, constituirá
la base sociológica del futuro nacionalismo aranista.

A diferencia de Catalunya, donde el desarrollo capi-
talista había adoptado una forma más concurrencial y equili-
brada, en Euskal Herria el capitalismo industrial no se sos-
tiene sobre la paulatina transformación de las relaciones so-
ciales, ni sobre un paciente proceso de acumulación basado
en la competencia, sino sobre la situación privilegiada que
otorga la fácil acumulación de rentas que concede una tierra
rica en mineral de hierro. Esta situación provocó un explosi-
vo desarrollo capitalista que concentró mucha riqueza en
pocas manos y que subordinó y marginó a amplios sectores
empresariales, polarizando a la clase burguesa en dos secto-
res: uno, completamente reaccionario, que unió rápidamente
sus intereses a los del bloque oligárquico dominante en el
Estado español, y, otro, inconformista y reformista, que le-
vantó la bandera del nacionalismo y, según los acontecimien-
tos históricos, buscó la conciliación o la alianza con el poder
central (el régimen de Concertos Económicos concedido por
el Estado en 1878, el Estatuto de Guernika durante la II Re-
pública, o el marco de desarrollo autonómico-estatutario de
la Constitución de 1978) o se mantuvo en la oposición pací-
fica o clandestina a la espera de tiempos mejores. Eso sí, tras
la muerte de Sabino Arana, en su discurso nacionalista ape-
nas si se escuchará la palabra *independencia*.

Después de este breve repaso histórico, resulta evidente que la burguesía nacional no siempre necesita un Estado propio para realizar sus intereses, y que, por otra parte, desde cierto ángulo, la historia política del Estado español está escrita en varios de sus episodios importantes por las burguesías periféricas de las naciones oprimidas por él, hasta tal punto que han contribuido a formar parte del bloque de dominación que éste representa, **sin que puedan transformarse las relaciones entre las naciones que refleja sin una transformación de los vínculos internos de clase sobre los que se sostiene**. Por lo tanto, no sólo nos reafirmamos en la tesis de que el Estado expresa las correlaciones y las contradicciones entre las clases en un período dado, sino también consideramos ilegítimo, desde el punto de vista marxista, todo análisis de un "sistema de clases" nacional aislado que no tenga en cuenta los vínculos de la nación con el Estado y los lineamientos de clase que los atraviesan, ni el papel que el Estado juega en el contexto socioeconómico concreto nacional.

Entonces, si en el Estado están contenidas todas las relaciones políticas entre las clases, relaciones que han desbordado el cauce nacional y han ido cristalizando a lo largo de la historia en una determinada estructura política, es a través del Estado que se crea el **marco político necesario** para la lucha de clases, marco que en gran parte viene legado por la historia y que se diferencia sustancialmente de otros marcos políticos por la conjunción y el equilibrio de intereses que lo conforman como bloque de dominación y de explotación clasista particular y específicamente dado. Es contra este bloque contra quien la clase revolucionaria debe dirigir su lucha de emancipación. Este es su verdadero *marco de actuación*. Elegir arbitrariamente otro obedecería a un caprichoso prejuicio o a un deseo consciente de debilitar la lucha internacionalista del proletariado, nunca a la aplicación consecuente del marxismo-leninismo, en cuya doctrina no tienen cabida los intentos de separación de una nación y de una revolución nacional del proceso revolucionario general al que se encuentra unido por lazos de hondo calado histórico. Nuestros camaradas, sin embargo, realizan esta **separación** mentalmente, cayendo en el aventurerismo. Cuando describen el modo más probable para ellos en que se resolverán las contradicciones sociales durante la *revolución vasca*, nos informan de que:

"El **enemigo fundamental es la burguesía vasca**. No obstante, en el momento del proceso en el que se acometan las tareas de Liberación Nacional *el enemigo principal pasará a serlo la burguesía vasca en alianza con las burguesías francesa y española, y principalmente estas dos últimas*" (59).

Es así como reconocen, de forma implícita, el fracaso de todo su análisis teórico sobre la revolución en Euskal Herria, y el de sus premisas nacionalistas en relación con el marco de la lucha de clases del proletariado vasco. La burguesía vasca es el enemigo principal, pero sólo en teoría, sólo hasta el mismísimo momento en que la revolución se pone en marcha, cuando, de pronto, aparecen los Estados (español y francés), que se colocan como los enemigos principales. Nuestros camaradas han tenido que replegar velas. Pero incluso en esta rectificación tácita, obligada por una visualiza-

ción sensata de los posibles hechos revolucionarios futuros, incluso aquí, la burguesía vasca sólo aparece como **aliado externo** del Estado, no como parte constitutiva del mismo. La rectificación, por tanto, no es completa. Esta rectificación necesaria, empero, indica la desorientación de estos camaradas a la hora de elegir y ordenar las categorías y los conceptos para el análisis de su documento; y la cita que acabamos de transcribir indica, también, su metodología idealista y su aventurerismo imprudente al dejar sentado, ya de principio, sin mayores consideraciones, el *cómo*, el modo como se desenvolverá la revolución vasca: primero, enfrentamiento con el Estado; después, enfrentamiento con la burguesía nacional. Bien sencillo; sobre todo para quienes la lucha de clases en el resto del Estado y el papel que pueda jugar la lucha del proletariado español sólo revisten "un carácter externo". Sin embargo, esto no tiene nada que ver con el marxismo. Como nos mostró ejemplarmente Lenin en la larga cita que transcribimos arriba, un marxista debe partir de lo real y bajar todas las posibilidades de desarrollo de un proceso revolucionario. Nuestros camaradas, en cambio, no sólo no parten de la realidad (no reconocen que la burguesía vasca está integrada en el bloque hegemónico de clases que cimienta sólidamente el actual Estado español, y que está unida a él por algo más que una alianza temporal, de manera que, en principio, no se puede tomar separadamente), sino que tampoco quieren prever otros posibles desarrollos de la revolución: por ejemplo, que ésta se inicie **antes** en el resto del Estado y que la ponga en marcha, **después**, en Euskal Herria. ¿Cuál sería la actitud del proletariado vasco ante un poder obrero revolucionario instaurado en el Estado español?. El particularismo nacional y el separatismo nacionalista que la Plataforma receta al proletariado vasco no tienen respuesta para esto, porque su análisis no ha tenido en cuenta **todas** las contradicciones de clase que **afectan** a la sociedad vasca, porque han olvidado el carácter internacional de la lucha de clases tanto en Euskal Herria como en España, y porque han dado la espalda a la vocación internacionalista de la lucha de clases proletaria. ¿O es que, acaso, sí tienen respuesta?: como la cuestión nacional "no es algo parado" ni "estático", como "no se arregla proclamando el derecho de autodeterminación" y como nuestros camaradas se han decantado ya por la independencia de Euskal Herria, ¿se unirán, también en este caso (la instauración de un poder revolucionario en el Estado español), con la fracción nacionalista de la burguesía vasca que con toda seguridad sí exigiría vehementemente la secesión nacional?.

Si retomamos ahora el debate sobre los silogismos que mejor pueden describir la construcción del partido del proletariado revolucionario donde lo habíamos dejado, tenemos que contraponer a la línea *una Nación, una Clase, un Partido* que defienden los miembros de la Plataforma por la Constitución del EhAK, la verdadera línea comunista de *una Clase, un Estado, un Partido*, línea que se interpretaría en los siguientes términos: una única clase mundial, creada por el capitalismo y llamada a superarlo revolucionariamente, organiza su lucha unitaria en función de los distintos marcos políticos en los que confluyen y toman cuerpo las contradicciones entre las distintas clases sociales, dotándose para ello de los instrumentos políticos necesarios, cuya más alta expresión es el Partido Comunista.

Para concluir esta crítica de la *teoría del marco de actuación*, añadiremos una cosa más. Como ya sabemos,

(59) Ibid., p. 56.

nuestras camaradas de la Plataforma consideran de suma importancia dejar claro no sólo "por qué vamos a luchar", sino también "dónde", de manera que, para ellos, "es un requisito indispensable para la labor de Reconstitución determinar *donde* va a actuar la vanguardia marxista-leninista" (60). Seguidamente, se plantean si existe una clase obrera vasca y, de existir, cómo o con quién debe organizarse (con el PCE y el PCF o de manera independiente). También conocemos las respuestas, que se derivan de la falsa conclusión de que "desde la implantación del capitalismo [el sistema de clases en Euskal Herria] se ha movido esencialmente en torno a la lucha entre la clase obrera vasca y la clase burguesa vasca" (61). Creemos que sólo con el pequeño repaso que hemos dado a la historia de la burguesía vasca ha quedado meridianamente claro que, sobre todo su fracción más poderosa, forma parte del bloque dominante español que se ha organizado como Estado imperialista. En otras palabras, la burguesía vasca no sólo **se enfrenta a la totalidad de las masas del actual territorio español**, sino que patrocina —y el capital financiero vasco en mayor medida incluso que otras fracciones nacionales de la burguesía que componen aquel bloque— la expansión imperialista del Estado español, **participando en la opresión y en la explotación de las masas allende sus actuales fronteras** (62). Más aún —por lo que toca a nuestra clase—, el desarrollo del capitalismo en Euskal Herria ha favorecido y facilitado la fusión internacional del proletariado en esas tierras, de manera que el proletariado inmigrante no vasco **también** es explotado allí por la burguesía vasca. Entonces, ¿por qué imponer fronteras en el interior de la clase?, ¿por qué no transformar la fusión internacional de los obreros que produce el capitalismo en el plano económico en **unidad política** consciente de clase, y por qué no **extenderla** fuera de sus lindes nacionales?

Pero no va dirigida en esta dirección nuestra última anotación crítica a la *teoría del marco de actuación*. A lo que nos queremos referir, finalmente, es a la supuesta necesidad de dar respuesta al interrogante que plantea esta teoría, respuesta obligada y considerada como *requisito* para la Reconstitución del Partido. Si la Reconstitución es un proceso de fusión de la ideología revolucionaria con las masas, proceso que culminaría en la obtención de un **Programa** para la Revolución Socialista como máximo exponente de esa unidad entre la teoría revolucionaria y la actividad práctica de las masas —tesis con la que parecen estar de acuerdo los camaradas de la Plataforma—, y que se presentaría como el requisito último del Partido Comunista, entonces, imponer la delimitación del *marco de actuación* también como prerrequisito para el Partido no es más que una tautología, algo que está de sobra porque se sobreentiende incluido en el Programa. Efectivamente, si éste establece las reivindicacio-

(60) Ibid., p. 52.

(61) Ibid., p. 53. En negrita en el original.

(62) En cambio, nuestros camaradas están convencidos de que el Estado español (y el francés) sirve sólo a la burguesía española (y francesa) y que en él no participa la burguesía vasca: "En Euskal Herria, por tanto, la lucha antiimperialista, que es universal y fundamentalmente idéntica a todo el proletariado mundial, se manifiesta de forma particular y específica en la lucha contra la opresión que sufre por parte de los Estados español y francés, valedores de las burguesías de esos países" (Ibid., p. 54).

nes revolucionarias de las masas y las medidas transformadoras en el camino del Socialismo, es porque ambas exponen los puntos de enfrentamiento entre las clases contendientes, de forma que su aplicación permita la ofensiva de las fuerzas que luchan por el Socialismo. El Programa contiene, por tanto, el lineamiento estratégico y táctico de todas las clases decisivas involucradas en el enfrentamiento social, y es la implicación de ellas en función de sus intereses en ese enfrentamiento, al que se ven empujadas por las contradicciones objetivas de la sociedad, lo que dibuja los verdaderos perfiles del auténtico *marco de actuación* revolucionario. No es preciso, por consiguiente, delimitarlo de antemano, al menos en términos territoriales, en términos que no son estrictamente políticos.

Una cosa sí está clara de principio: que el proletariado vasco comparte problemas y aspiraciones comunes con el resto del proletariado del Estado español —incluida la opresión nacional—, y que ambos tienen un enemigo común, la dictadura del capital organizada a través de ese Estado. Esta *alianza* internacional del proletariado en el seno del Estado español, el principio de la unidad internacionalista de la clase obrera, debería haber sido el primer criterio que guiase la redacción del *Manifiesto político* de la Plataforma por la Constitución del EhAK; sin embargo, estos camaradas, haciendo profesión de fe nacionalista, se han olvidado del proletariado español, gallego o catalán en su "sistema de contradicciones de clase" (63), y han preferido dejar solo al proletariado vasco frente al Estado español, frente al sistema imperialista de alianzas de clase internacional de la burguesía española.

Caminos trazados

El *Manifiesto político* de la Plataforma por la Constitución del EhAK toca, principalmente, cuestiones de principios y los elementos estratégicos fundamentales que supuestamente deben interesar al proletariado vasco. Las cuestiones tácticas apenas si son esbozadas: ya vimos cómo estos camaradas no terminan de decidir si la revolución en Euskal Herria debe cubrir una o dos etapas. Incluso, el "sistema de contradicciones" sociales que describen no se base en el análisis de conflictos realmente existentes, ni en el descubrimiento de alguna tendencia en torno a la que ese sistema pueda orquestarse, sino en un ordenamiento hipotético, establecido —una vez más— *a priori*, de los grupos y clases sociales cuyos intereses, tal vez, puedan colisionar en algún momento. Así, por ejemplo, hablan de la contradicción entre "la burguesía vasca y las burguesías española y francesa", contradicción que jamás existirá **como tal**, dada la profunda diferenciación socioeconómica que históricamente ha tenido lugar en el interior de la clase burguesa vasca y su diferente alineamiento en relación con el poder estatal. En todo caso, habría que hablar de la contradicción —para aquende la muga— entre la pequeña y la mediana burguesía nacionalista, de una parte, y la burguesía española (en la que quedaría incluida la gran burguesía monopolista vasca), de otra. También hablan de la contradicción entre las masas populares y el proletariado vasco, por un lado, y las masas populares y el proletariado español (y francés), por otro. Pero no

(63) Cf. *ibid.*, p. 53.

dicen nada de su naturaleza; sólo que su carácter es "no antagónico". No dicen que, actualmente, la contradicción antes señalada entre burguesía nacionalista vasca y burguesía españolista (o sea, la burguesía nacionalista española) es la principal contradicción que vive Euskal Herria gracias a la exacerbación nacionalista que alimentan la política del Estado español y ETA, y que ambos bandos han conseguido apoyarse en importantes sectores de las masas (y de manera significativa, la burguesía españolista en un sector de las masas populares vascas), de forma que ese enfrentamiento puede conducir a la guerra nacional —en la que saldrían perjudicados ambos pueblos—, lo que convertiría esa contradicción en **antagónica**. Como no dicen nada acerca del actual conflicto nacional en Euskal Herria, nuestros camaradas han perdido la ocasión para denunciar la índole **reaccionaria** de toda "contradicción" entre las masas populares de distintas naciones desde el punto de vista de la causa proletaria, como lo está siendo en la actualidad conducida por el Estado español y la burguesía nacionalista radical vasca. Pasar por alto consideraciones de la mayor importancia como éstas, nos lleva a pensar que el "sistema de contradicciones" que nos ofrecen los de la Plataforma en su documento es más una enumeración **formal** de los grupos sociales de interés que el producto de un análisis objetivo de la sociedad.

Aunque el documento no profundiza en las cuestiones tácticas, los elementos ideológicos y políticos que sitúa y, sobre todo, el orden de prioridades con que los coloca, nos llevaron a encontrar en el documento de nuestros camaradas importantes similitudes con una corriente política que se remonta a la época de las revoluciones burguesas y en cuya tradición consideramos acertado ubicarlo: el **nacionalismo revolucionario**. Y no porque estos camaradas defiendan la tesis de una revolución burguesa para Euskal Herria al clásico estilo del siglo XIX —que no lo hacen, aunque sí hablan de la supuestamente "inconclusa revolución democrático-burguesa vasca (64)—, sino porque aquella tradición halló, desde los años 50 de este siglo, y con las diferencias propias de dos épocas separadas en el tiempo y con un carácter social distinto, un nuevo empuje en el marco de la lucha anticolonial en

(64) Ibid., p. 54. Los equívocos e incorrectos presupuestos teóricos de los que parten, la indefinición táctica y la falta de un análisis social basado en procesos reales conducen a nuestros camaradas a este tipo de aseveraciones cuasi gratuitas. Si ellos mismos reconocen que el modo de producción capitalista domina ya en Euskal Herria, ¿qué sentido tiene hablar de "inacabada revolución burguesa"? ¿Es que ésta tiene otro cometido que implantar las relaciones sociales capitalistas, el modo de producción capitalista? Evidentemente, estas incongruencias sólo explican la necesidad que tienen estos camaradas de abrir forzosamente un margen a la posibilidad de una revolución "en dos fases" por causa del *problema nacional* (problema que se reduciría, entonces, a la cuestión de las relaciones democráticas entre las naciones y a la cuestión cultural). Pero aquella posibilidad no tiene sentido ni desde el punto de vista económico, ni desde el punto de vista marxista.

el mundo, de manera general, y de forma muy particular, encontró continuidad, desde finales de esa década, en la misma Euskal Herria. Es con esta tradición, precisamente, con la que enlazan directamente los argumentos y las principales tesis políticas que esboza el *Manifiesto* de la Plataforma por la Constitución del EhAK.

Tras la Segunda Guerra Mundial, se inician en el mundo los procesos de descolonización encabezados por movimientos de liberación nacional que mezclaban en sus programas el nacionalismo y el socialismo de inspiración marxista (debido a la favorable influencia que sobre ellos tuvo la reciente instauración del *campo socialista*; aunque la fidelidad al marxismo de esos programas socialistas casi siempre dejaba mucho que desear). Las experiencias de Vietnam —con su victoria sobre el colonialismo francés—, Cuba y Argelia, fueron los ejemplos paradigmáticos que casi todos los pueblos sometidos por el imperialismo quisieron continuar. En 1957, cuando el grupo que publicaba la revista *Ekin* (Acción) se escindió del PNV, se inició en Euskal Herria un movimiento de similares características a esos otros que se estaban dando en América, África y Asia, y que se conocería con el nombre de ETA (*Euskadi Ta Askatasuna* —Euskadi y Libertad). Al principio, este grupo se diferenciaba del nacionalismo *jelkide* (peneuvista) en la mayor radicalidad de sus posiciones nacionalistas (apuesta claramente por la independencia), en el absoluto rechazo a todo tipo de connivencia con el régimen español y en su disposición activista y beligerante contra el Estado. El telón de fondo ideológico, sin embargo, apenas si fue modificado (lo más destacable sería la sustitución de la base de la identidad vasca del aranismo —la raza— por la lengua), aunque ya desde su I Asamblea (1962) ETA se definía como *Movimiento Revolucionario de*



"Capitalistas de todos los países, uníos", mientras enfrentan a los trabajadores de distintas nacionalidades

Liberación Nacional, si bien el término *revolucionario* obedecía más a una etiqueta de moda que a un explícito ideario anticapitalista (en su primer programa, ETA habla de economía mixta, de convivencia entre capital y trabajo y de democracia en general; como mucho, se detecta la influencia del socialismo de corte humanista). Pero, aunque el marxismo —desde la influencia de la obra de Mao— empieza a introducirse tempranamente en alguna de las corrientes de ETA, es a partir de la IV Asamblea (1965) cuando comienza a inspirar la línea ideológica y política de la organización. Entre 1965 y 1972, tiene lugar en el movimiento de liberación nacional vasco (MLNV) un importante período de lucha de dos líneas entre un marxismo que trata de encontrar un discurso consecuente y diversas corrientes del nacionalismo radical, una lucha —podríamos concluir— entre el internacionalismo proletario y el nacionalismo burgués por comandar la política de ETA, lucha de la que finalmente aquél saldrá derrotado. La V Asamblea de ETA será el momento culminante donde las principales corrientes de esta organización se enfrentarán y cuyo resultado final explicará tanto la futura trayectoria de ETA como el carácter de clase que finalmente dominará su política. En este sentido, consideramos que el documento de la Plataforma por la Constitución

del EhAK está planteando, en la actualidad, la misma problemática que la que tuvo lugar en el MLNV hace 30 años; que este texto, igualmente, contiene latente el enfrentamiento entre aquellas dos mismas líneas y que para su correcta resolución es preciso estudiar y reflexionar sobre ese período de la historia del pueblo vasco. Nosotros no pretendemos dar una completa respuesta a este asunto, ni solucionar lo que debe encontrar respuesta en el debate que sobre todo deben protagonizar estos camaradas, pero sí nos gustaría ofrecer nuestra opinión sobre los principales momentos y las principales tendencias de esa lucha.

La dirección salida de la IV Asamblea, la Oficina Política, estaba dominada, tras la detención de Zalbide, por Patxi Iturrioz y Eugenio del Río, quienes, desde el verano de 1965, iniciaron una rectificación en clave marxista de la línea de ETA, a través de los contenidos de los artículos publicados en su órgano central, *Zutik!* (¡En pie!). En general, en este momento, *Zutik!* se decantaba más por la lucha de masas y por la tesis de la lucha de clases como medio para la transformación política, que por la lucha guerrillera; asimismo, veía en la clase obrera y en el apoyo a las emergentes Comisiones Obreras la base fundamental para alcanzar sus fines, más que la tradicional idea de alianza con la mediana burguesía vasca encuadrada en el PNV. Finalmente, terminó llegando a la conclusión de que sólo el derrocamiento del régimen franquista a través de la unión con el resto de las fuerzas opositoras, tanto dentro como fuera de Euskal Herria, podría traer la libertad para la nación vasca, por lo que el escenario de la lucha debería trasladarse a todo el territorio estatal y no limitarse únicamente al teatro de operaciones del territorio vasco. Como corolario de todo esto, *Zutik!* renunciaba o rebajaba algunos puntos del programa nacionalista de ETA, como, por ejemplo, el del euskera como lengua oficial, que era sustituido ahora por el principio de la equiparación y de la igualdad entre las lenguas.

La reacción del sector nacionalista de ETA fue encabezada por Txillardegui, que pronto interpretó la nueva línea editorial de *Zutik!* como una *infiltración españolista* en la organización y como un intento de convertirla en un partido marxista-leninista. Desde su exilio belga, Txillardegui encabezó la oposición a la Oficina Política con la publicación de la revista *Branka*, que trató de aglutinar el creciente descontento entre las filas nacionalistas de ETA. Txillardegui era partidario del Frente Nacional vasco para la unificación e independencia de Hegoalde, Iparralde y Nafarroa, y contrario al Frente de clase *españolista*. Especial preocupación despertó en él —uno de los principales teóricos en Euskal Herria de la lengua como agente moldeador y diferenciador de la concepción del mundo de cada pueblo—, el *descuido* de la defensa del euskera por parte de *Zutik!*, y, en general, la subordinación del problema nacional a la lucha de clases, que, según él, implicaba el *olvido* de la opresión cultural y étnica que vivía Euskal Herria. Pero fue el trabajo de organización del sector opositor en el interior de Hegoalde, que encabezaron Jose M^a Escubi y los hermanos Etxebarrieta, lo que propició la caída de la dirección. Estos dirigentes no defendían unas posiciones tan nacionalistas como las de Txillardegui; más bien, trataron de encontrar una síntesis ideológica y programática entre el nacionalismo y el marxismo. Sin embargo, no dudaron en unirse al grupo de aquél para expulsar a la Oficina Política, hecho que consiguieron con maniobras que más se asemejaron al golpe de mano que a un procedi-

miento democrático decidido desde las bases de la organización. En diciembre de 1966, Escubi reunió a la V Asamblea de ETA en el pueblo guipuzcoano de Gaztelu sin invitar a los miembros de la Oficina Política. El único punto del orden del día era la expulsión de la dirección. Los seguidores de la Oficina Política que asistieron, sorprendidos por la arbitraria ausencia de sus dirigentes, abandonaron la Asamblea. Fue la primera escisión de la historia de ETA. A partir de aquí, ETA se dividirá en dos ramas: el sector vencedor en la V Asamblea, que será conocido como ETA-bai (ETA-sí) y que dará continuidad histórica a la organización; y el sector expulsado, conocido como ETA-berri (nueva ETA) hasta agosto de 1968, cuando pasará a denominarse *Komunistak* (igual que su revista) y que, en 1972, será la base de la fundación del partido denominado Movimiento Comunista de España (MCE).

En marzo de 1967, tiene lugar la Segunda Parte de la V Asamblea en Guetaria. En el tiempo transcurrido entre los dos encuentros, había tenido lugar el alejamiento de las dos corrientes que se habían unido para expulsar a la Oficina Política. En esta ocasión, el grupo de Escubi y Txabi Etxebarrieta logran aislar al autodenominado *Grupo socialista* de Txillardegui y aprobar su *Informe verde*, un programa con claras influencias marxistas. En este programa, ETA se define como *movimiento socialista vasco de liberación nacional* inspirado por el *nacionalismo revolucionario*, que es “la liberación del Pueblo y del hombre vasco: es la negación total de una realidad actual, opresora. Esa negación total sólo la puede efectuar el Pueblo Trabajador Vasco a través de su situación como clase explotada. Por eso, la lucha nacional del Pueblo Vasco es una afirmación socialista” (65). La acuñación del concepto de *Pueblo Trabajador Vasco* (EHL) es una de las innovaciones teóricas de la V Asamblea. Con este concepto, nunca bien definido y siempre lo suficientemente ambiguo para ser interpretado a conveniencia, ETA creía poder superar la contradicción entre lucha de liberación nacional y lucha de clases.

Curiosamente, es el mismo concepto que los de la Plataforma por la Constitución del EhAK sitúan en la base social de su revolución vasca, definiéndolo casi en los mismos términos que ETA-bai. Aunque, eso sí, con las importantes salvedades de que nuestros camaradas ponen más el acento sobre el componente **laboral** de la sociedad vasca — más que sobre el componente **oprimido** nacional y culturalmente de ETA-bai—, y que toman al proletariado en su conjunto, sin distinguir entre proletariado vasco e inmigrante, como hacía ETA-bai (66). Ciertamente, si en cuanto al análisis sociológico de la burguesía vasca, ETA-bai fue más consecuente con el marxismo que nuestros camaradas de la Plataforma, al distinguir entre la burguesía monopolista vasca aliada a la oligarquía española —considerándola,

(65) ETXEBARRIETA, Txabi: *Ideología oficial de Y*; en LORENZO ESPINOSA, José M^a.: *Txabi Etxebarrieta. Armado de palabra y obra*. Ed. Txalaparta. Tafalla, 1994; p. 239.

(66) Para ETA-bai, el EHL estaba formado por el proletariado vasco y los diversos elementos oprimidos de otras clases sociales. Para la Plataforma por el EhAK, el EHL está formado por el “conjunto de las masas laboriosas de Euskal Herria a ambos lados de la muga (...) agrupadas en torno al proletariado” (*Manifiesto político*, p. 55).

por ello, no vasca sino española, lo cual ya no es tan marxista— y burguesía media o no monopolista, mientras nuestros camaradas se han limitado a tomar a la burguesía vasca en bloque, sin mayores consideraciones; en cuanto al análisis del proletariado vasco, al menos, nuestros camaradas sí defienden un punto de vista más internacionalista que el exclusivismo nacionalista de ETA-bai: los de la Plataforma toman, igualmente, al proletariado que trabaja en Euskal Herria como un todo, mientras que los de ETA-bai distinguían entre proletariado vasco y proletariado inmigrante, dividiendo a este último entre el sector dispuesto a euskaldunizarse y el sector “socioculturalmente español [que] deja al margen de su lucha los elementos socioculturales de base que no pueden ser abandonados por el pueblo vasco, y [que] por consiguiente, contribuye objetivamente a la explotación que ejerce la oligarquía sobre el pueblo vasco” (67).

Inspirados en las luchas anticolonialistas de la época y por la traducción que Federico Krutwig había hecho de ellas para las condiciones de Euskal Herria, la V Asamblea decidió que Euskal Herria era una colonia, y que la táctica de lucha apropiada era la guerra de guerrillas (que se sostenía sobre el principio de *acción-reacción*) y del trabajo en varios frentes. Se crearon 4 frentes: militar, obrero, político —elaboración teórica y dirección política del movimiento nacional— y cultural —para atraer a la burguesía nacionalista en torno a la idea de promoción de la cultura vasca—. La cuestión de la construcción del Frente Nacional —la alianza del proletariado con la pequeña burguesía y la burguesía no monopolista— será uno de los principales caballos de batalla del sector nacionalista de ETA, y servirá de eje para la unión del sector de Escubi y de Txillardegui contra la Oficina Política. Era ésta una de las cuestiones fundamentales sobre las que había insistido Krutwig: “El nacionalismo revolucionario trasladado a Euskalherria, parte del hecho de una ocupación extranjera (política, cultural, económica y militar). La respuesta a esta situación debe darla una agrupación de fuerzas nacionales vascas, en la que puedan participar elementos de la pequeña y mediana burguesía, bajo la dirección ideológica del proletariado” (68). Es decir, el Frente Nacional como soporte táctico principal que resuelva el problema nacional. Una vez realizado esto, se abrirán las puertas para la lucha de clases dentro de una Euskal Herria liberada con el fin solucionar la cuestión social. Para Krutwig, éste era el orden del proceso revolucionario, por eso se rebeló contra la tesis de la Oficina Política y de ETA-berri del frente clasista internacionalista que ponía la cuestión social como

el primer punto del orden del día de la revolución. Como vemos, desde las incompletas nociones tácticas que ofrece el documento de la Plataforma por el EhAK, estos camaradas están más cerca de ver la relación entre liberación nacional y liberación social al modo de Krutwig y ETA-bai que al de la línea internacionalista de ETA-berri.

En el debate entre las ramas de ETA, se pondrán sobre el tapete los elementos ideológicos y políticos fundamentales del enfrentamiento entre dos líneas —una internacionalista y otra nacionalista— que rebrotarán sucesivamente a lo largo de la evolución de ETA-bai hasta el triunfo definitivo de la línea nacionalista, y que, de alguna manera, ha vuelto a revivir la Plataforma por la Constitución del EhAK. Repasemos los principales puntos de la crítica de ETA-berri y *Komunistak* a la línea de ETA-bai.

En primer lugar, ETA-berri considera que el destierro ideológico del nacionalismo y la adopción del marxismo-leninismo eran la consecuencia lógica de la evolución de la organización desde que ésta adoptó el socialismo en la IV Asamblea. En este sentido, *Komunistak* declaraba:

“A este respecto, hemos de decir que los comunistas no partimos de una concepción nacionalista del mundo y que entendemos que la asimilación de las nacionalidades y la disolución de las peculiaridades nacionales son fenómenos que forman parte de un amplio proceso de unificación económica, política y cultural de la humanidad, de signo claramente progresista en tanto que ha de significar numerosas ventajas para toda la población del mundo.

No dudamos que este proceso culminará en una integración mundial completa, que en el plano lingüístico sólo se realizará avanzada ya la fase comunista de la historia humana. Hemos dicho que no estamos, en principio, en contra de la asimilación de los rasgos de una nacionalidad por otra. A ello hay que añadir: siempre que esta asimilación no resulte de una opresión o privilegio nacionales. Así pues, estamos en contra de la opresión pero no de la asimilación, cuando se realiza sin opresión” (69).

Desde este planteamiento, ETA-berri se pronuncia, como la defenestrada Oficina Política, por el derecho a la autodeterminación nacional como principio programático, frente al independentismo de ETA-bai.

El mantenimiento del nacionalismo como presupuesto ideológico era, para ETA-berri, el mejor indicio de que ETA-bai expresaba el punto de vista de clase de la pequeña burguesía vasca. De hecho, cuando la V Asamblea se refiere a los pequeños propietarios rurales vascos, señala que “tienen poca importancia en la producción global” y “están condenados a desaparecer”, y aunque son “conservadores y tradicionalistas” y “continúan sometidos a sus hábitos



Combatientes comunistas vascos durante la Guerra Civil española

(67) Cf. BRUNI, Luigi: *ETA. Historia política de una lucha armada*. Ed. Txalaparta, Tafalla, 1988. Tomo 1. p. 85.

(68) LORENZO ESPINOSA: *Op. Cit.*, p. 66.

(69) BRUNI: *Op. Cit.*, p. 76.

prefeudales”, sin embargo, “por una mezcla de tradicionalismo y conciencia nacional, son el bastión del euskera y abertzales en su mayoría” (70). El pequeño propietario rural no sólo constituía el pilar cultural y espiritual del movimiento de liberación vasco, sino que posteriormente, en las sucesivas crisis de la organización, se mostrará también como su principal base social y política. En esto radica la principal contradicción, en términos históricos, de ETA: que pretendiéndose convertir en un movimiento de liberación nacional fundado sobre la clase revolucionaria moderna, no fue capaz de integrar la principal fuente ideológica en que se inspiraba —la cultura del caserío rural euskaldún— con el carácter internacionalista de esa clase. Esta contradicción era inconciliable. Sólo una de las dos fuerzas podía dar un discurso político y una práctica coherentes a ese movimiento; sólo una de ellas podía prevalecer, como así fue: el socialismo reaccionario del campesino y del pequeño propietario nacionalista. En la práctica, y aunque en su discurso político los términos apareciesen invertidos, la línea de ETA-bai expresaba el intento de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial desplazada vascas por atraerse a las masas de la clase obrera en su lucha contra el capital monopolista y contra el centralismo español, para lo cual, el primer requisito era el de separar al proletariado vasco del resto del proletariado del territorio del Estado español. El programa nacionalista, presentado con verborrea revolucionaria (*nacionalismo revolucionario*) debía cumplir esta función. A la larga, los elementos proletarios más conscientes y consecuentes del movimiento debían separarse.

Como ETA-berri nunca renunció al nacionalismo como posición política básica:

“En lugar de analizar las causas de la actual opresión nacional y de indagar su naturaleza social y su carácter de clase, ETA-bai reacciona —dentro del marco de la ideología aranista— de un modo ant-español, no exento de racismo. (...).

El prejuicio anti-español se pone de manifiesto continuamente cuando se trata de designar nacionalmente a la oligarquía, el Estado, el pueblo, la cultura... Por ejemplo, cuando se habla de la oligarquía de origen vasco se dice que no es vasca porque el capital no tiene patria, sin embargo, continuamente nos encontramos los términos ‘oligarquía española’, ‘policía española’, ‘ejército español’, etc. Si es cierto que los reaccionarios no tienen patria, no es justo que les llamemos españoles (aunque su ideología nacionalista tenga un signo españolista). Son detalles, pero cuando se emplea el término ‘español’ sistemáticamente para designar ‘lo malo’ y ‘vasco’ solamente para ‘lo bueno’, se está actuando con prejuicio chovinista” (71).

(70) ETXEBARRIETA: *Op. Cit.*, p. 241.

(71) BRUNI: *Op. Cit.*, 76 y 77.

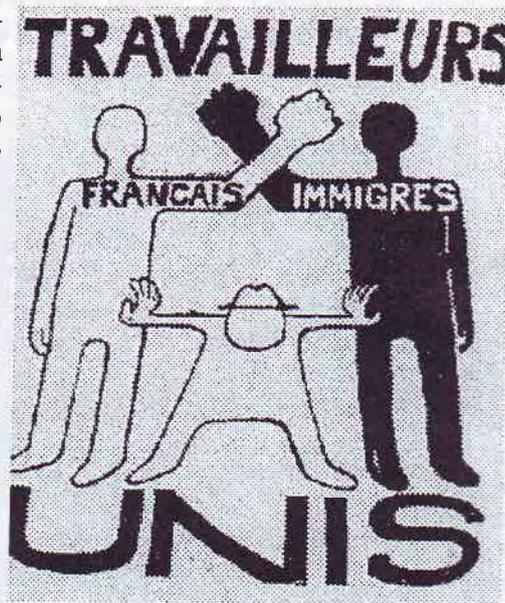
En cuanto a la consideración de Euskal Herria como una colonia:

“Ante tamaña mistificación nos vemos en la obligación de contradecir a ETA-bai. Euskadi no es una colonia de Castilla y Andalucía. Euskadi está explotada por la oligarquía como lo están los demás pueblos y nacionalidades que sufren el yugo del franquismo. No hay una contradicción entre los intereses del pueblo vasco y del pueblo castellano (como no la hay entre el pueblo vietnamita y la población de los EE.UU.). Por el contrario, hay una identidad de intereses y un enemigo común ante el que es necesario unirse estrechamente. Es para nosotros indiscutible que la revolución popular ha de traer para Euskadi la libertad nacional, el fin de la opresión nacional. Pero la libertad ha de ser el fruto no de una lucha contra castellanos y andaluces sino del derrocamiento del régimen dictatorial franquista” (72).

Esta disposición de fuerzas sociales y esta designación del enemigo fundamental nos parecen también hoy las más apropiadas para resolver la cuestión nacional en España, y no el aislacionismo nacionalista que comparten ETA-bai y la plataforma por la Constitución del EhAK.

Respecto a la división nacional del proletariado que trabaja en Euskal Herria efectuada por ETA-bai, *Komunistak* dice:

“Sabemos también que entre los trabajadores recién inmigrados (venidos en la mayor parte de los casos de zonas rurales o semi-rurales de Castilla o Andalucía) la despolitización, en general, y el prejuicio anti-vasco (tan fomentado por el régimen), en particular, son moneda corriente. Pero lo que nosotros no haremos



Cartel del Mayo '68 francés:
"Trabajadores franceses e
inmigrantes, unidos"

(72) *Ibid.*, p. 77. El documento de la Plataforma por el EhAK no trata este problema abiertamente, sin embargo, señalan que **"Euskal Herria viene siendo objeto de una sobreexplotación imperialista por parte de las burguesías española y francesa, acompañada de una imposición lingüística y cultural"** (*Manifiesto político*, p. 53). El concepto económico de *sobreexplotación* revela la idea de economía subordinada y dependiente, en el mismo sentido que, en la actualidad, los países periféricos sometidos a los centros imperialistas. Bajo esta interpretación, podríamos considerar que los de la Plataforma coquetean con la tesis de Euskal Herria como colonia española, lo cual es insostenible y contraria a la tesis que defendemos de la integración económica de Euskal Herria en el marco de relaciones imperialistas del Estado español como centro de poder del capitalismo financiero. De hecho, la propia ETA fue abandonando la tesis de Euskal Herria como colonia ya por la época de los debates previos a la VI Asamblea (1970). Francisco Letamendía, militante destacado de ETA en el período que abrió esa Asamblea, lo deja bien claro. Al comparar la situación socioeconómica y política de Euskal Herria con la de los países del *tercer mundo*, dice: "No es este el caso de Euskadi. El capitalismo no es un producto forastero, sino interno; la opción de los monopolios — surgidos en Euskadi y no fuera del país— por el Estado español dimana de las leyes mismas del desarrollo capitalista" (ORTZI: *Los vascos*. Ed. Hordago. Donostia, 1978; p. 61).

nunca es apoyarnos en esa despolitización y en esos prejuicios para romper con ellos, para considerarlos como extraños al pueblo de Euskadi, como vascos de segunda categoría... Son objetivamente parte de nuestra clase obrera y parte del pueblo vasco y haremos cuanto esté en nuestra mano para que tomen conciencia de ello.

Si cuantos creemos que los trabajadores inmigrados no son ya un aliado natural sino una parte constitutiva del pueblo vasco, somos anti-abertzales para ETA-bai, no nos cabe duda de que estamos hablando de dos patriotismos diferentes. Más aún, estamos persuadidos de que el patriotismo y las reivindicaciones de tales 'abertzales' nada tienen de abertzales; son ni más ni menos, los elementos de una mística nacionalista irracional y anti-popular de la que el pueblo vasco no dejará de emanciparse tarde o temprano" (73).

Los de la Plataforma, como ya hemos indicado, no establecen esta separación nacionalista del proletariado vasco, pero sí la realizan dentro del territorio del Estado español, al desligar al proletariado vasco del resto, y lo que esto trae consigo, al no considerar a este último **ni siquiera como aliado** de aquél para la realización de las tareas revolucionarias. El exclusivismo nacionalista de estos camaradas alcanza aquí su extremo más chovinista: prefieren rechazar el apoyo de millones de obreros con tal de que nadie toque *su* parcela revolucionaria. De esta manera, estos camaradas **desvinculan** peligrosamente, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, **el problema de la liberación de Euskal Herria del de la destrucción revolucionaria del Estado español**. Lo cual acerca en gran medida su línea política al *nacionalismo revolucionario* de ETA y la aleja del internacionalismo revolucionario del Comunismo.

En cuanto a la cuestión de la opresión cultural (lingüística), dicen los de *Komunistak*, citando a Txillardegi:

"El lenguaje expresa una determinada concepción del mundo y de la vida, cada pueblo analiza los hechos y los problemas a través de su propia experiencia y así juzgará justo lo que otro considere injusto, bello lo que otro considere horroroso, etc." Todo esto se debe al hecho de experiencias específicas diferentes.

El lenguaje hace posible pues la transmisión de la experiencia y de esa forma crea la Historia. Esta es la inversión de la realidad en la que caen los txillardegianos.

Primero, se separa el lenguaje del pensamiento, lo cual es ya una tergiversación de la realidad pues el lenguaje no existe sino en tanto que es hablado (en otras palabras: el idioma no existe independientemente del pensamiento que le da vida). (...). En segundo lugar se niega al lenguaje la función de vehículo del pensamiento. Una vez atribuida a la lengua una virtualidad absoluta en materia de visión del mundo (el pueblo que habla una lengua considerará justo lo que otro pueblo de idioma distinto considerará injusto), no es difícil

deducir que el castellano, la lengua de los guardias civiles y de los falangistas, determina una visión del mundo reaccionaria y que el euskera, lengua de un pueblo oprimido, no puede sino expresar el bien.

De este modo ETA-Bai hace del euskera un fetiche que coadyuva eficazmente a sostener sus posiciones de casta. Mientras que para nosotros es precisamente el sector de la población euskaldun quien sufre directamente la opresión lingüística, para ETA-Bai es todo lo contrario, puesto que la opresión la constituye el hecho de ignorar el euskera" (74).

Por lo que la correcta política lingüística deberá ser aplicada según el criterio de igualdad entre los idiomas:

"¿Cuál será, en fin, la política lingüística de Euskadi cuando se vea libre de sus enemigos? En este terreno ETA-Bai es particularmente parca: euskerización. Esto está bien. Nosotros también somos partidarios de la euskerización, de una euskerización que deberá desarrollarse dentro del cuadro de un bilingüismo vo-

luntariamente implantado en una sociedad democrática. Pensamos que tal euskerización forma parte de la política que ha de acabar con la opresión lingüística y abrir paso a una sólida integración nacional que nunca ha conocido el pueblo de Euskadi.

Ahora bien, ETA-Bai no habla de bilingüismo, habla de euskerización. Esto, no podemos asegurar que responda a un comporta-

miento fascista cuya finalidad fuera la de sustituir la dictadura del castellano por la dictadura del euskera como en el caso de Txillardegi, por ejemplo. Lo que sí podemos y debemos afirmar es que la sola preocupación por la euskerización —y no por la igualdad— revela un estrecho espíritu de casta y un raquíctico sentido democrático" (75).

Finalmente, en relación con los planteamientos ideológicos y tácticos de ETA-bai:

"El odio de Sabino Arana por el socialismo es bastante conocido. Sus actuales seguidores [ETA-bai], no obstante, siendo tan enemigos como él del socialismo, no tienen reparos en declararse socialistas aunque, naturalmente, socialistas 'humanistas', es decir, anti-comunistas. La verdad es que una vez que Harold Wilson ha puesto el 'socialismo' al alcance del imperialismo, nada tiene de particular que el mismo equipo dirigente del Partido Nacionalista Vasco (cuyas conexiones con los Estados Unidos son tan patentes) diga —como lo hace últimamente— que está a favor del 'socialismo humanista'.

ETA-Bai dice querer 'la revolución'. Pero, ¿qué revolución? Cuando se trata de concretar contra quién ha de librarse la lucha revolucionaria y para qué, sin saber lo cual es imposible definir una política, las contradicciones, generalidades y vacuidades están al orden del día. (...).

(74) Ibid., p. 79.

(75) Ibid., p. 80.

(73) Ibid., pp. 78 y 79.



ETA-Bai a pesar de sus pretensiones de independencia de cara al viejo Partido Nacionalista, está completamente subordinada a él. (...).

ETA-Bai seguirá siendo lo que es —un destacamento radicalizado del vasto movimiento dominado por el P.N.V.— mientras permanezca asentada sobre las bases ideológicas que le han dado vida. (...).

ETA-Bai se ha lanzado al activismo seducida por el blanquismo contemporáneo que preconiza la creación del grupo armado antes de haberse creado el movimiento político ligado a las masas. Son numerosos los textos en los que hace gala de un cierto culto a la 'acción' como superadora de las divergencias ideológicas. 'La acción' nos une; 'la acción' es lo principal. Esta es la tesis. Naturalmente, el estudio, la práctica-teórica, la discusión ideológica serán consideradas como tareas de orden secundario. 'La acción' en realidad es el activismo más o menos anárquico encaminado a atraer hacia su organización a los sectores influenciados por el P.N.V. Así marchará ETA-Bai sin una línea política, sin un programa, sin un planteamiento medianamente elaborado relativo a los grandes problemas del movimiento popular vasco.

Precisamente uno de los temas predilectos de los responsables de la propaganda de ETA-Bai es el de 'la espiral acción-represión'. Quien haya leído algunas publicaciones suyas ha tenido que tropezar forzosamente con este tema. Y

¿qué es eso de la 'espiral acción-represión'? Más o menos lo siguiente: ETA-Bai no se detiene aquí. Del efecto politizador que en determinados casos produce la represión policial viene a deducir que la represión tiene en general la virtud de elevar el nivel de la lucha.

Esta funesta 'teoría' ha sido la contrapartida ideológica y la justificación de un activismo polarizador de la atención de ETA-Bai y de sus seguidores, de un activismo sin futuro, de un activismo romántico y aventurero. (...).

A pesar de su pretensión de sostener cuatro frentes, lo cierto es que ETA-Bai, tras la escisión de ETA, se consolidó como una organización estrictamente activista.

Esto ha traído como consecuencia el que la organización acabara dedicándose primordialmente a la realización de unas cuantas acciones directas y a la propaganda, quedando al margen del imprescindible trabajo dentro del movimiento de las masas populares y, por otro lado, sometándose a una prueba que, cuando se carece de una reserva que permita la renovación y el sostenimiento que requieren los grupos activistas, se salda inevitablemente con la sucesión de una derrota tras otra ante las fuerzas de la represión" (76).

ETA-berri y Komunistak continuaron evolucionando por el camino del internacionalismo proletario hasta rom-

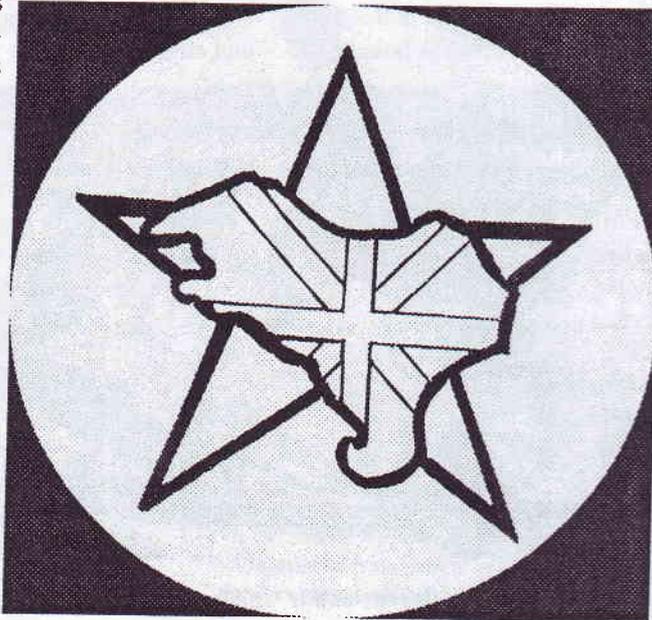
per con el nacionalismo incluso en el plano orgánico, pasando a organizarse —como ya hemos dicho— en partido estatal. Independientemente de que esa evolución fuera o no acorde con el marxismo-leninismo (cuestión que desborda el cometido de este estudio y que corresponde a otro debate), hay que destacar que representó la línea más consecuente con el internacionalismo proletario dentro de una ETA que quería hacer de la clase obrera el puntal de la liberación nacional.

En 1967, el grupo derechista de la V Asamblea comandado por Txillardegui se había desvinculado de la dirección de ETA; en 1968, Txabi Etxebarrieta, a la sazón principal líder de la organización en el interior, moría en un encuentro con la Guardia Civil; en 1969, en una redada de la policía en Bilbo, cae la mayor parte de la dirección de ETA.

La mayoría de los dirigentes *veteranos* estaban, en la primavera de 1969, exiliados o en la cárcel. La nueva dirección fue ocupada por un grupo de jóvenes estudiantes y obreros que no habían participado directamente en los importantes debates sobre la línea política de ETA y que carecían de experiencia militar. La excepción era Patxo Unzueta, único dirigente elegido en la V Asamblea que sobrevivía en el nuevo equipo directivo y su figura intelectual dominante.

Conscientes de que no eran la dirección legítima de ETA y que sus miembros ocupaban sus cargos transitoriamente hasta que una nueva Asamblea la suscitara o re-rendase, se dispusieron a pre-

parar la VI Asamblea a la vez que continuaban aplicando los acuerdos de la V Asamblea. Como los nuevos dirigentes estaban impresionados por el *mayo francés* y por las grandes movilizaciones de masas que protagonizó la clase obrera española durante el año 1968, creyeron que ésta podía iniciar la revolución, por lo que, en consecuencia, dieron prioridad a la construcción del Frente Obrero y a la lucha de masas sobre las acciones aisladas de los grupos guerrilleros. Al mismo tiempo, iniciaron una campaña, denominada BAI (*Batasuna, Askatasuna, Indarra* —Unidad, Libertad, Fuerza—), para la construcción paralela del Frente Nacional Vasco, con el fin de unificar a todos los patriotas vascos independientemente de su origen social y de sus ideas políticas. El trabajo entre las masas obreras —la mayoría inmigrantes—, en el que la nueva dirección hacía especial hincapié, le fue llevando poco a poco, como sucedería con la Oficina Política, a sustituir la exigencia de una Euskal Herria monolingüe a la petición de un trato igual para el euskera, y, por otro lado, a cambiar el objetivo de la independencia inmediata por el derecho a la autodeterminación. En la misma línea, se daba una interpretación de izquierda al concepto de EHL, considerando que estaba compuesto por todos los que vendían su fuerza de trabajo en Euskal Herria, lo que la alejaba indudablemente de la traducción nacionalista tradicionalmente ETA hacía de él. Pero la innovación más importante de la



Simbología de la izquierda *abertzale*

(76) Ibid., pp. 80 y 81.

joven dirección de ETA fue la de proponer la transformación de la organización en partido obrero de vanguardia de tipo leninista. Para ella, éste era un paso lógico en materia organizativa tras los acuerdos de la V Asamblea. Con el desarrollo de los distintos frentes, la *especialización* de ETA como vanguardia dirigente de las masas sería el colofón necesario para organizar un movimiento revolucionario de liberación que cumpliera con las tareas de la revolución popular-nacional como paso previo a la revolución socialista. Hasta aquí, ETA había sido a la vez el Frente y la vanguardia del MLNV; ahora, una vez madurado el movimiento, era necesaria la separación organizativa y política entre la vanguardia y el Frente de masas.

Pero este nuevo intento de fusionar el marxismo con el nacionalismo, o, mejor dicho, este desarrollo por el camino del marxismo de algunos de los preceptos de la V Asamblea, encontraron pronto oposición. Por un lado, el sector nacionalista encabezado por Krutwig, Beltza (que mezclaba en su ideario anarquismo y nacionalismo, y ferviente seguidor de la tesis de que Euskal Herria era una colonia) y Jon Etxabe (jefe del Frente Militar de ETA y partidario de la lucha guerrillera); por otro lado, el grupo liderado por Escubi en su exilio francés, que se había organizado en **círculos de estudio del marxismo**, las *Células Rojas*, y que editaba la revista *Saioak*. Desde la primavera de 1969, Escubi se había vuelto muy crítico con la línea de la V Asamblea —a cuyo triunfo tanto había contribuido— y había experimentado un proceso de autocritica que le llevó a romper radicalmente con el nacionalismo.

Para el ala derechista-nacionalista, conocida como los *milis* (no confundir con ETA-militar, rama salida de una escisión de ETA en 1974), la política de la dirección era una simple repetición de la trayectoria de ETA-berri, y, por lo tanto, producto de una nueva *infiltración españolista*. Para ellos, la revolución vasca se haría en Euskal Herria y tendría como primer objetivo su independencia, puesto que la cuestión candente allí no era la lucha entre la burguesía y el proletariado, sino la opresión nacional. Asimismo, rechazaban tanto el cuestionamiento del Frente Nacional que parte de la dirección había hecho público en las vísperas de la VI Asamblea, y su aspiración, cada vez más explícita, de unir la lucha de liberación nacional vasca con las luchas del proletariado en el ámbito estatal. Para ellos, la dirección interior había abrazado el comunismo que había invadido Hungría y Checoslovaquia y roto con el nacionalismo. De la misma manera, la clase obrera española era tan imperialista como su gobierno, pues apoyaba la opresión en Euskal Herria. Finalmente, abogaban por dar un impulso a la acción militar que la dirección había abandonado. Los *milis* no asistieron a la

VI Asamblea: se escindieron antes, declarándola ilegal y adoptando el nombre de ETA-V Asamblea, queriendo con ello reivindicar que eran los verdaderos continuadores de la histórica Asamblea de ETA.

La VI Asamblea se celebró en Itxaso (Iparralde), en septiembre de 1970. En ella se enfrentó la línea de la dirección con el ala izquierda de la organización. Aunque aquella había avanzado en el camino de soltar amarras con el nacionalismo, el grado alcanzado no fue suficiente para Escubi y los suyos. Éstos consideraron que ETA sería incapaz de transformarse en partido revolucionario de vanguardia debido a

su origen pequeñoburgués, naturaleza de clase que permanecería en estado latente y que siempre terminaría manifestándose en la línea política de la organización. Esto quedaba demostrado por el hecho de que la dirección todavía no había abandonado la idea de Frente Nacional, que las Células Rojas consideraban un concepto interclasista y antiproletario. Las Células Rojas apostaban por la liquidación de ETA como organización y por la creación de un organismo político desde la ideología revolucionaria del proletariado. Citamos, seguidamente, algunos párrafos de *Saioak* que dan buena muestra, por sí mismos, de los presupuestos ideológicos y estratégicos del grupo de Escubi:

“Ningún privilegio nacional, ninguna ilegalidad nacional deben de existir. Precisamente porque esta situación de privilegio hace que el nacionalismo vasco, el catalán y el gallego rompan la unidad necesaria para li-

brar la batalla de clase y hacer posible la verdadera y persistente igualdad entre los pueblos”.

“No al nacionalismo porque él aleja a los pueblos; sí al internacionalismo porque los une. Al nacionalismo siempre burgués y divisor, el proletariado opone su internacionalismo unitario”.

“La estrategia guerrillera aplicada hoy a Euskadi está determinada por el contenido de la lucha burguesa de la historia de ETA en su época montaraz. Creemos que únicamente la lucha de masas dirigida y orientada por el proletariado podrá resolver el problema social, fundamento de la inadaptación nacional de Euskadi”.

“La burguesía capitalista es la causa de la opresión nacional de los pueblos peninsulares que componen hoy el Estado español... lo que exige una sola estrategia de clase, una solidaridad total del proletariado de todos los pueblos oprimidos” (77).

Después de la Asamblea de Itxaso, ETA-VI se erigió como la rama hegemónica de ETA en el MLNV. Sin embargo, poco a poco irá perdiendo esa posición predominante



Cartel de las Brigadas Internacionales

a favor de su rival ETA-V, cuya política nacionalista había conseguido recuperar la audiencia de los sectores sociales sobre los que se sostuvo siempre el movimiento patriótico vasco. ETA-VI empezó a declinar tras el juicio de Burgos (diciembre de 1970) y languideció hasta que, en 1972 y siguiendo una evolución similar a la de ETA-berri, se unió a la Liga Comunista Revolucionaria trotskista. ETA-V continuó llenando capítulos de la historia del nacionalismo radical vasco hasta nuestros días, historia en la que habrá nuevas escisiones, pero ninguna por causa de la ideología proletaria. En adelante, ETA irá abandonando paulatinamente los elementos políticos proletarios y profundizando en el exclusivismo nacionalista, en la unidad de los patriotas vascos, sin diferenciación de clases sociales ni de ideas políticas, y en la línea militarista (al final, ETA no sólo no se convirtió en partido de vanguardia proletario, sino que terminó identificándose con uno solo de los frentes que había previsto la V Asamblea, el Frente Militar).

Por lo que respecta a las Células Rojas, también terminaron por desaparecer. Sin ningún vínculo orgánico con el interior y con un programa clasista que a principios de los 70 tenía tantos prosélitos en mutua competición en Euskal Herria y en el Estado español, las Células Rojas se extinguieron como organización. Sin embargo, su ejemplo es para nosotros de la mayor importancia, porque expresan el extremo del desarrollo de la lucha entre el nacionalismo y el internacionalismo dentro de ETA, el máximo grado de deslindamiento ideológico y político entre la línea proletaria y la línea nacionalista, y, en definitiva, el antagonismo irreductible entre la política proletaria y la política burguesa en lo tocante a la cuestión nacional. Entre 1965 y 1970, esa lucha de dos líneas es el factor predominante en ETA. Su desarrollo consiste en la crítica por la izquierda, desde posiciones clasistas proletarias, del nacionalismo populista y radical vasco. Las dos fases más importantes de ese desarrollo fueron, en primer lugar, el debate entre ETA-bai y ETA-berri, cuando la crítica al nacionalismo se dirigió **desde la política**, desde la rectificación paulatina de la línea nacionalista de ETA. En segundo lugar, la crítica de las Células Rojas a ETA-VI **desde la ideología proletaria**, precisamente cuando ETA-VI había adoptado casi las mismas posiciones políticas de ETA-berri. Este desarrollo indica una profundización, una progresiva separación, sobre la base de una práctica política concreta, del internacionalismo proletario y del nacionalismo burgués. Sobre esta experiencia deberían reflexionar todas las comunistas vascos.

Nuestros camaradas de la Plataforma por la Constitución del EhAK pretenden iniciar un camino cuyos senderos ya están trazados. No cabe duda de que los elementos políticos más importantes de su *Manifiesto* formaron también parte del acervo de ETA. El punto de vista nacionalista, el problema de la liberación nacional de Euskal Herria como cuestión principal, el marco territorial de Euskal Herria como único escenario político, el doble carácter de la revolución

vasca (de liberación nacional, primero, y socialista, después), el proletariado vasco como la clase principal y dirigente del proceso revolucionario, la exclusión de toda participación exterior (*española*) del mismo, la separación del proceso revolucionario nacional del proceso general en el ámbito estatal, y la pretensión de organizarse en partido obrero de vanguardia nacional, son, sin duda, aspectos fundamentales que sitúan a nuestros camaradas en la misma tradición histórica que ETA. En parte, ellos aceptan esta idea cuando se reconocen tácitamente dentro del MLNV (entendido no en sentido político, sino histórico) y cuando reclaman los logros de HASI (*Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea* —Partido Socialista Revolucionario Popular—) en la tarea de constituir un Partido Comunista vasco (78). Nosotros, sin embargo, considera-

mos que, si en la historia del MLNV, hubo un período en el que pudo organizarse una verdadera línea política marxista-leninista en Euskal Herria fue en el que acabamos de describir arriba. Algunas de las razones que ofrecen los de la Plataforma para reivindicar a HASI ya nos parecen inadmisibles de principio porque insisten en el prejuicio nacionalista (“HASI fue consciente desde el principio que sólo en la dirección del conjunto de las masas laboriosas de Euskal Herria a ambos lados de la muga es posible la victoria de clase”), y otras, como la utilización del concepto EHL, no son originales (como hemos visto, el concepto de

EHL fue inventado ya en 1967). En cualquier caso, HASI era, en realidad, un montaje de ETA(militar), creado en 1977 para contrarrestar al brazo político de ETA(político-militar), EIA (*Euskal Iraultzarako Alderdia* —Partido para la Revolución Vasca—). Ambas organizaciones políticas compitieron en proclamas marxistas-leninistas, es cierto,; pero era la época en que el marxismo-leninismo no era un asunto de debate en la organización madre, sino que era desplazado a sus organizaciones subalternas de masas como señuelo, y que obedecía a la necesidad que ha tenido siempre el radicalismo nacionalista vasco, de carácter pequeñoburgués, de atraerse a las masas —en su mayoría clase obrera, para su desgracia— para dotar de una amplia base social a su movimiento.

Desde nuestro punto de vista, no es HASI, sino las Células Rojas de Escubi el ejemplo en el que los camaradas de la Plataforma por la Constitución del EhAK deberían inspirarse. Estudiar la experiencia del nacionalismo revolucionario vasco para comprender el proceso mediante el cual la ideología proletaria alcanzó su independencia política, y, desde aquí, estudiarla, aplicarla y desarrollarla orientándose siempre por el principio del internacionalismo proletario, ahorrarán a estos camaradas tiempo y esfuerzos en el camino de asumir la necesidad de la verdadera tarea que hoy llama a todos los comunistas del Estado español: la Reconstitución del Partido Comunista de España.

En este cometido, lo principal es, ahora, el estudio, defensa y aplicación de la ideología proletaria y su desarrollo

(78) Cf. *Manifiesto político*, p. 55.



en línea política. Los aspectos organizativos son secundarios, están subordinados a la aplicación de esa política. Por ello, no hay nada más alejado de nuestra intención —y este análisis crítico del documento de la Plataforma por el EhAK no puede ser interpretado en ninguno de sus argumentos en ese sentido— que dar a entender que nuestra idea de la **organización** partidaria es un Partido Comunista *monolítico* y supercentralizado. Para nosotros, el Partido son sus organizaciones. El nombre que éstas adopten no importa. Que nuestros camaradas quieran denominarse EhAK no tiene relevancia. Que reclamen autonomía en su trabajo político en función de condiciones específicas (bilingüismo, etc.), es perfectamente comprensible y políticamente acertado. Tampoco puede ser motivo de discordia. Lo verdaderamente importante es no dejarse influir por la presión ambiental nacionalista (de un signo u otro) y que haya **una sola política y una sola dirección** para el trabajo revolucionario de todo el proletariado que hoy encuentra en el Estado español a su principal enemigo.

*El Comité Central del PCR
24 de junio de 2000*



Combatientes comunistas alemanes
de la Brigada Thaelmann en la Guerra Civil española

¡Estudiemos, defendamos y apliquemos el marxismo-leninismo, combatiendo todas las influencias burguesas y pequeñoburguesas!

¡ Desarrollemos lucha de dos líneas en el movimiento comunista, siguiendo un proceso de unidad-lucha-unidad, bajo el principio de "curar la enfermedad para salvar al paciente"!

El primer requisito para la Reconstitución del Partido Comunista, en las actuales condiciones de la lucha de clases internacional y de la lucha de clases en España, consiste en recuperar y reasumir la ideología revolucionaria, formulándola y definiéndola nuevamente hasta sintetizar todos sus progresos.

(Tesis de Reconstitución del Partido Comunista)

Plataforma por la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria

MANIFIESTO POLÍTICO

INDICE

El ciclo revolucionario que abrió Octubre se ha saldado con la victoria parcial de la burguesía y la derrota parcial del proletariado	47
La misión histórica y la misión política del proletariado internacional	49
La primera tarea de la clase obrera en Euskal Herria es la constitución de la sección vasca de la I.C.	52
Bases para la estrategia revolucionaria en Euskal Herria	55
Tesis de Constitución del EhAK	56
La Plataforma por la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria	59

Con el fin de siglo a la vuelta de la esquina, cuando los cantores y los maquilladores del imperialismo llevan años profetizando la nueva era de "modernidad" y de "racionalidad", cuando el "progreso" parecía llamado a reportar felicidad bienestar al conjunto del globo, y cuando el año 2000 era presentado milenaristamente como el comienzo de una época de justicia y desarrollo sin conflictos, empiezan a caer ante los ojos de todo el mundo la batería de argumentos, fantasías y bonitos cuentos con que se pretendió engatusar al proletariado internacional: la *Europa de las oportunidades* tan sólo ha traído para el proletariado de los países que la componen una reorientación del capital -es decir, de su propia explotación- de unos a otros sectores de la producción según los intereses de la burguesía monopolista, reducción paulatina pero imparable de los derechos de los trabajadores, y concentración acelerada del capital europeo en forma de fusiones del capital financiero, tanto bancario como empresarial. Los países englobados en el Pacto de Varsovia han tenido oportunidad también de despertar de los sueños en los que durmieron con el tránsito a formas de capitalismo abierto en sus respectivos países. Y han despertado de un sueño para encerrarse en una auténtica pesadilla de explotación sin límites, miseria, pobreza y hambre como hacía décadas que no sufrían, etc. En los países latinoamericanos, supuestas democracias trataron de hacer creer a los pueblos explotados por el imperialismo y por sus capitalistas y terratenientes locales que la solución a todos sus problemas era, en todo caso, el paso a formas "democráticas" y "participativas" de dominación capitalista: pero su situación

empeora paulatinamente y pocos se creen ya esas ecuaciones funcionalistas democracia = desarrollo económico... o sí: desarrollo económico del imperialismo y de los imperialistas y pobreza y endurecimiento de las condiciones de trabajo para el pueblo. La situación en Asia es particularmente dolorosa: junto a países en los que la explotación de capital transnacional era ya costumbre como la India y el *sudeste asiático* hay que sumar ahora a la tristemente larga lista de los países en los que el proletariado trabaja literalmente hasta la muerte y literalmente por la mera subsistencia material los que acaban de incorporarse formalmente (de diversas maneras, más o menos encubiertas) al capitalismo: Vietnam, China, Laos...

Aunque pocos pueden pretender presentar el "nuevo" orden mundial como la panacea y el final de la historia sin perder la cara de vergüenza, el imperialismo se ve necesitado de incrementar día a día sus campañas de propaganda, cada día más groseras, debe diseñar operaciones de lavado de cara, de "solidaridad", de "humanitarismo", para contener la creciente indignación -todavía espontánea e ingenua- de las masas ante fenómenos como el paro, la rebaja -allí donde queda algo que rebajar- de las condiciones laborales, las guerras imperialistas como la que hoy desarrolla el imperialismo en Yugoslavia, la opresión de unos pueblos sobre otros como la que hoy sostiene y justifica ese mismo imperialismo y sus organizaciones en Kurdistán, Palestina, Cuba o la RASD, la represión brutal contra las masas en los países en las que estas reivindican sus más elementales derechos.

Es cierto, las formas de dominación y de ejercicio de la explotación su defensa por parte de la burguesía imperialista en muchas partes del mundo han cambiado, pero en esencia, esto no ha resuelto el nudo gordiano de la cuestión, la raíz de todos los conflictos, la contradicción que ha llevado al imperialismo ha trocar estas formas de presentarse: cada día el capital transnacional, el nacional y el local precisan de más mano de obra, ya sea en activo para producir plusvalía creciente o como reserva para controlar los salarios; cada día más individuos se desclasas y se proletarian, ya sea porque migren del campo a la ciudad, ya por la imparable tendencia centralizadora y acumuladora del capital en pocas pero poderosas manos que lleva a la ruina a pequeños burgueses y pequeños terratenientes. Por otro lado, cada vez es más reducido el círculo de individuos que poseen tanto la riqueza y los instrumentos de trabajarla como el producto del trabajo ajeno. Y, desde luego, nadie puede negar el hecho de que paulatinamente el proletariado de todos los países sufre una reducción de sus condiciones de vida, se empobrece, mucho más incluso si se lo compara con lo que se enriquece el reducido y selecto grupito de la oligarquía financiera mundial. **La contradicción fundamental en todas las sociedades del globo es la que ha enfrentado y enfrenta históricamente al carácter social de la producción con el carácter privado capitalista de apropiación de los frutos del trabajo.** Palmariamente se ve que el imperialismo no sólo no ha

resuelto esta contradicción, sino que las crisis a que esta conduce son progresivamente más cercanas en el tiempo y tienen más devastadores efectos en la clase obrera.

El imperialismo abrió, tras la derrota formal de los países del Pacto de Varsovia y el retroceso de la RPCh y otros países socialistas al capitalismo, una gran ofensiva en todos los frentes: económicos, políticos e ideológicos. Toda la basura ideológica, la propaganda burguesa, la educación, se han enfilado a presentar con bombo y platillo esta ofensiva del imperialismo como el comienzo del más justo de los mundos. Todos los cambios políticos en los países capitalistas -especialmente en Latinoamérica- entre los propios países, como las formas europeas de dominación burguesa, que ya venían gestándose anteriormente, fueron, desde ese momento, reorientados para hacer más eficaces los instrumentos de que se sirve el imperialismo para asegurar y proteger su régimen, los políticos como la ONU o el G7, los económicos como el BC y el FMI, o los armados como la OTAN, sufrieron cambios en sus estructuras para servir más y mejor a esta ofensiva imperialista, que, esencialmente, y como no podía ser de otra manera, es económica. El objetivo último de la ofensiva imperialista es incrementar hasta los límites extremos el grado de explotación del proletariado mundial para extraer el mayor grado de plusvalía posible, lo cual supone, por una parte, derrotar al proletariado en cuantas batallas dé en lucha por sus intereses de clase y derrotar a las propias organizaciones que lo dirigen y aglutinan, como, por otra parte, preservar y perfeccionar sus propios instrumentos de explotación, el fundamental de los cuales sigue siendo, a nivel mundial, la exportación de capital financiero -tanto crediticio con las consecuencias de dominación política que ello supone, como industrial en forma de transnacionales-.

Frente a esta ofensiva, en el mundo entero -aunque de manera desigual- comienza a entreverse el despertar del movimiento espontáneo de las masas oprimidas en muchos frentes, especialmente el económico: huelgas persistentes, masivas y violentas que sacuden al capitalismo en sus propios basamentos como la de los trabajadores de la General Motors que mantuvo paralizada dicha multinacional durante un mes y fue secundada por cerca de 10.000 obreros o las que se vienen produciendo en la zona no liberada de Corea, y que, como en el caso de las prolongadas movilizaciones y enfrentamientos habidos en Indonesia, revisten un carácter político en última instancia.

Todas estas manifestaciones, no obstante, y tantas otras de las que por medio de la propaganda burguesa es imposible tener noticia alguna son tan sólo explosiones espontáneas de las masas que, en el mejor de los casos, pueden revertirles en mejoras puntuales más o menos importantes para las masas, pero que en absoluto pueden llevarlas a la toma de conciencia de sus objetivos naturales y últimos: la destrucción

revolucionaria del sistema que posibilita y contrae toda opresión, el sistema capitalista mundial, y su sustitución por otro basado en la inexistencia de clases sobre el que se funde una sociedad nueva, el primer peldaño de la historia humana: el Comunismo.

Sin embargo, al calor y precisamente inmerso en este nuevo despertar del movimiento obrero es cuando las partes más conscientes del proletariado de cada país, es decir, el Movimiento Comunista Internacional, está saliendo del estado de coma en el que quedó al comienzo de dicha ofensiva imperialista. Y la primera pregunta que se hace no es ¿qué hacer? tanto como ¿por qué? Y porque sin teoría -es decir, *análisis*, y eso significa, en un primer momento, *balance*- no hay ni puede haber praxis revolucionaria, porque para emprender un viaje es preciso un mapa, para hacer un mapa es preciso instrumentos y los que tenemos son, en primer lugar, los que nos han legado quienes caminaron antes que nosotros, es precisamente por lo que la primera tarea del Movimiento Comunista Internacional es buscar las causas que han posibilitado la presente ofensiva del imperialismo frente a la cual apenas se ha articulado una primera y balbuceante respuesta, proletaria en primer término e internacional en cualquier caso. En resumidas cuentas, ¿qué es, esencialmente, lo que ha ocurrido? Y, por lo tanto, ¿qué debemos hacer ahora?



EL CICLO REVOLUCIONARIO QUE ABRIÓ OCTUBRE SE HA SALDADO CON LA VICTORIA PARCIAL DE LA BURGUESÍA Y CON LA DERROTA PARCIAL DEL PROLETARIADO

En 1917, el proletariado, en alianza con el campesinado, llevó a cabo la Revolución Socialista en Rusia, por ser ésta el eslabón más débil de la cadena del imperialismo, y, tras la toma del Poder político, impuso y ejerció la Dictadura del Proletariado. La Gran Revolución Socialista de Octubre, además de, o precisamente *por*, significar el triunfo del Socialismo en un país, inaugura un ciclo revolucionario que supuso, por una parte, la aceleración de la Revolución Comunista Mundial, lo cual redundó en el triunfo de Revoluciones Socialistas en una o varias fases en una tercera parte del globo, y, por otra parte, la Constitución del Movimiento Comunista Internacional *en forma* de Internacional Comunista y *mediante* la Constitución de sus Secciones nacionales en casi todas las naciones del mundo.

Bajo el seguro mando de Lenin, primero, y de Stalin, después, la URSS avanzó en la edificación de la sociedad Socialista en sus múltiples facetas: industrialización pesada y ligera a ritmos y hasta niveles impensables en el mundo

capitalista gracias a la planificación económica; establecimiento de relaciones sociales de producción avanzadas; transformación del campo mediante una reforma agraria, primero, y la gradual introducción de formas de organización colectivas del trabajo social, después; surgimiento paulatino del nuevo hombre Socialista, forja de una Patria Socialista que superara poco a poco las a veces enconadas diferencias nacionales, defensa popular y masiva del Socialismo e incluso protagonismo principal en el derrocamiento del fascismo durante la II Guerra Mundial. Con Lenin y Stalin se fue construyendo el Socialismo hasta ciertas cotas.

El mismo ciclo revolucionario fue manifestándose en Revoluciones Socialistas con mayor o menor éxito, desde experiencias fallidas por errores de dirección del movimiento, como la Revolución en Hungría, los dos intentos en Alemania, la República Soviética de Baviera... hasta exitosos procesos revolucionarios como el chino. Igualmente, todo el movimiento antiimperialista en general y el Movimiento Obrero en particular ascendió cuantitativa y cualitativamente desde 1917 hasta 1953 en todo el mundo gracias a la dirección generalmente acertada del MCI y del apoyo de los países socialistas al proletariado y al pueblo de los países todavía capitalistas: la ayuda material y moral que recibió la lucha antifascista en el Estado español, particularmente, nunca será olvidada. Con errores importantes, el Socialismo proseguía su edificación.

Sin embargo, en 1953, coincidiendo con la muerte del camarada J. Stalin, se da un agitado proceso que desemboca en la toma del poder político por parte de la burguesía soviética en forma de revisionismo. N. Jruschov, representante y valedor de la burguesía soviética, transformó en poco tiempo la URSS en una potencia capitalista, que ejercía la explotación de su proletariado y, por extensión, de las clases populares soviéticas bajo formas aparentemente socialistas. **En esencia, con la llegada al poder de Jruschov y la burguesía, la URSS se transforma en su reverso, en un país capitalista.**

Las teorías de Jruschov acerca del "Estado de todo el pueblo" y del "Partido de todo el pueblo" condujeron a la destrucción de la Dictadura del Proletariado, la victoria de la reacción y la reinstauración de la dictadura de la burguesía. La teoría sobre la "coexistencia pacífica", la "emulación entre dos sistemas" y la "cooperación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en la lucha por la paz y la seguridad de los pueblos" desarmaron la lucha antiimperialista y destruyeron la imposición de las nuevas relaciones sociales socialistas que venían desarrollándose con Lenin y Stalin. Su teoría sobre la "vía parlamentaria y pacífica hacia el socialismo" le manifestó como un renegado de Revolución y un agente de la burguesía soviética.

Este proceso se produce simultáneamente en numerosos países que habían emprendido la vía Socialista. Pero no tanto como consecuencia de la transformación de la URSS en un país capitalista, aunque esto aceleró no poco este proceso de

retorno al capitalismo, sino como parte de la ofensiva que llevó a cabo la burguesía de esos países para retomar el poder político y volver a ejercer la explotación de los trabajadores. Así, uno tras otro, todos los países socialistas que no habían sido retomados por la burguesía anteriormente -como la Yugoslavia del traidor Tito o la tambaleante Checoslovaquia- se transformaron en países capitalistas. A partir de este momento, y salvo excepciones como la RPCh hasta el golpe de estado contrarrevolucionario de Hua Kuo-feng y, durante cierto tiempo y hasta cierta medida, Albania, no se puede hablar con propiedad de países capitalistas y países Socialistas y sí de países abiertamente capitalistas y de países capitalistas bajo formas aparentemente socialistas.

De este proceso histórico se extrae -ya en su mismo momento- la lección fundamental del ciclo revolucionario

que abre Octubre: como apuntaron Lenin y Mao Tse-tung. A causa de no reconocer esta ley histórica, o de reconocerla defectuosa, parcial y/o, **la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado persiste tras la toma revolucionaria del Poder político hasta el Comunismo, porque persisten las propias clases, y en lo fundamental no está aún decidido el problema de quién vencerá a quién** inconsecuentemente, no fue conducida decidida y frontalmente la lucha ideológica contra la burguesía y su vocero, el revisionismo. La burguesía no persiste como *vestigio*, sino que se reproduce tanto en lo objetivo (mercado negro y, consecuentemente, producción *negra*, apropiación privada de parte del producto de la tierra a causa de formas no plenamente socialistas de organización del campo) sobre la base misma de la existencia de mercancías y de circulación monetaria en el Socialismo; y persiste subjetivamente tanto en las costumbres y

los hábitos de la época capitalista, como observa Lenin, como, principalmente, en forma de ideologías burguesas, que se manifiestan en las distintas corrientes del revisionismo.

Es preciso continuar la lucha de clases mientras éstas existan, es decir, hasta el Comunismo, y, principalmente, en el frente ideológico, como premisa y como motor de construcción del Socialismo: ésta es la segunda lección que se extrae de la experiencia revolucionaria que abre Octubre.

Paralelamente a este proceso, **en la mayoría de los países capitalistas, la burguesía en forma de revisionismo toma el Poder político en los Partidos Comunistas y los transforma en partidos burgueses** que desempeñan las funciones de disruptores y desorganizadores del Movimiento Obrero revolucionario en sus respectivos países bajo formas aparentemente proletarias y revolucionarias. Esencialmente, la toma del poder político en el seno de los Partidos Comunistas del globo, esto es: del MCI, supone que éstos se transforman en partidos burgueses enemigos de la clase y contra ésta comienzan a actuar.

L. Brézhnev nunca cuestionó el programa revisionista de los XX y XXII Congresos e incluso "desarrolló" las tesis jruschovianas mediante la elaboración de los conceptos de "Partido y Estado del pueblo en su conjunto", afirmando que



la restauración del capitalismo en la Unión Soviética era, en lo sucesivo, imposible... cuando, de hecho, (él mismo era el cabecilla de dicha restauración! Así, destruyó toda vigilancia revolucionaria y fomentó el burocratismo, el tecnocratismo, el arribismo y la corrupción. Con respecto a otros partidos comunistas y países socialistas, practicó a menudo una política de injerencia y de control. Ni Brézhnev, ni Andrópov, ni Chernienka acabaron con la burguesía en el Poder en la URSS, sino que continuaron con el proceso de transformación del capitalismo soviético hacia otras formas.

Bajo Gorbachov y Yeltsin, el revisionismo consuma la reinstauración del capitalismo soviético en cuanto a la forma política. En cuanto al contenido, supone una reestructuración del capitalismo ya reinstaurado. Gorbachov no es el primer paso de la reinstauración burguesa, sino el último. El liquidacionismo gorbachoviano es el último jalón, la fase más corrompida, el fin necesario del revisionismo impuesto por la burguesía en la URSS a través de sus agentes, a la cabeza de los cuales figura el renegado Jruschov.

Por lo tanto, las primeras conclusiones del análisis más superficial del ciclo revolucionario que abre la Gran Revolución Socialista de Octubre en cuanto al por qué de la derrota son:

1º- **A partir de 1953 y en adelante, la burguesía tomó el poder político tanto en la URSS como en el resto de los países socialistas, transformándolos en países capitalistas en los que se reanudó a amplia escala la extracción de plusvalía y la dominación burguesa que hasta entonces era reprimida.** Esto fue posible por errores en la conducción de la lucha de clases bajo las condiciones del Socialismo o, en muchos casos, simplemente porque ésta no se reconocía.

2º- **El poder político en el seno del MCI y de casi todas sus Secciones fue tomado por la burguesía en forma de revisionismo, y se transformaron en partidos burgueses infiltrados en la clase obrera.** Esto fue posible por errores en la conducción de la lucha de líneas en el seno de dichos PCs.

3º- **El revisionismo moderno es la ideología burguesa en el seno de los Partidos Comunistas tanto en los países Socialistas como en los capitalistas.**

4º- **En el mundo entero la burguesía celebra la derrota del Socialismo.** En realidad, el Socialismo en la URSS fue derrotado hace 50 años por la burguesía mediante el revisionismo que operaba en el Partido y el Estado, y lo que ha caído en abierta bancarrota son las formas revisionistas, aparentemente socialistas, en las que la burguesía soviética desarrollaba su actividad explotadora capitalista. **No ha sido derrotado el Socialismo, sino que el capitalismo soviético ha cambiado a unas formas más abiertas.**

5º- **La burguesía logró derrocar al proletariado tanto en los países Socialistas como en las organizaciones obreras de los países capitalistas, especialmente en su Partido.** En este sentido la victoria de la burguesía y la derrota del proletariado son absolutas. Sin embargo, el recién cerrado ciclo revolucionario trajo tanto un empuje para el movimiento antiimperialista mundial que el enemigo tardará en retrotraer, como décadas de experiencia Socialista de la que el proletariado mundial saca inestimables lecciones. Estas últimas son las que los

destacamentos de la vanguardia revolucionaria del proletariado de cada país, y el MCI en su conjunto, está comenzando a extraer, pues no todo el MCI ha sido destruido por el revisionismo y muchos destacamentos marxistas-leninistas han permanecido en pie, más o menos tambaleantes. En este sentido la victoria de la burguesía y la derrota del proletariado son parciales. Es claro como el agua que, desde una perspectiva histórica general, toda derrota de la clase obrera y toda victoria de la clase burguesa son parciales, pues el triunfo del Comunismo, a través, fundamentalmente, de la toma del Poder político por parte del proletariado elestablecimiento y el ejercicio de su Dictadura, son inevitables. Pero, desde el punto de vista exclusivamente táctico, es decir, político, también son parciales la derrota del proletariado y la victoria de la burguesía. El tránsito de los países englobados en el Pacto de Varsovia a formas abiertas de capitalismo no ha sido seguido por una aniquilación del movimiento revolucionario en esos países, sino más bien por *lo contrario*: en todos ellos, la clase obrera está volviéndose consciente de su situación objetiva, lucha cada vez con más ardor por sus intereses, entre otras cosas porque no es ahora engañada, como antes, por la fantasía del supuesto *paraíso de los trabajadores*, en el que la lucha de clases había cesado -tesis muy defendida por los revisionistas en el poder en esos países, por cierto-, sino que pueden ahora hacer balance del por qué de su derrota y enfrentarse al capitalismo en su nueva manifestación política. Y, para el resto del proletariado mundial -y, en primer lugar, para sus destacamentos de vanguardia- va quedando paulatinamente claro qué es lo que ocurrió en dichos países, a saber, que la burguesía tomó el poder político, *precisamente porque la burguesía y el proletariado existían en dichos países y seguían en lucha*. De modo que, visto desde el punto de vista del proceso general, la propia oligarquía imperialista que, aparentemente, tanto se alegra de que dichos países hayan "tomado el camino democrático" son, en realidad, las que producen a sus propios sepultureros, a proletarios conscientes en los países donde el revisionismo destruyó la Revolución. Visto así, la famosa "caída del muro" va a acabar cayendo sobre las cabezas de sus socavadores y ha sido más la retirada de un obstáculo para el siguiente ciclo revolucionario que un batacazo -pues de dar el batacazo ya se encargó N. Jruschov, y lo asestó al proletariado de la URSS, corazón de la Revolución Comunista Mundial, y al PCUS, entonces probado dirigente del MCI -.

LA MISIÓN HISTÓRICA Y LA MISIÓN POLÍTICA DEL PROLETARIADO INTERNACIONAL

El ahora cerrado ciclo revolucionario despeja dos cuestiones, por tanto: en lo que atañe al proletariado, deja claro tanto cuál debe ser su línea hasta, o, mejor dicho, *para* la eliminación de su explotación como clase, para la consecución cabal de sus objetivos, esto es, la Revolución Socialista que le dé acceso al Poder en forma de Dictadura del Proletariado y la supresión violenta de las relaciones de producción capitalistas, principalmente la forma de propiedad de los medios de producción, como los errores que debe evitar

a partir de entonces (es decir, cual *no* debe ser su línea a partir de ese momento), a saber, que la lucha de clases persiste en el Socialismo bajo otras formas, y que ésta se prolongará hasta el Comunismo, y que debe ser tratada especialmente en el frente ideológico contra el pensamiento burgués, que se manifiesta bajo la forma de oportunismo, tanto de derecha como de "izquierda".

En segundo lugar, en lo que atañe a la burguesía, la ha demostrado no sólo históricamente sino, sobre todo, concretamente, incapaz de crear nada que le permita perpetuarse eternamente como clase dominante, la burguesía no ha podido, a través de sus numerosas tentativas y ensayos (socialdemocracia, fascismo, liberalismo y últimamente neoliberalismo, etc.) superar las contradicciones internas que el capitalismo engendra y que le son específicas e insalvables en su propio marco. La burguesía se halla históricamente en el umbral de su derrota como clase obsoleta, superada ya hace mucho por la historia. Desde el punto de vista histórico, una sola chispa puede hacer arder toda la pradera, y todos los intentos de regarla, de cavar contrafuegos, han ido cayendo uno tras otro. Todas las tentativas por disfrazar su dominación como clase y la explotación de que se nutre, todo intento de buscar formas políticas que permitan frenar el *perpetuum mobilis* del sistema han fracasado: no han podido ni podrán evitar las crisis cíclicas de superproducción, las guerras de rapiña imperialistas, el paro, la miseria, etc.

De todo lo dicho se sigue que la única vía que tiene el proletariado mundial para acabar con la explotación de que es objeto, y, al mismo tiempo que se libera, emancipar al conjunto de las clases trabajadoras, es **la toma violenta del Poder político a través de la Revolución Socialista, en una o varias fases, y mediante la Dictadura del Proletariado, persistir en la lucha de clases contra la burguesía interna e internacional hasta alcanzar la nueva sociedad Comunista en todo el globo, batallando en todos los frentes de lucha: el económico, mediante la paulatina implantación de las formas colectivas de propiedad mediante la planificación económica hasta la autogestión Comunista; en el ideológico, mediante sucesivas Revoluciones Culturales que borren de la historia las formas de ideología y cultura burguesas y reaccionarias y, por extensión, contrarrevolucionarias, y que permitan el surgimiento y la implantación de las relaciones sociales de producción comunistas en jalones cada vez superiores históricamente; en el político, mediante la vigilancia revolucionaria contra los agentes revisionistas en el seno del Partido y del Estado y mediante el aplastamiento y represión violenta de la burguesía en la pugna por el Poder político y en la resolución del problema de quién vencerá a quién.**

En pocas palabras, y en lo que se refiere a la presente etapa del nuevo ciclo revolucionario, **la tarea estratégica del proletariado internacional es llevar a cabo victoriosamente una Revolución Socialista que le conduzca a la toma del Poder político.** Sentar las bases para dicha Revolución y conducir, después, a la clase hasta la victoria son, pues, las tareas estratégicas de los destacamentos de vanguardia del proletariado.

Pero eso no puede hacerse, claro está, de la noche a la mañana. No debemos tener prisas en un proceso tan enormemente complejo y aparentemente tan lejano como es derrocar a la clase enemiga del Poder y establecer la Dictadura del Proletariado. Es una tarea que será prolongada en el

tiempo, necesariamente, y, como a continuación se expone, heterogénea en el espacio.

En primer lugar, es necesario comprender los *momentos* del proceso que debe llevar a la clase a la victoria revolucionaria. Históricamente, la clase obrera, dejada a la espontaneidad de su movimiento, no alcanza unas cotas de lucha mayores que las económicas. Es preciso, por ello, que, en muchas ocasiones desde fuera de sí, le venga la ideología revolucionaria que actuará de motor de elevación de la conciencia de la clase. A este respecto nos referiremos con más extensión más adelante, pero digamos ahora que, para que la lucha económica espontánea de la clase obrera devenga política, para la consecución de la misión histórica emancipatoria universal del proletariado mundial es preciso que dentro de la clase se trate adecuadamente la contradicción vanguardia/masa. Lo cual presupone la existencia de una vanguardia proletaria. Sin vanguardia dirigente, como nos enseñan los clásicos, la lucha nunca será revolucionaria, nunca alcanzará sus estadios últimos, nunca culminará con la victoria del proletariado. Es precisa, pues, una vanguardia que actúe como Estado Mayor de combate del proletariado.

A nivel mundial, la vanguardia del proletariado en su unidad con las masas es el Movimiento Comunista Internacional, cuya forma superior ha sido la Internacional Comunista. Sin hacer mucha historia se observa que el Movimiento Comunista Internacional nace y se desarrolla como producto primero y principal del nacimiento y desarrollo de sus Secciones nacionales. Es decir, el nacimiento y posterior evolución -y, por cierto, su derrota- son producto determinado por el nacimiento y posterior evolución de sus Secciones. Pero, al mismo tiempo, en determinados momentos es la propia acción del MCI en forma de IC, y la de su dirección en particular, la que se manifiesta como determinante en el desarrollo de la dirección de la lucha de clases en los países a que corresponden sus Secciones: una vez más es preciso traer a colación el caso del Estado español y del Partido Comunista de España, y el del Estado francés y del Partido Comunista de Francia en la lucha antifascista, y de cómo la política central de la Komintern tuvo un papel decisivo en la adopción de la Línea de Frentes Populares, especialmente en el caso español. En otras palabras, en la contradicción Secciones/Dirección, el término Secciones es el determinante en último término, aunque en determinados momentos las estructuras centrales puedan ser principales.

De aquí se derivan las dos importantes conclusiones siguientes:

1.- **La primera tarea de los destacamentos de vanguardia en todo el mundo para alcanzar el fin de la actual etapa histórica -esto es, la Revolución Proletaria- es la Reconstitución del Movimiento Comunista Internacional, en forma de Internacional Comunista.** Reconstitución y no Constitución, porque la Internacional Comunista fue constituida por impulso y bajo dirección de Lenin en 1919. Reconstitución y no Reconstrucción, porque no se trata de hacer como un albañil que reagrupa los cascotes de un viejo muro -nunca mejor dicho- esparcidos por el suelo para volver a levantarlo sino de elevar un edificio nuevo *sobre* las ruinas del viejo. Es decir, no se trata de *volver a levantar* lo que había *con las estructuras y cuadros que había*, sino de crear unas estructuras nuevas con materiales más robustos y una arquitectura mejorada. Básicamente, porque *lo que había*

hacía décadas que venía pudriéndose, hasta que se precipitó estrepitosamente. Porque no se trata, en definitiva, de *volver a la Unión Soviética* -como dice pretender el fariseo de Ziguánov y Cía -, sino de crear una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Mundial, en realidad. No debemos ser, ahora, albañiles tanto como arquitectos.

2.- **La Reconstitución de la Internacional Comunista pasa y es producto, en última instancia, de la Reconstitución de sus Secciones.** Y ello en directa manifestación de la Ley de Desarrollo Desigual del imperialismo, que, en el terreno de táctica revolucionaria significa Revolución Comunista Mundial a ritmos diversos, y, consecuentemente, Reconstitución partidaria a *velocidad desigual* en cada caso.

Estudiamos combinados ambos aspectos del problema, la tarea de los destacamentos de vanguardia del proletariado es la Reconstitución de la Internacional Comunista, a través, principalmente, de la Reconstitución de sus Secciones. Ahora bien, decir que la Reconstitución de la Internacional Comunista es producto, en última instancia, de la Reconstitución de sus Secciones y no decir más sería caer en la unilateralidad en el análisis, pues esto es decir lo cuantitativo y no lo cualitativo, y es decir sólo lo objetivo y no lo subjetivo. Y porque, en este caso, lo subjetivo va a corresponder, principalmente, a lo cualitativo, mientras que lo objetivo va a corresponder, principalmente, a lo cuantitativo. Veamos por qué.

En primer lugar, hemos dicho que, junto a la actividad reconstitutiva de las Secciones de la IC está la actividad central -aunque, al actual nivel organizativo, tal vez no sea éste el mejor adjetivo-. Y que, endeterminados momentos, esta actividad central puede ser principal en el proceso de Reconstitución. **Las tareas que comprende la reconstitución de las Secciones suponen aquí el aspecto cuantitativo, constructivo, organizativo, de unidad, y, por otra parte, su lado objetivo, pues son bases para la Reconstitución de la IC, y suponen el factor principal de Reconstitución.** Por otro lado encontramos la actividad central o *colectiva* del MCI en su conjunto y entre sus Secciones en Reconstitución: la que atiende a la elaboración programática de la presente etapa Revolucionaria. Después manifestaremos que Reconstitución es una unidad en lucha entre Organización y Programa, pero es claro que los términos se refieren, en última instancia, a los aspectos objetivo y subjetivo, respectivamente, de la Reconstitución de la organización partidaria. En el plano internacional, por ello, es **la paulatina elaboración del Programa desde la Línea Ideológica hasta el Programa** -pasando por diversos momentos de concreción- lo que debe ser la actividad central principal. La IC en Reconstitución atiende, pues, a la elaboración programática **a través del único mecanismo existente para ello: la Lucha de Líneas.** Comenzar desbrozando el camino seguido por la lucha ideológica a lo largo del ciclo revolucionario que abre Octubre y cierra Gorbachov, para extraer conclusiones ideológicas científicas

y rigurosas para este siguiente ciclo, como primer paso para la elaboración programática revolucionaria internacional: esa, por tanto, debe ser la tarea del MCI en esta etapa. Y esta tarea **constituye el aspecto cualitativo, combativo -con el revisionismo -, político, de lucha, del proceso de Reconstitución de la IC,** y suponen el aspecto determinado por el proceso de Reconstitución de las Secciones, por lo que es **el término secundario de la contradicción.**

Organización de la IC a través de la Reconstitución de sus Secciones y Programa internacional a través de la Lucha de Líneas son opuestos interpenetrados, pues, al mismo tiempo, son las propias Secciones en Reconstitución las que llevan a cabo la Lucha de Líneas, y, paralelamente, sólo la paulatina dotación de organización para la IC en Reconstitución sienta las bases objetivas para el desarrollo internacional de dicha Lucha de Líneas. No obstante, **lo que en el plano internacional es principal, la Reconstitución de sus Secciones, es decir, el aspecto constructivo, es lo secundario a nivel de Sección, mientras que lo que prima en la**

Reconstitución de estas, la Lucha de Líneas, es secundario a nivel internacional.

Situados en el primer jalón del proceso de Reconstitución de la Internacional Comunista, es prioritario acometer la Reconstitución de sus Secciones como premisa material para llevar a cabo la Lucha de Líneas en el ámbito internacional, y como mecanismo y motor cuantitativo clave para la Reconstitución de la organización revolucionaria

proletaria mundial. La primera cuestión a resolver, para ello, es la propia noción de Sección de la Internacional Comunista.

Históricamente, dos aspectos han determinado qué constituye una Sección y que no. El desarrollo del capitalismo condujo y precisó de formas de organización de las comunidades humanas superiores a las que se dieron en los anteriores modos de producción. Si bien en la fase imperialista del capitalismo, y sobre todo en su etapa tardía monopolista de Estado, las formas de organización del territorio y de las sociedades han variado, determinadas por la propia concentración del capital en menos manos y por la necesidad creciente de proseguir acumulando y centralizando este, **es una característica fundamental del capitalismo el organizar a las comunidades históricas de hombres y mujeres en Naciones, entendidas estas, a la luz del marxismo-leninismo, como una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.**

La nación sigue hoy siendo el marco donde se da la lucha de clases *en cuanto a sus particularidades y en cuanto a las diferencias respecto a las formas y grados en que ésta se da en otros marcos*, por mucho que los apologetas del imperialismo más rancio se desgañiten proclamando la "aldea global" y la desaparición de las naciones, tontería que sólo engaña a unos pocos trotskistas irredentos metidos a



“internautas” de la revolución mundial. Claro está que, históricamente, las naciones, en la época de capitalismo ascensional en un primer momento, pero también en pleno imperialismo monopolista de Estado -léase el proceso de “descolonización” en todo África y en los procesos de liberación nacional en partes de Asia y América Latina-, han tendido a adoptar la forma de Estado-Nación entendido esto como la implantación de una serie de aparatos de represión violenta y de propaganda de ideología de la clase o clases dominantes al servicio propio y exclusivo de la burguesía de cada nación particular. Pero, y sobre todo desde la definición que Stalin forja, pueden darse naciones sin Estado y *también Estados que no sean una Nación*, esto es, que incluyan a varias -como el caso del Estado británico en su época colonial a través de aparatos represivos y propagandísticos como la Commonwealth -. Pero la existencia de Estados que oprimen naciones bajo su dominación, o que permiten la opresión de una o varias naciones por otra no elimina las primeras de un plumazo. El mismo caso de la dominación británica, tan prolongada en el tiempo, no solo no eliminó las naciones bajo su yugo, sino que, precisamente aceleró el proceso de construcción de las naciones por la implantación de relaciones capitalistas de producción en muchas formaciones socioeconómicas precapitalistas y por la creación interesada de clases burguesas títeres que, en muchos casos, clamaron por sus derechos *nacionales*, es decir, por la posibilidad de explotar soberana e independientemente a su proletariado. Las naciones, como categoría histórica de bases y determinación objetiva, persisten en las fases más decadentes y últimas del modo de producción capitalista y son condición de existencia de las formaciones económico- sociales capitalistas, puesto que éstas sólo se dan en los marcos de aquéllas.

Siendo así que en la dialéctica Nación /Estado -entendido aquí en su acepción principalmente extensiva o de marco geográfico de explotación- es la Nación el motor determinante y principal, pues los Estados surgen *sobre la existencia de la nación*, y, en el caso de los Estados plurinacionales es la existencia de naciones oprimidas en su seno lo que conduce a que la lucha de clases en ese Estado se manifieste y se dé en primera instancia como lucha nacional entre fuerzas liberadoras nacionales -que pueden ser o no dirigidas por el proletariado local- y fuerzas opresoras de la nación dominante. En otras palabras, en los casos de dichos Estados, *lucha por la liberación nacional /lucha por la liberación de clase* es la forma que suele -o puede- adoptar la tesis “una revolución, dos fases”.

Siguiente conclusión del análisis es que, mientras persistan las clases, estas tendrán, junto a su carácter internacional, derivado de la identidad esencial de su esencia (como comunidad de individuos que ocupan un mismo lugar en el proceso de producción social y por las relaciones que establecen con otros grupos de individuos, determinadas por la relación que mantienen con los medios de producción, especialmente las de propiedad) de la explotación que sufre en todo el globo, un carácter particular específico, esto es, un carácter nacional. Y negar esto significa renunciar a lo particular a favor de lo general, caer en la unilateralidad y en el dogmatismo en el análisis y errar de cabo a rabo. Así pues, el proletariado internacional se manifiesta unitario en la multiplicidad de sus manifestaciones particulares solo así. Esto es, en las formas nacionales de clase. Y, por ello, la

Organización internacional de sus filas, y sobre todo las de su vanguardia en unidad con el resto de las masas, la Internacional Comunista, se manifiesta y se da en las múltiples y particulares Secciones que la componen.

Manifestamos, así, que **Sección de la Internacional Comunista es su organización en cada nación, partido de vanguardia de la clase obrera en su respectiva nación y dirigente de la Revolución Socialista en cada nación**, en aplicación de la Ley de Desarrollo desigual del capitalismo a la estrategia revolucionaria. Declaramos, por ello, que la línea justa respecto a la definición de la Sección de la Internacional Comunista -a la del MCI, por extensión- es la que se ajusta a “una nación, una clase, un Partido”.

LA PRIMERA TAREA DE LA CLASE OBRERA EN EUSKAL HERRIA ES LA CONSTITUCIÓN DE LA SECCIÓN VASCA DE LA I.C.

Determinado el ámbito y la esencia de una Sección, a los marxistas-leninistas vascos nos corresponde, en un primer estadio preliminar de análisis, determinar cual debe ser el marco de labor reconstitutiva. Entre otras razones, porque una vez hemos determinado el por qué vamos a luchar y el cómo lo vamos a llevar a cabo, nos queda pendiente la cuestión del dónde: no se puede Reconstituir una Sección de la IC si no se determina previamente a qué parte del proletariado mundial (en lo tocante a su carácter nacional) vamos a fusionarnos para la creación de la organización revolucionaria de vanguardia proletaria y de sus lazos con las masas. En los Estados-Nación en los que la cuestión nacional es muy secundaria o, sencillamente, inexistente (como, por ejemplo, en el caso islandés) el problema se resuelve tan fácilmente que *parece que no fuera una premisa para la Reconstitución partidaria*, como si fuera evidente que el Partido Comunista de Islandia tiene por marco de labor revolucionaria el Estado islandés, y como clase, el proletariado de Islandia. Y *efectivamente* en ese caso la cuestión puede estar más o menos clara. Pero, ¿qué ocurre en casos como el kurdo, el saharauí o el palestino? En esos casos, sin duda, es un requisito indispensable para la labor de Reconstitución determinar claramente *dónde* va a actuar la vanguardia marxista-leninista: el PKK -aunque hoy camine por senderos muy desviados- jamás hubiera llegado a constituir organización alguna, ni mucho menos prender entre las masas como lo hizo, sin haber resuelto *desde el principio* la cuestión del marco de labor revolucionaria. Otro tanto en el caso chino, vietnamita o coreano.

En nuestro caso, el problema es el siguiente: ¿existe una clase obrera vasca? Y, en caso afirmativo, ¿debe estar ser dirigida por un Partido Comunista propio o, por el contrario, debe organizar a su vanguardia y a sus correas de transmisión circunscritas al Partido Comunista de España y de Francia una vez reconstituidos estos, y también en el proceso que conduce a ese fin? Es decir, de existir una clase obrera vasca, ¿cómo se manifiesta el problema nacional en el proceso de Reconstitución de la Internacional Comunista, y como debe ser éste tratado?

Por partes. Si bien los marxistas-leninistas vascos estamos

aún estudiando y asumiendo la ideología científica proletaria, y ello nos permite tan solo hacer análisis y extraer conclusiones a un nivel muy ideológico tanto de la historia como de la lucha de clases en la actualidad, al grado de estudio histórico y social realizado hasta el momento, es posible afirmar que:

1.- **Euskal Herria es una comunidad de hombres y mujeres históricamente constituida** -desde tiempos del Comunismo primitivo más avanzado, al menos, y desde el esclavismo, exportado por Roma en forma y tiempo distintos al resto de la península ibérica y, desde luego, a las Galias-, **estable en el tiempo**, sin apariciones y desapariciones más o menos bruscas, con una línea de desarrollo y perfectamente visualizable, especialmente desde la época incipiente del feudalismo; **con un territorio propio** que abarca sus seis herrialdes - Araba, Bizkaia, Gipuzkoa, Lapurdi, Nafarroa y Zuberoa -, en los que se manifiesta, sobre todo desde el feudalismo, la comunidad de características que describimos, y **una lengua común y propia** -el euskara -, **con una actividad económica y unas relaciones sociales de producción basadas en un sistema de clases sociales históricamente particular y distinto al francés y el español** -más marcadamente bajo el modo de producción feudal y también en el capitalista- con un desarrollo que atiende a un motor interno, y que **desde la implantación del capitalismo se ha movido esencialmente en torno a la lucha entre la clase obrera vasca y la clase burguesa vasca, fundamentalmente, y**

con las burguesías española y francesa, consecuentemente, sobre todo desde los intentos por la instauración de un Estado vasco -especialmente la segunda guerra carlista, en la que la burguesía incipiente dirigió a las masas populares en un intento frustrado-, que la burguesía vasca resolvió en forma de alianza con las burguesías española y francesa en forma de autonomía relativa para el dominio y la explotación del proletariado vasco, a través de fórmulas históricamente diversas que van desde la independencia camuflada del Estatuto de 1937 en parte de Hegoalde, hasta la imposición, cuando las contradicciones entre ambas manifestaciones de las burguesías nacionales han tomado un carácter antagónico, de estructuras centralistas de dominación, como durante el periodo fascista en el Estado español entre 1939 y 1978 o desde la Gran Revolución burguesa de 1789 a través del régimen departamental jacobino en Iparralde; y, a raíz de todo esto, **con una psicología y una cultura propia. Todos estos factores conducen a determinar a la luz de la ciencia marxista-leninista, que Euskal Herria se ajusta plenamente a la categoría histórica de Nación.**

2.- **Euskal Herria fue dividida rapiñeramente durante la conformación feudal de los Estados español y francés mediante la invasión y la imposición armada entre los siglos XIII y XVI, en dos partes: una de ellas, Iparralde, conformada por Lapurdi, Zuberoa y una parte de Nafarroa (Behe Nafarroa) bajo dominación francesa;**

la otra, Hegoalde, conformada por Bizkaia, Araba, Gipuzkoa y el resto de Nafarroa, bajo dominación española. A su vez, el imperialismo español dividió Hegoalde administrativamente entre Vascongadas - Bizkaia, Araba y Gipuzkoa- y la parte sur de Nafarroa como "comunidad foral".

3.- **Euskal Herria viene siendo objeto de una sobreexplotación imperialista por parte de las burguesías española y francesa, acompañada de una imposición lingüística y cultural. No obstante, Euskal Herria sigue existiendo como nación y, consecuentemente, subsiste la contradicción nacional y, hasta cierto punto, la lucha por la liberación nacional, hoy en día en manos de la burguesía y la pequeña burguesía, a la que se suma una parte del proletariado vasco.**

A partir de aquí, los marxistas-leninistas vascos hemos esbozado, siempre desde la limitación de apenas poseer instrumentos científicos -es decir, la ideología marxista-

leninista- para el análisis político y detallado, el siguiente sistema de clases en Euskal Herria, que trata de explicar el núcleo histórico que la configura como nación: la existencia de clases enfrentadas en una misma formación económico-social particular y diferente a las circundantes y que explica desde sí el desarrollo fundamental del proceso histórico en ella, al margen del resto de los fenómenos y procesos con los que se halla en interrelación, pero que revisten un carácter externo y, por ello, secundario y subordinado.

1- **La contradicción fundamental de la lucha de clases en Euskal Herria es, desde la implantación del modo de producción capitalista, la que enfrenta al proletariado vasco y a la burguesía vasca. Las contradicciones entre el proletariado vasco y la burguesía vasca son principalmente antagónicas.**

2- Además de la contradicción fundamental, existen otra serie **contradicciones secundarias** en Euskal Herria

a) las contradicciones entre el **proletariado vasco** y el resto de las **masas populares vascas.**

b) las contradicciones entre el **proletariado y las masas populares vascas**, por un lado, el **proletariado y las masas populares de los Estados español y francés**, por otro lado.

e) las contradicciones entre la **burguesía vasca** y las **burguesías española y francesa.**

d) las contradicciones entre el **proletariado y las masas populares vascas**, por un lado, y las **burguesías española y francesa**, por otro lado, y

e) las contradicciones entre la **burguesía vasca** y las **masas populares vascas.**

3- De estas contradicciones, la a), b) y c) revisten un carácter principalmente no antagónico; las contradicciones d) y e) y revisten un carácter principalmente antagónico. No obstante, y en función a la correcta o incorrecta dirección de la lucha de



clases, las contradicciones a), b) y c) pueden transformarse en antagónicas, y las contradicciones d) y e) pueden convenirse en contradicciones no antagónicas.

4- En el curso de la lucha de clases, una de las contradicciones secundarias puede convertirse en principal y viceversa. Así, en un momento dado, las contradicciones entre el proletariado y las masas populares vascas, por un lado, y las burguesías española y francesa puede pasar a ser la contradicción principal para esa fase de la lucha de clases, pasando a ser secundaria la contradicción fundamental, la que enfrenta al proletariado vasco con la burguesía vasca, sin perder por ello su carácter de contradicción fundamental.

En aplicación de las tareas estratégicas del proletariado mundial, se desprende que la **tarea estratégica del proletariado vasco en la presente etapa del nuevo ciclo revolucionario es la realización de una Revolución Socialista victoriosa con un carácter doble, principalmente Socialista y secundariamente Democrático de Liberación Nacional, que culmine las tareas de la inconclusa revolución democrático-burguesa vasca y acometa el aplastamiento de la reacción y la destrucción en todos los frentes del orden burgués a través del ejercicio del Poder político ilimitado en forma de Estado Socialista de Dictadura Proletaria**, lo cual significa llevar a cabo la Revolución Proletaria mundial en la formación económico-social de Euskal Herria, contribuyendo así a la instauración de la nueva sociedad Comunista en todo el globo.

De todo esto se desprende, en primer lugar, que el proletariado vasco está ligado indisolublemente al proletariado mundial, por la identidad del carácter de la explotación que contra él se ejerce y por las formas mecanismos que adopta ésta, así como por compartir los intereses y aspiraciones objetivos de la clase obrera mundial. **En este sentido, la lucha por el Socialismo es unitaria e idéntica en Euskal Herria y en el resto de lugares del globo para la clase obrera.** En segundo lugar, siendo la lucha contra el capitalismo (y, por ello, contra el imperialismo) unitaria y cualitativamente igual en todas las naciones del mundo, desde el punto de vista cuantitativo el nivel de la lucha de clases es enormemente heterogéneo en cada una, así como el grado de organización revolucionaria, combatividad y unidad de las filas proletarias. Entre otras razones porque el imperialismo se desarrolla de manera desigual en cada país; y, por ello mismo, porque la lucha antiimperialista en una nación imperialista que oprime a los pueblos de otras naciones debe ser y, de hecho, es y reviste un carácter fundamentalmente distinto, opuesto. Lo que en las primeras es lucha contra el sistema que oprime a otras naciones, en las últimas es una lucha por la eliminación de la opresión nacional que sufren, en primera instancia, las clases populares de esa propia nación.

En Euskal Herria, por tanto, la lucha antiimperialista, que es universal y fundamentalmente idéntica a todo el proletariado mundial, se manifiesta de forma particular y específica en la lucha contra la opresión que sufre por parte de los Estados español y francés, valedores de las burguesías de esos países. Esta es la forma en la que el proletariado vasco participa de la lucha antiimperialista obrera mundial, y ésta es la forma de manifestarse de aquélla.

La plasmación en las tareas reconstitutivas de la Internacional Comunista de esta relación existente entre la clase obrera mundial *en general* y la clase obrera vasca *en particular* supone que el proletariado vasco contribuye a dichas tareas:

a) en lo **subjetivo** -y en este caso, como hemos dicho, en lo *cualitativo*-, **mediante la participación de su vanguardia en el ejercicio colectivo internacional de la Lucha de Líneas**, enfocada en primer lugar en el campo de la Línea Ideológica internacional hacia el Programa para la Revolución Socialista mundial.

b) en lo **objetivo** -y *cuantitativo*- **mediante la Reconstitución de la IC en Euskal Herria, en forma de Sección Vasca de la Internacional Comunista: en forma de Partido Comunista de Euskal Herria.**

La cuestión de la Reconstitución de la organización que agrupa a la vanguardia en sus relaciones orgánicas y políticas con las masas obreras adopta en Euskal Herria una forma particular, ya que, a tenor del aunque todavía superficial desde luego esclarecedor análisis del Movimiento Obrero revolucionario en Euskal Herria, y más concretamente en su reciente historia, nunca llegó a constituirse

un Partido Comunista, sino que el movimiento comunista vasco circuló más o menos en torno a las siguientes dos líneas enfrentadas que produjeron el surgimiento de los respectivos modelos organizativos:

Por una parte, en torno a la línea "un Estado, una clase, un Partido", fue tesis defendida, en primer lugar, por el Partido Comunista de España y por el Partido Comunista de Francia. En el caso del Estado Español, cuando la Sección Norte del PCE se reorganiza, para dar como resultado la aparición en 1935 del EPK, se establece por primera vez una lucha entre la línea que propugnaba la organización de los comunistas vascos de todo Hegoalde en las estructuras del PCE, y la "línea Larrañaga" que defendía la tesis "una nación, una clase, un Partido", resultando victoriosa la primera. Por su parte, en Iparralde apenas se dio discusión ninguna en torno a esta cuestión, quedando la estructura partidaria a ese lado de la muga incorporada en las estructuras del PCF. No obstante, en Hegoalde se trató hasta cierto punto la cuestión nacional en su reflejo orgánico entendiendo al EPK casi como partido hermano, como después lo fue el PSUC.

Con la toma del Poder político por parte del revisionismo



Manifestantes antiimperialistas vascos queman una bandera monárquica española

-y, por lo tanto, de la burguesía- en el PCE, que se evidenció en el V y VI Congreso del mismo con la adopción de la política de Reconciliación Nacional y el acceso a la secretaria general del CC del infame S. Carrillo, en el EPK acceden al poder de sus estructuras dirigentes y cuadros revisionistas. Desde ese momento, la línea "un Estado, una clase, un Partido" ha sido defendida abigarradamente por parte del revisionismo, primero con argumentos pseudomarxistas, y después con verborrea pro-"democrática" abiertamente canalla e imperialista. El fondo y la causa de esto es negar el carácter nacional de Euskal Herria y, con ello, la necesidad de la lucha por su liberación. En el caso del PCF, los errores de chovinismo de gran nación en el seno del Partido que venía acarreado devinieron declaración de principios nacionalistas *gran franceses* desde el acceso de los Rochet y Marchais a la dirección del Partido revisionista. Esta es la línea que tanto PCE y PCF, organizaciones revisionistas por excelencia, con otras organizaciones - como el PCPE en el Estado español- siguen defendiendo ardientemente.

De la mano del PCE y del PCF nunca llegó a constituirse un Partido Comunista en Euskal Herria, mucho menos después del acceso del revisionismo al poder político en el seno de éstos y su transformación en partidos burgueses.

Los diferentes destacamentos salidos de estos partidos tampoco llegaron a constituir un Partido Comunista de Euskal Herria, sino que, en su mayoría, se limitaron a organizarse sobre la base de la división estatal burguesa, sin comprender que el problema nacional no se arregla proclamando el derecho de autodeterminación, incluso sinceramente, ni siquiera cuando pudiera ejercerse realmente, porque la cuestión nacional no es algo parado, estático, y que se resuelve en un solo momento, o a partir de un solo momento, sino que recorre necesariamente y particulariza la lucha de clase y sus formas, recorriendo todo el proceso hasta la misma desaparición de las naciones en el *Comunismo* y que, por ello, debe ser un aspecto tratado desde el mismo momento en que se comienza la tarea de *Constituir o Reconstituir, según el caso, el Partido Comunista*. Por no decir que esos mismos destacamentos, salvo excepciones, consideraban la propia Reconstitución partidaria como un acto puntual fruto de la buena voluntad de sus miembros, al margen de las masas. Ese error dogmático y profundamente metafísico que significa entender los fenómenos como actos antes que como procesos lo incurrieron tanto en la concepción Reconstitutiva como en la cuestión nacional -y, en muchos casos, en muchos otros aspectos fundamentales programáticos, por cierto -.

En cuanto a los destacamentos que se autoproclamaron Partidos Comunistas de Euskal Herria, bajo las más diversas siglas, que eran producto del desarrollo del Movimiento Obrero "vasco de la década de los sesenta y, sobre todo, de los setenta, como LAIA, EHAS, LKI, EMK (hermanas de la LCR y del MCE, respectivamente, aunque bajo régimen de partidos hermanos) y otros, o bien cayeron en el error de particularizar el marco de actuación de la vanguardia en Hegoalde o Iparralde, sin captar la esencia unitaria de la clase obrera vasca a ambos lados de la muga, o bien nacieron desde el primer momento sobre tesis revisionistas, en su mayor parte chovinistas de nación oprimida. Tal vez fue HASI(Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea) quien más avanzó en el proceso constitutivo, especialmente en tres aspectos: primero, HASI fue consciente desde el principio que sólo en la dirección del

conjunto de las masas laboriosas de Euskal Herria a ambos lados de la muga es posible la victoria de la clase, y que estas masas agrupadas en torno al proletariado es el Pueblo Trabajador Vasco (Euskal Herri Langilea), fuerza principal de la Revolución Socialista en Euskal Herria. Segundo, entendió al Partido sólo en su fusión con las masas, directa y sin solución cuantitativa de continuidad. Tercero, llevó a cabo una actividad de elaboración de Programa -menos- y de masas -más- que les condujo a ciertas cotas de dirección efectivas de la clase, en primera instancia, y del conjunto del EHL, en general. Sin embargo, HASI no dirigió adecuadamente la Lucha de Líneas y devino con el tiempo organización revisionista de las (auto)denominadas *prosoviéticas*, que, en realidad, eran *pro revisionismo moderno*, y, en consecuencia, jamás culminó un Programa para la Revolución Socialista, se transformó en una organización pequeñoburguesa y fue asaltada -físicamente- por la organización nacionalista burguesa KAS. No obstante, sentó las bases generales del carácter de la Revolución en Euskal Herria, que recogemos y hacemos nuestras para su desarrollo y concreción política: la Revolución en Euskal Herria tendrá un doble carácter, Socialista el principal y de Liberación Nacional, el secundario, y será necesariamente violenta.

Así pues, **en Euskal Herria nunca llegó a constituirse un Partido Comunista, por lo que la Reconstitución de la Internacional Comunista se manifiesta y se concreta para los marxistas-leninistas vascos en la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria**, organización de vanguardia revolucionaria que el proletariado vasco precisa para acometer sus tareas objetivas, que se culminan en la presente etapa con la Revolución Socialista en Euskal Herria.

BASES PARA LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA EN EUSKAL HERRIA

Queda dicho, por tanto, que el objetivo estratégico del proletariado vasco para la presente etapa del nuevo ciclo revolucionario es la toma del poder político a través de la Revolución Socialista para la instauración de la Dictadura del Proletariado en forma de Estado Socialista. Queda dicho también que el primer momento del proceso que debe conducir a dicha Revolución victoriosa es la Constitución del Partido proletario revolucionario que agrupe a la vanguardia obrera en su relación indisoluble con las masas.

Al nivel de análisis que los marxistas-leninistas podemos llevar a cabo, podemos ir perfilando siquiera someramente cuales deben ser las tareas cardinales de la Revolución Socialista en Euskal Herria, así como ir echando las bases para un plan estratégico de preparación y ejecución de dicha Revolución.

La Revolución Socialista en Euskal Herria debe cumplir las siguientes tareas estratégicas:

- a) **Instaurar la Dictadura del Proletariado** y reforzar la lucha de clases contra la burguesía derrocada, **sentando las bases para la edificación del Socialismo.**
- b) **Completar la liberación nacional y la defensa de Euskal Herria a través de un Estado Socialista vasco**, cualquiera sea la forma de relación que este adopte respecto a otros Estados Socialistas.
- c) **Atender a su deber internacionalista**

sirviendo de base de apoyo al Movimiento Comunista Internacional y a la Revolución Proletaria Mundial.

El carácter fundamental de la Revolución pendiente en Euskal Herria será, por lo tanto, Socialista. No obstante, la Revolución tendrá un carácter secundario democrático de Liberación Nacional, tarea pendiente a resolver. Esto puede manifestarse tácticamente en forma de una Revolución en dos fases (la primera de ellas de carácter Democrático de Liberación Nacional, desde el momento en que la Liberación Nacional de Euskal Herria puede lograrse, hasta cierto punto, dentro del propio capitalismo, como ejemplos recientes como Timor o Quebec demuestran, por ser esta una tarea propia de la burguesía en la fase ascensional del capitalismo y, por lo tanto, realizable aún cuando ella detenta el Poder político, aunque la consumación de la liberación se dará de forma plena solo en el Socialismo y de forma definitiva en el Comunismo con la desaparición de las naciones; la segunda fase, de carácter Socialista) o bien en una sola Revolución que resuelva tanto el problema de qué clase detenta el poder político como la cuestión nacional de Euskal Herria, derivada en última instancia de aquella. Esta es una cuestión de la que se ocupa la táctica revolucionaria y para la determinación de lo cual aún la clase obrera no dispone de medios de análisis. De cualquier forma, la Revolución en Euskal Herria debe llevar a cabo las tres grandes tareas señaladas.

El contingente principal de la Revolución en Euskal Herria es el Pueblo Trabajador Vasco, que constituyen las masas laboriosas en torno a la dirección del proletariado, y **la fuerza dirigente es el proletariado vasco en torno a la dirección de su vanguardia revolucionaria,** que es el Partido Comunista de Euskal Herria.

El enemigo fundamental es la burguesía vasca. No obstante, en el momento del proceso en el que se acometan las tareas de Liberación Nacional **el enemigo principal pasará a serlo la burguesía vasca en alianza con las burguesías francesa y española, y principalmente estas dos últimas.**

El medio estratégico para conseguir y asegurar la victoria de la Revolución Socialista en Euskal Herria es la toma violenta del Poder político por parte del proletariado vasco y la instauración de un Estado Socialista y el derrocamiento, represión y aplastamiento de la burguesía vasca mediante el ejercicio de la Dictadura del Proletariado.

La presente etapa presenta diferentes fases, jalones o momentos tácticos que la lucha de clases irá atravesando. A grandes rasgos, podemos analizarlos como sigue:

1º.- Desde el presente momento hasta la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria.

2º.- Desde la Reconstitución hasta el inicio de la Revolución Socialista, en una o varias etapas.

3º.- Desde el inicio de la Revolución en forma insurreccional o como Guerra Popular Prolongada hasta el triunfo revolucionario y la resolución de la cuestión del Poder.

Este es el grado más concreto de planificación a la que se puede llegar hoy en día a partir del análisis del sistema de contradicciones en la lucha de clases de que disponemos. No obstante, podemos ir avanzando algunos rasgos de la primera etapa revolucionaria, la que viene marcada por el proceso de Constitución del EhAK:

El objetivo estratégico de la primera fase es la

Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria como vanguardia efectiva ligada indisolublemente al resto de la clase obrera vasca.

El enemigo principal es la aristocracia obrera infiltrada en el Movimiento Obrero en forma de camarillas revisionistas impostoras al mando de organizaciones partidarias antiobreras.

El medio estratégico de esta fase será el derrocamiento del revisionismo organizado mediante y para su sustitución por la organización de vanguardia política proletaria vasca.

El frente de lucha principal en esta fase será el ideológico.

La fuerza principal será la vanguardia consciente del proletariado vasco en torno a la **fuerza dirigente,** que habrá de ser la vanguardia ideológica proletaria vasca.

Siendo la Constitución del EhAK la primera tarea que debe llevarse a cabo en la presente etapa revolucionaria, es preciso definir claramente, qué es Partido, qué es la vanguardia en su desarrollo y que relación tiene con las masas, y cual es el elemento motor de la Constitución del Partido, desde el ángulo nacional como EhAK y desde el internacional como Sección vasca de la I.C.

TESIS DE CONSTITUCIÓN DEL EhAK

En el curso histórico de la lucha de clases, a la clase obrera la ideología revolucionaria le viene normalmente de fuera de ella. Dejada a su desarrollo espontáneo, el proletariado, en su Movimiento, jamás superará la lucha meramente económica, por la defensa de sus intereses inmediatos. En términos de conciencia, es imposible que la clase obrera supere por su desarrollo propio la conciencia de clase en sí, la conciencia de que es una clase y, por ello, tiene intereses que le son propios y por los que debe luchar. Históricamente, decíamos, a la clase obrera la ideología revolucionaria le viene, en un primer momento, de fuera de sí. O, más exactamente, de fuera del movimiento que ella misma genera, fuera del Movimiento Obrero -sindical, por ejemplo-. Obreros especialmente conscientes e individuos procedentes de otras clases que hacen suyos los intereses y luchas del proletariado (*traidores de clase*, en cierto sentido) son los portadores de la ideología revolucionaria marxista-leninista. Estos constituyen, cuando han hecho suya en su plenitud dicha ideología y la transmiten a la clase obrera, la vanguardia. Pero la vanguardia en su primer momento dialéctico, la Vanguardia Ideológica. Dicho sea de paso que lo externo actúa a través de lo interno, y que el marxismo-leninismo y la vanguardia que lo transmite jamás podría prender y dirigir a las amplias masas obreras si no se dieran las bases o condiciones para dicho proceso, lo cual implica que es a determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases cuando surge (o *resurge*) la vanguardia, y no en otro.

La Vanguardia Ideológica es el opuesto dialéctico de las masas en su etapa más pura, más evidente: por la cantidad y por la calidad, la vanguardia es absolutamente distinta a las masas; por sus intereses y luchas, es idéntica a ella. La vanguardia, en su conjunto, se halla en ese momento escindida: por un lado, la vanguardia ideológica, portadora de la ideología revolucionaria pero separada de las masas; por otro lado, la vanguardia práctica del proletariado, sus

hijos más conscientes y destacados, combativos y abnegados, pero carentes todavía del arma ideológica y del instrumento de análisis histórico, de la clase, la concepción científica marxista-leninista. Opuestas a ellas, las grandes masas de asalariados con conciencia en sí o sin conciencia en absoluto, con distintos grados de madurez y luch., En el ejercicio de la lucha de clases, principalmente la ideológica, la vanguardia ideológica gana para las ideas del Comunismo a la vanguardia práctica, o, al menos, a su parte consciente. Esto supone:

- que en la relación Vanguardia Ideológica / Vanguardia Práctica, la primera juega el papel motor y dirigente, mientras que la vanguardia práctica juega el papel de bases de cambio, de "masas", por expresarlo de alguna manera;

- que, en el curso de la lucha de clases, la Vanguardia Práctica asciende a posiciones de la Vanguardia Ideológica, en diferentes grados su parte más consciente, en forma de ingreso en filas de la organización de la vanguardia: su parte menos consciente, en forma de correas de transmisión que fusionan a la vanguardia con las masas, cuya manifestación es la Línea de Masas (*desde las masas, hacia las masas*);

- que la contradicción Vanguardia Ideológica / Vanguardia Práctica se resuelve por la ascensión de la segunda a posiciones de la primera, por lo que ambas desaparecen como tales, deviniendo con el tiempo Vanguardia Política, es decir, aquella dispuesta para la lucha plenamente política, que, en última instancia, se resuelve cuando se resuelve la cuestión del Poder.

Pues bien, **la organización de la Vanguardia Política más sus correas de transmisión con el resto de la clase, que se va constituyendo según el proceso descrito, es el Partido Comunista.**

La vanguardia prosigue su proceso de fusión con la clase una vez Constituido el Partido, a la búsqueda de la dirección real del movimiento, mediante la elevación paulatina de la conciencia de la clase hasta que las masas o al menos su mayoría toma conciencia de sus objetivos y tareas históricas, conciencia para sí. En ese momento, deviene Vanguardia Efectiva y lanza, en su debido momento, al conjunto de la clase en alianza con el resto de las clases que componen el Pueblo Trabajador vasco a la conquista del poder político. Después, en el Socialismo, las amplias masas van alcanzando paulatinamente las posiciones de la vanguardia, hasta que, en el Comunismo, con la desaparición de la diferencia entre el trabajo intelectual y el manual, entre campo y ciudad y la extinción de las clases y del Estado, todos poseen el mismo grado de conciencia y, sencillamente, no existe vanguardia y masas, se resuelve la contradicción y el Partido deja de ser necesario. Mientras tanto, el Partido como organización que vincula a la vanguardia -en el estadio en que esté- con el resto de la clase, es el instrumento motor de la elevación de conciencia proletaria.

En lo que respecta a la actual etapa, la de Constitución del EhAK, queda definido su esencia dialéctica como relación entre Vanguardia Ideológica y Vanguardia Práctica, y cuales son los jalones de su desarrollo y su resolución. Queda ahora

la cuestión del motor de Constitución, es decir, cómo y por qué se Constituye el Partido Comunista.

En primer lugar, el Partido Comunista, como organización de combate del proletariado, surge a causa y como consecuencia del desarrollo de la lucha de clases. Efectivamente, a determinado nivel de la lucha de clase surge la necesidad histórica de dotación de un destacamento de vanguardia para la prosecución de la lucha en niveles superiores de ésta. El ulterior desarrollo del Partido Comunista es, en última instancia, producto objetivo y subjetivo de la lucha de clases, para la cual se constituye como organización de combate del proletariado y Estado Mayor de la Revolución. Desde el otro ángulo, la propia lucha de clases se acelera y alcanza estadios superiores -desde la lucha política hasta la consecución del Comunismo- por la acción motriz y rectora del Partido sobre la clase de vanguardia, el proletariado. Por eso, **el Partido Comunista es, al mismo tiempo, efecto y causa de la lucha de clases en su desenvolvimiento histórico.** Sólo desde la lucha de clases se puede comprender qué es lo que mueve al desarrollo del Partido a través de todas sus fases, comenzando por la de Constitución (o Reconstitución, en cada caso).

Y aunque la lucha fundamental es la lucha política, y, como apuntó K. Marx, la lucha económica y la lucha ideológica son, en el fondo, luchas políticas, en cada momento de la lucha de clases uno de los frentes de lucha es el principal, y no tiene por qué coincidir necesariamente con el frente de batalla que es principal desde el punto de vista estratégico,

histórico: el político. Así, igual que tras la instauración de la Dictadura del Proletariado es la Lucha Ideológica la que pasa a ser el frente principal de la lucha de clases, lo mismo ha ocurrido históricamente en el momento de Constitución (y, consecuentemente, de Reconstitución) partidaria. **La lucha ideológica es el campo de batalla donde se constituye el Partido Comunista, y el resto de frentes han de supeditarse a ella.** Pero no sólo por razones de orden histórico la primera tarea de la Vanguardia Ideológica es ganar para las ideas del Comunismo a la Vanguardia Práctica del proletariado, y elevar a esta a sus propias posiciones para fusionarse con ella. Esto supone una labor de propaganda ideológica dirigida a una parte concreta de la clase, su Vanguardia Práctica -hasta cierto punto, espontánea- y supone que el principal fuego es ideológico, mientras que lo económico y político deben, durante esta fase, depender y subordinarse a la lucha ideológica.

Pues bien, en el actual momento de Constitución, la lucha ideológica se concreta en la lucha contra la ideología burguesa en el seno de la vanguardia proletaria, lo que, históricamente, ha tornado como forma el revisionismo moderno: **es el revisionismo moderno el principal enemigo del proletariado y de la Constitución de su Partido, el Partido Comunista.** En el actual momento, más que nunca, **luchar contra el revisionismo es luchar contra la burguesía; vencer al revisionismo en la lucha por la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria es vencer a la burguesía vasca, española y francesa en el seno de la**



vanguardia del proletariado vasco.

Siendo en la lucha de clases y mediante la lucha de clases como el Partido se desarrolla -desde su Constitución hasta su *extinción*, por emplear el término usado por Engels -, y siendo la lucha de clases principalmente lucha ideológica en el periodo de Constitución, debemos concluir que **la Lucha Ideológica es el motor absoluto de Constitución del Partido**. Y la Lucha Ideológica contra el revisionismo en el seno de la vanguardia significa la lucha entre la concepción y la línea justa y proletaria, la marxista-leninista, y la concepción y la línea reaccionaria y burguesa, revisionista. Es decir, **la Lucha de Líneas entre la Línea proletaria marxista-leninista y la línea burguesa revisionista en el seno de la vanguardia proletaria vasca es el motor particular de Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria**.

La Lucha de Líneas va a atravesar diferentes escalones progresivamente superiores y más encarnizados entre ambas concepciones en lucha, que irá desde el enfrentamiento de Líneas Ideológicas, pasando por la lucha entre Líneas políticas hasta que se resuelva la lucha a favor del proletariado con la elaboración por parte del conjunto de la Vanguardia Política de la clase -resolviéndose la contradicción entre vanguardia ideológica y vanguardia práctica- del Programa para la Revolución Socialista que elabore la vanguardia con el resto de la clase, a través de la Línea de Masas, y que significará el momento cualitativo y subjetivo de Constitución del EhAK. **La Lucha de Líneas es la forma en la que el EhAK constituyente puede hacer descender la teoría marxista-leninista hasta el análisis de las condiciones objetivas actuales de la Revolución Socialista en Euskal Herria**. Siempre desde la oposición y el enfrentamiento a la Línea burguesa; nunca desde la abstracción y la lejanía de los *cuarteles de invierno* y del divorcio de la lucha de clases. Por decirlo de alguna manera, *nos servimos* del revisionismo para elaborar la línea proletaria que deviene Programapor *negación* de la línea burguesa en el seno de la vanguardia práctica del proletariado vasco, por *ejemplo negativo* y por su negación.

La Lucha de Líneas supone el motor subjetivo de Constitución. Por otra parte, la organización que va agrupando paulatinamente a la Vanguardia Ideológica y a la Práctica, va conformando la matriz del Partido Comunista de Euskal Herria constituido, sus estructuras, sus órganos y cuadros, son la base material que permite, adecuada al nivel de la Lucha de Líneas, llevar a cabo las tareas de Constitución... Pero esta organización tampoco se da "en un invernadero", resguardándola de la inclemente lucha de clases para presentarla en su momento florida y hermosa. Al contrario, todas y cada una de las organizaciones s estructuras del Partido, todos y cada uno de sus cuadros y dirigentes deben foguearse y aprender en la escuela de la lucha de clases, que, es este periodo, es principalmente lucha ideológica en forma de Lucha de Líneas. Aquí se verifica la primacía táctica de lo subjetivo sobre lo objetivo: hasta la Constitución del Partido, la Lucha de Líneas va a ser más importante y decisiva para el propio trabajo de Constitución que las bases materiales sobre las que se desarrolle, aunque, en última instancia, aquella no puede darse sin existir estas. **El trabajo de construcción partidaria (alderdigintza) supone, de esta manera, en motor cuantitativo y objetivo de Constitución, del EhAK. La construcción de la organización de lucha antirrevisionista es la forma en la que el EhAK constituyente puede ir ascendiendo hasta la conformación**

plena del Partido. Pero siempre supeditado y al servicio de la Lucha de Líneas y para su ejercicio.

Se observa aquí lo que ya se apuntó al referirse a las fuerzas de Reconstitución de la Internacional Comunista: si lo principal en la Reconstitución de la Internacional Comunista es la Reconstitución de sus Secciones, como unidades focales de la lucha de clases (que, fundamentalmente y en última instancia, sigue circunscribiéndose en un ámbito nacional), la Reconstitución de sus Secciones (su Constitución, en el caso de Euskal Herria) depende principalmente de la Lucha de Líneas contra el revisionismo.

El Partido, pues, lleva a cabo durante su Constitución un doble proceso (o un proceso escindido, según se mire) en el que va conformando *ascendentemente*, de lo particular a lo general, una estructura partidaria de cuadros y organizaciones. **El Partido se constituye cuando dispone de una Organización que une a la vanguardia, Política ya, a las masas a través de correas de transmisión bidireccionales**: por otro lado, de lo general a lo particular, va *descendiendo* desde la teoría hacia la praxis, desde la elaboración y asunción de la Línea Ideológica hasta su concreción en las condiciones particulares de Euskal Herria en forma de Programa para la Revolución Socialista. **El Partido se constituye cuando elabora, en unidad con el resto de la clase, un Programa. La Organización y el Programa son los aspectos objetivo y subjetivo, respectivamente, y las premisas de Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria**.

TRABAJADOR, TRABAJADORA
NO VOTES

NINGUN PARTIDO TE REPRESENTA.
SOLO EL PARTIDO COMUNISTA LUCHA POR TUS INTERESES.
ENCAMINA TODOS TUS ESFUERZOS EN LA CONSTITUCION DEL PARTIDO COMUNISTA.

EUSKAL HERRIKO ALDERDI KOMUNISTA OSATZERO BATZORDEA
PLATAFORMA POR LA CONSTITUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE EUSKAL HERRIA
PLATEFORME POUR LA CONSTITUTION DU PARTI COMMUNISTE DU PAYS BASQUE



LANGILE
EZ BOZKATU

ALDERDI BAT ERE EZIN DA ZURE ORDEZKARIA IZAIL.
ALDERDI KOMUNISTAK BAKARRIK DIBARDU ZURE INTERESEN ALDE.
BILDU ZURE INDIAN GUYUK ALDERDI KOMUNISTAK
OSATZERO.

EUSKAL HERRIKO ALDERDI KOMUNISTA OSATZERO BATZORDEA
PLATAFORMA POR LA CONSTITUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE EUSKAL HERRIA
PLATEFORME POUR LA CONSTITUTION DU PARTI COMMUNISTE DU PAYS BASQUE



Pegatinas en castellano y euskara editadas por la Plataforma por la Constitución del EhAK con motivo de las elecciones generales del 12 de marzo de 2000

Siendo la Lucha de Líneas el motor de Constitución del EhAK, es preciso estudiarla multilateralmente, y, en primer lugar, desde el punto de vista del *foco* de la propia lucha. Es decir, en el proceso de Constitución ¿la Lucha de Líneas en el seno del conjunto de la vanguardia prima sobre la Lucha de Líneas en el interno de la organización partidaria constituyente, o es al contrario? En otras palabras, ¿debemos primar la lucha contra el revisionismo instalado en la vanguardia de la clase obrera, o bien en las concepciones revisionistas que vayan marcando el desarrollo del propio EhAK, es decir, en la vigilancia revolucionaria?

La respuesta a esta pregunta se encuentra cuando se responde a estas otras: ¿*dónde se forja el Partido*? Pues bien, el Partido se forja en la lucha de clases, que, en este momento y para la vanguardia ideológica, atiende principalmente a la vanguardia práctica del proletariado. Por ello, es *ahí* precisamente donde va constituyéndose el Partido. Segunda pregunta: ¿*cuál es el enemigo principal del proletariado en esta fase*? Respuesta: las camarillas revisionistas impostoras y sus estructuras partidarias. Pues bien, sobre esos dos aspectos se observa que la cuestión queda dilucidada: la Lucha de Líneas se dirige principalmente *contra* las camarillas y organizaciones revisionistas impostoras, que son enemigas,



por encima de las contradicciones de la propia estructura constituyente, en la cual las líneas revisionistas son tan solo erróneas, y deben ser tratadas por el método de la crítica y la autocrítica, y no por el del estacazo en la cabeza. Y no es que las causas de Constitución sean external al propio proceso, sino que la unidad focal de Constitución es el conjunto de la vanguardia, y no sólo la Vanguardia Ideológica. Por ello, la Lucha de Líneas organizada contra el revisionismo impostor organizado es causa *interna y determinante* de desarrollo, interna al conjunto de la vanguardia, externa sólo a cada uno de los dos términos que la componen, pues el revisionismo está instalado e incrustado en el conjunto de la vanguardia, e infecta a ambos términos de ésta. **El conjunto de la vanguardia es el marco de la Lucha de Líneas y, por lo tanto, de la Constitución del EhAK.**

Si la Lucha de Líneas es la que marca el desarrollo de la Línea revolucionaria que culmina en Programa, y la Lucha de Líneas se desarrolla sobre la base de sendas Organizaciones, una proletaria y otra burguesa, debemos concluir que **el alma del proceso de Constitución y su esencia motriz es la lucha entre la Línea y la Organización proletaria y la línea y la organización burguesa, en la que una de ellas debe prevalecer sobre la otra y destruirla**, exactamente como el Estado Obrero y el Estado burgués luchan uno contra otro y uno de los dos vence al otro, prevalece sobre él y termina por aniquilarlo. **No basta con vencer la Línea enemiga, es**

preciso también acabar con la base objetiva y que la sustenta, liberar esa plaza natural del proletariado y subvertirla y sustituirla por las estructuras partidarias revolucionarias marxistas-leninistas: es preciso acabar con el poder de los revisionistas y todas sus estructuras; es preciso sustituir a las organizaciones y dirigentes revisionistas por la Organización y los dirigentes marxistas-leninistas. Así, la estructura de resistencia de hoy es la estructura partidaria proletaria de mañana, el cuadro antirrevisionista de hoy es el cuadro partidario de mañana.

LA PLATAFORMA POR LA CONSTITUCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE EUSKAL HERRIA

Esta Plataforma agrupa a las y los marxistas-leninistas vascos que pretendemos impulsar el proceso de Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria. La Plataforma surge con el ánimo de propagar entre los elementos más conscientes de la clase obrera vasca y entre todos aquéllos que hagan suyos los intereses del proletariado la necesidad que urge a nuestra clase de disponer de su Partido, un Partido autónomo de la burguesía, consciente de sus tareas, entregado a la lucha e indoblegable en sus principios que, en torno a la bandera del marxismo-leninismo, sea capaz de conducir a la clase obrera vasca y al conjunto del Pueblo Trabajador vasco hacia la consecución de sus tareas históricas, cuyo primer jalón es la realización de una Revolución Socialista en Euskal Herria y la implantación de la Dictadura del Proletariado en forma de Estado Socialista vasco, como base de la Revolución Comunista mundial.

Esta Plataforma no pretende suplantar ni solapar los esfuerzos y labores que, desde hace algún tiempo, vienen realizándose en Euskal Herria dirigidos a la Constitución del EhAK, sino, bien al contrario, hacer de caja de resonancia de aquellos y contribuir, en la medida de sus capacidades, a la gran tarea que supone edificar un Partido a través de una lucha sin cuartel contra el revisionismo organizado al servicio abierto y genuflexo de las burguesías vasca, española y francesa.

Llamamos a todos los marxistas-leninistas vascos de ambos lados de la muga, a todos los obreros conscientes de las tareas históricas de nuestra clase, a todos los proletarios revolucionarios, a aunar esfuerzos y contribuir con la causa revolucionaria, que hoy nos pone a la orden del día como tarea inaplazable la Constitución del Partido del proletariado vasco, del Partido Comunista de Euskal Herria.

**¡POR LA CONSTITUCIÓN
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE EUSKAL HERRIA!**

¡VIVA EL MARXISMO-LENINISMO!

GORA EUSKAL HERRIA ASKATUTA!

GORA EUSKAL HERRIA SOZIALISTA!

Sin derecho a la autodeterminación nacional,
no hay democracia

**¡Abajo la farsa monárquico-constitucional
de la burguesía!**

Impedir que los pueblos decidan sus destinos es practicar
el chovinismo (imperialismo) y la opresión nacional

**¡Luchemos por la unidad de los pueblos oprimidos
y de los trabajadores!**

El proletariado apoya la lucha de los pueblos
por su liberación nacional,
como una medida imprescindible para el socialismo

¡Viva la Revolución Proletaria, viva el Comunismo!